



Identidades feministas y teoría crítica

Antonio Antón Morón

[ediciones]
dyskolo

Identidades feministas y teoría crítica

Antonio Antón Morón

 ediciones dyskolo

Identidades feministas y teoría crítica

Antonio Antón Morón



Edición digital: 1.0. Abril 2020

Imagen de portada: [La luz de la esperanza](#) (2011). Fachada de una vivienda en Vitoria-Gasteiz ([Creative Commons Zero - CC0](#))

Este libro se encuentra bajo una licencia [Creative Commons BY-NC-ND 4.0](#)

Ediciones Dyskolo (www.dyskolo.cc) es un proyecto sin ánimo de lucro que busca establecer una nueva relación entre quienes escriben y cuantas personas disfrutan de la lectura. Dyskolo busca fomentar la difusión de la cultura de una forma abierta, libre y participativa, publicando sus obras únicamente en formato digital, bajo licencia Creative Commons y sin restricciones tecnológicas (DRM).

Índice de contenido

1. **Introducción**
2. **1. FEMINISMOS E IDENTIDADES**
 1. 1.1. Nueva ola feminista
 2. 1.2. Un debate teórico vivo y plural
 3. 1.3. El feminismo avanza
 4. 1.4. Identidad de género y poder
 5. 1.5. Identidad y ambivalencia humana
 6. 1.6. Diversidad identitaria e interseccionalidad
 7. 1.7. Superar la identidad emocional
3. **2. FEMINISMOS, INTERSECCIONALIDAD E IDENTIFICACIONES**
 1. 2.1. El nuevo progresismo de izquierdas
 2. 2.2. Activación feminista
 3. 2.3. Interseccionalidad y procesos identitarios
 4. 2.4. Identificaciones feministas
4. **3. FEMINISMO Y TEORÍA CRÍTICA. ACERCA DEL PENSAMIENTO DE NANCY FRASER**
 1. 3.1. El feminismo crítico (del 99%) de Nancy Fraser
 2. 3.2. La teoría crítica de Nancy Fraser
 3. 3.3. Convergencia popular, alianzas y neoliberalismo progresista
 4. 3.4. Resiliencia y mal menor
 5. 3.5 ANEXO: Citas textuales del libro de Nancy Fraser

5. Autor

Introducción

El movimiento feminista ha reforzado su influencia social. Sus demandas básicas son apoyadas por una amplia mayoría cívica, especialmente entre mujeres. Hace dos años, con ocasión del éxito de la movilización feminista en torno al *8 de marzo*, escribí un artículo titulado *Nueva marea por la igualdad*, con el que, una vez reelaborado, comienzo este análisis. Valoraba la conformación de una nueva marea social plenamente justificada frente a la discriminación de género, el acoso machista, la brecha salarial y la desigualdad social y laboral. Y señalaba su impacto sociopolítico transformador ante la evidencia de los límites de la gestión institucional y judicial. Incluso leyes positivas como la de *Igualdad entre hombres y mujeres* (2007) y *Contra la violencia de género* (2004), tras más de una década de aplicación, han dejado ver sus insuficiencias, al quedarse en medidas parciales, en la retórica o en simples medidas punitivas.

Persiste la conciencia mayoritaria de injusticia por la amplia desigualdad de género y la percepción de la consolidación del feminismo en la sociedad. Son ilustrativos de ello los resultados demoscópicos de la consultora *40db* valorados por Belén Barreiro (CTXT, 27/02/2019): *El 82% de la ciudadanía cree que hay desigualdad entre mujeres y hombres en todos los derechos.*

El feminismo tiene numerosos retos por delante para el fortalecimiento de su impacto transformador de relaciones sociales y

estructuras institucionales machistas. A pesar de la masiva sensibilización feminista, para el 8 de marzo del año 2019 no se produjeron avances significativos frente a esa realidad discriminatoria y sí nuevos riesgos de involución derivados de la regresión de las derechas. Nuevamente, el proceso de este nuevo *8 de marzo* de 2020 está demostrando su capacidad unitaria, expresiva y movilizadora, la exigencia de reconocimiento y derechos de las mujeres (y personas LGTBIQ) y la articulación de unas demandas cívicas por una igualdad fuerte y efectiva.

Este texto, titulado *Identidades feministas y teoría crítica*, gira en torno a tres cuestiones fundamentales definidas en sus tres capítulos. Partiendo de la realidad de discriminación de las mujeres, se analiza el sentido y el contexto de la nueva ola de la activación cívica feminista y la configuración de las identificaciones. Así mismo, se valoran diversas aportaciones teóricas de pensadoras feministas como las norteamericanas Judith Butler (*Deshacer el género*), Nancy Fraser (*Capitalismo. Una conversación desde la teoría crítica*) y Patricia Hill y Sirma Bilge (*Interseccionalidad*). Igualmente, se analizan varios libros recientes de feministas españolas, entre ellas Clara Serra (*Leonas y zorras. Estrategias políticas feministas*), Carmen Heredero (*Género y coeducación*), María Pazos (*Contra el patriarcado. Economía feminista para una sociedad justa y sostenible*) y María Martínez (*Identidades en proceso*).

Por tanto, junto con la explicación los procesos movilizadores e identificadores y sus vínculos con la dinámica interseccional se abordan diversas cuestiones teóricas para contribuir al desarrollo de un feminismo crítico, popular y unitario con un eje sustantivo democrático-igualitario-emancipador. Tras esta Introducción, está distribuido en tres capítulos.

El primer capítulo, *Feminismos e identidades*, tiene dos componentes. Por un lado, un análisis de la nueva ola feminista, con una explicación de la nueva marea por la igualdad y la activación feminista, particularmente, de las jóvenes. Por otro lado, varias

reflexiones de carácter teórico sobre debates y controversias feministas, especialmente, sobre el sentido de la identidad de género: su relación con el poder, la vinculación entre diversidad identitaria e interseccionalidad y una valoración sobre la complejidad y ambivalencia humana y la interacción entre la subjetividad (razones y emociones) con el estatus social. Está estructurado en siete secciones.

El segundo capítulo, *Feminismos, interseccionalidad e identificaciones*, tiene un hilo conductor: La conformación de nuevos procesos identificadores, en particular, el feminismo, así como su interacción en una dinámica interseccional o común, en el marco de una tendencia más amplia de formación de un nuevo progresismo de izquierdas.

La primera sección, *El nuevo progresismo de izquierdas*, es una síntesis de una investigación más amplia, basada en datos del CIS. En la primera parte expongo las variables sociodemográficas de los diversos electorados —edad, sexo y clase social—; en la segunda parte analizo sus características político-ideológicas. Así, detalla la particularidad de la base electoral de las fuerzas del cambio y la compara con la del *Partido Socialista*, para interpretar las bases sociales que pueden condicionar la evolución política y la gestión gubernamental, modificar las expectativas sociales y la legitimidad de ambas formaciones y avanzar en la igualdad.

La segunda sección, *Activación feminista*, explica la participación masiva, democrático-igualitaria de las últimas movilizaciones feministas, las dos tendencias principales del movimiento feminista y la apuesta por un feminismo crítico, inclusivo y transformador.

La tercera sección, *Interseccionalidad y procesos identitarios*, analiza los procesos identitarios, la interseccionalidad como interacción de identidades y la articulación (interseccional) de la acción colectiva e institucional.

La cuarta sección, *Identificaciones feministas*, tras una descripción de los tres niveles de conciencia feminista, aborda los procesos identificadores y el sentido de las identidades.

El tercer capítulo, *Feminismo y teoría crítica. Acerca del pensamiento de Nancy Fraser*, tiene como eje vertebrador la evaluación de las ideas de la intelectual y feminista estadounidense, Nancy Fraser, autora junto con Rahel Jaegg del interesante libro titulado *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica* (ed. Morata). Son aportaciones significativas para la teoría crítica sobre el análisis de la sociedad capitalista y los procesos sociales para su transformación, en particular el movimiento feminista. Tiene cuatro partes. La primera se titula *El feminismo crítico de Nancy Fraser*; la segunda, más extensa, *La teoría crítica de Nancy Fraser*; la tercera, a título de una reflexión estratégica global, *Resiliencia y el mal menor*, y la cuarta, como *Anexo*, citas textuales de Nancy Fraser.

Es una recopilación de artículos publicados estos últimos meses, entre marzo de 2019 y marzo de 2020, en diversos medios (*Público*, *Mientras Tanto*, *CTXT*, *Nueva Tribuna*, *Pensamiento Crítico* y *Rebelión*), que han sido revisados para esta edición.

1. FEMINISMOS E IDENTIDADES

1.1. Nueva ola feminista

El día 8 de marzo de 2018 fue un éxito del movimiento feminista, con la participación masiva en las movilizaciones. Millones de mujeres, especialmente jóvenes, participaron, de una u otra forma, en las manifestaciones públicas, paros y concentraciones laborales y estudiantiles, así como en actividades reivindicativas y culturales. Han estado acompañadas por la solidaridad de muchos hombres y el reconocimiento y apoyo de un amplio tejido asociativo, sindical, mediático y político.

Nueva marea por la igualdad

Se ha conformado una nueva marea social plenamente justificada frente a la discriminación de género, el acoso machista, la brecha salarial y la desigualdad social y laboral, y por una igualdad fuerte y efectiva. España, y particularmente Madrid, ha sido referencia mundial

por su capacidad expresiva y la claridad y contundencia de sus mensajes. Es un hecho singular cuyo sentido sociocultural y político tiene especial relevancia, más en la actual coyuntura.

Es una protesta democrática y cívica que busca la emancipación femenina. Refleja un cambio de mentalidades y relaciones interpersonales en la sociedad, un proceso de empoderamiento individual y colectivo en gran parte de mujeres y una voluntad transformadora. Contribuye a cambiar el papel y la relación de los distintos actores sociales y políticos, de los movimientos sociales o la ciudadanía crítica respecto de las representaciones políticas. Modifica las prioridades de la agenda política: hay que dar respuesta a esas demandas.

Por tanto, desde la autonomía de su participación cívica, esta marea feminista reafirma el perfil social del cambio progresivo en un contexto difícil y complicado con fuertes tendencias político-económicas regresivas, dinámicas sociopolíticas y culturales reaccionarias, bloqueo institucional de las derechas. Se ha producido en el marco de la división y relativa impotencia de las fuerzas progresistas para implementar un cambio político sustantivo en el ámbito económico e institucional-gubernamental que, tras los altibajos entre 2015 y 2019, con el fracaso de la operación gran centro y la derrota de las derechas, solo se abrirá paso decidido tras las elecciones generales del 10-N-2019, con el nuevo gobierno progresista de coalición entre Partido Socialista y Unidas Podemos y sus convergencias.

Tres hechos encadenados de este contexto explican esta amplia participación ciudadana y dan sentido y proyección a la reafirmación feminista por la igualdad y la emancipación.

Primero, la persistencia de la desigualdad, la discriminación y la violencia hacia las mujeres, junto con el insuficiente reconocimiento público de su aportación, así como con mayores dificultades y desventajas comparativas en su doble condición de mujeres y trabajadoras (presentes y futuras). No hace falta ilustrarlo.

Últimamente es el rasgo con mayor visibilidad que contrasta con el incremento de la percepción individual y colectiva de su injusticia conformando una actitud transformadora igualitaria y liberadora.

Segundo, el límite de las políticas públicas y los mecanismos institucionales que teóricamente favorecen la igualdad de género, así como los recortes sociales y de derechos que perjudican especialmente a las mujeres.

Por un lado, el carácter limitado o solo retórico, sin suficientes presupuestos y recursos, de algunas leyes como la *Ley de igualdad*, la de conciliación y la normativa contra la violencia machista o de género, esta última casi solo centrada en reforzar su carácter punitivo en detrimento de una estrategia realmente ‘integral’ para erradicarla. Están agotadas y necesitan una nueva y real implementación, superando su cortedad aplicativa.

Por otro lado, las deficiencias de los sistemas públicos de atención a las personas y los cuidados que suelen recaer en las mujeres, con desventajas comparativas y adjudicándoles un mayor esfuerzo y carga de trabajo, no reconocidos, en esa actividad reproductiva, incluida la maternidad y la crianza: escuelas infantiles de cero a tres años, ayuda a la dependencia, mejora de los servicios públicos, paridad con los hombres en la distribución y conciliación de las tareas domésticas y profesionales...

Además, la consolidación de las reformas laborales regresivas, la devaluación salarial, la precariedad de las trayectorias laborales y el mercado de trabajo y las dificultades de inserción profesional en un empleo decente, en el actual contexto de las políticas restrictivas, perjudican más a las mujeres, particularmente de las capas populares (clases trabajadoras y clases medias estancadas o en retroceso).

En consecuencia, se ha configurado una exigencia feminista de reformas efectivas contra la desigualdad de género en los distintos ámbitos de las relaciones interpersonales, las garantías institucionales de un Estado de bienestar más avanzado, la

democratización política y las reformas progresistas económico-laborales bajo el objetivo de la igualdad real. Muchas reivindicaciones pueden ser compartidas con varones frente a las estrategias de subordinación y segmentación del poder establecido, como, por ejemplo, la intolerable precariedad laboral juvenil; pero también hay que señalar el sesgo y la especificidad de género. Al mismo tiempo, denotan la interacción de lo personal, lo grupal y lo político, así como su impacto institucional y cultural.

Impacto feminista en el cambio político

Tercero, esta amplia expresión cívica feminista, junto con cierta reactivación popular y movilizaciones significativas como la de personas pensionistas, se produce ante el bloqueo político del cambio derivado del reforzamiento institucional y mediático de las derechas, incluso con su prepotencia autoritaria y su desprecio machista (solo camuflado ante este éxito movilizador), el continuismo hegemónico del bloque liberal conservador en las instituciones europeas. Y, además, condicionado por la división de las fuerzas progresistas incapaces de configurar una alternativa política unitaria y creíble hasta la victoriosa moción de censura contra el gobierno de Rajoy y, sobre todo, tras el 10-N-2019.

Se ha terminado un prolongado ciclo electoral que había despertado ciertas esperanzas transformadoras por la vía de la delegación representativa y su acción en las instituciones. Se han consolidado las fuerzas del cambio y su gestión política en algunos grandes ayuntamientos, paliando situaciones sociales graves. Pero, sin claras mayorías o sólidas alianzas institucionales y sin un cambio gubernamental (y europeo), con una fuerte base de apoyo ciudadano, el impacto del cambio para las mayorías sociales y sus condiciones de vida es limitado e insuficiente ante la prolongación de la crisis social y económica y las políticas neoliberales dominantes.

Es el marco y contrapunto para la inquietud de mujeres activas que late en la necesidad de una movilización social general que desbloquee la situación e impulse reformas igualitarias efectivas. La oportunidad de cambio político apareció con la compartida moción de censura que culminará en junio de 2018, con algunos acuerdos significativos (subida del SMI, pacto presupuestario...), aunque enseguida se bloqueó una salida de progreso y hubo que abordar el nuevo ciclo electoral de 2019.

Sin embargo, los factores de malestar de fondo, feminista y popular, persisten y no esperan para expresarse en el campo social (dejo al margen el conflicto territorial). Este proceso participativo tiene un valor propio como activación social y refuerzo de la ciudadanía crítica, con un perfil feminista fundamental y un impacto directo en las relaciones sociales y políticas. Configura una necesidad y un complemento sustancial para el cambio político e institucional y su carácter y un condicionamiento para su orientación progresiva.

Se reforzó, precisamente, ante un *impasse* a medio plazo en las expectativas transformadoras sin un horizonte claro de probabilidad de avances sociales y democráticos. La alternativa inmediata de un cambio gubernamental de progreso había sido rechazada por el Partido Socialista que renunciaba a forjar un acuerdo progresista con Unidos Podemos y convergencias, hasta la nueva moción de censura progresista en 2018 y el posterior acuerdo parlamentario y presupuestario entre PSOE y UP y sus aliados, y luego paralizado.

Pero, con esa dinámica inicial de débil determinación en la dirección socialista hacia un cambio sustantivo de progreso, se abre el siguiente ciclo electoral del año 2019 (elecciones generales de abril y noviembre y municipales y autonómicas de mayo).

En ese sentido, sin un abandono de la estrategia socialista de gran centro o de un gobierno en solitario con acuerdos de Estado con las derechas, no se abría un horizonte de cambio de progreso real. Incluso, aunque las fuerzas del cambio tuvieran un buen resultado, ganasen en algunos ámbitos en términos relativos y se alcanzasen algunos

acuerdos concretos. Con esas coordenadas su legítima aspiración a ‘ganar’ no se traducía necesariamente en un cambio institucional suficiente para implementar un giro social progresista y democratizador de alcance general. Sería insuficiente para modificar sustancialmente la dinámica socioeconómica, política... y de las relaciones machistas y patriarcales.

Esa es la sensación feminista que avala la idea de coger el presente y el futuro en sus propias manos. Por tanto, con esa inercia, el cambio real de políticas públicas y gestión institucional era incierto, y desactiva las expectativas e ilusiones ciudadanas de una transformación gubernamental de progreso... hasta la credibilidad, parcialmente retomada, tras el acuerdo gubernamental progresista.

En consecuencia, este fenómeno de activación popular, además de expresar una exigencia de cambio inmediato y conformar mayores capacidades colectivas de influencia social y política, es una variable fundamental para modificar los campos electorales, fortalecer la dinámica de cambio político real, condicionar al Partido Socialista hacia una alianza de progreso con Unidas Podemos y configurar una alternativa institucional firme y creíble con esa orientación de fondo de la igualdad y la participación cívica.

Existe una pluralidad de corrientes ideológicas y culturales. Hay, al menos, dos grandes corrientes feministas: una de corte liberal o socioliberal, más formalista y adaptable a las actuales estructuras de poder, y otra de orientación igualitaria o progresista que enlaza con una actitud transformadora. Ambas tienen un fuerte componente cultural, simbólico e identitario. Y también una gran repercusión política-institucional, a veces de signo distinto o contrapuesto.

Un movimiento social debe ser autónomo de cualquier dependencia partidista y, en ese sentido, transversal a las distintas pertenencias políticas; es decir, su identificación y su cohesión se producen en torno a objetivos propios y compartidos en esa esfera de su función social inmediata. No obstante, ello no puede llevar a negar el impacto o el sentido político de su actividad. Es lo que han pretendido las derechas

del PP y Ciudadanos y su aparato mediático al querer desactivar (despolitizar) la dimensión crítica y transformadora de una acción sustantiva por la igualdad real frente a las resistencias del poder establecido que aparece difuminado.

En definitiva, el movimiento feminista (y sus aliados), dentro de su diversidad, tiene, a mi modo de ver, dos retos por delante: consolidarse como movimiento social autónomo, como marea cívica, con su articulación organizativa y sus referentes reivindicativos y discursivos; contribuir, desde sus objetivos transformadores, compartidos por otros movimientos sociales y agentes sociopolíticos, al cambio político e institucional de progreso tras esos grandes valores de la igualdad y la libertad.

La reafirmación feminista de las jóvenes

El pasado año fue expresivo de la masividad, el avance y el impacto público del movimiento feminista, tal como he referido antes. El 8 de marzo de 2019 constituyó un reto para su continuidad y consolidación. Analizo un hecho significativo para resaltar la combinación de factores que explican la implicación de millones de mujeres jóvenes en esta reafirmación feminista democrático-igualitaria frente a discriminaciones y desventajas impuestas y percibidas como injustas.

Las adolescentes y las jóvenes han experimentado, en las últimas décadas, un gigantesco avance en la libertad y la igualdad de sus relaciones interpersonales (respecto de los varones), sus trayectorias vitales y familiares y su cultura democrática y de derechos civiles y políticos. En particular, en el ámbito educativo, quizá la institución más libre e igualitaria en materia de género, han demostrado incluso cierta superioridad en sus resultados académicos medios. Es decir, nunca más se va a poder decir que las chicas tienen menores capacidades intelectuales, racionales o cognitivas que los chicos, ni tampoco menores capacidades y habilidades para su formación

respecto del empleo o sus responsabilidades cívicas. La expectativa de reconocimiento laboral y público y la movilidad ascendente es innegable, para ellas y sus familias.

No obstante, como dice Carmen Heredero (*Género y coeducación*, ed. Morata), el éxito escolar femenino es relativo, aunque no achacable a su falta de méritos. Existe una presión distributiva en los itinerarios académicos, condicionada por estereotipos de género, que empuja a las chicas hacia especialidades escolares (bachillerato de humanidades y ciencias sociales, o formación profesional de ‘cuidados’) con una salida más precaria en el mercado de trabajo que las especialidades de ‘varones’ (científicas, ingenierías... o de formación profesional industrial y tecnológica), con un empleo futuro de mayor calidad, remuneración y estabilidad.

Persiste cierta brecha de género en la escuela. Pero, sobre esa base, ya en desventaja de las trayectorias de las jóvenes respecto de las de sus colegas varones, se acumulan dos dinámicas discriminatorias que acentúan la desigualdad.

Una, especialmente para las jóvenes de origen y condición popular, por su inserción en el mercado de trabajo de forma más precaria, insegura y subordinada; está derivada de las estrategias empresariales de segmentación laboral, no solo por la condición social. También hay un sesgo de género: bajo el pretexto de su menor productividad y dedicación laboral por su supuesta mayor implicación en la tarea social ‘asignada’ de la maternidad, la reproducción vital y social y el cuidado de personas dependientes, adoptan dinámicas preferenciales para varones en detrimento de mujeres.

Dos, todos los elementos discriminatorios, desde los estereotipos socioculturales y la división sexual del trabajo hasta la violencia machista directa, que son agravios comparativos respecto de los jóvenes, perjudican la igualdad en perjuicio de las mujeres y atentan a la cohesión social y la convivencia cívica. Es decir, debilitan también la calidad ética y relacional de los jóvenes varones y la ciudadanía en general, si se dejan llevar por la inercia ventajista y no ejercen una

actitud solidaria. La emancipación femenina conlleva la construcción democrática e igualitaria de la sociedad.

Desde una óptica más general esas tendencias discriminatorias se han agravado con la crisis económica, las medidas de ajuste neoliberal, las políticas públicas regresivas sobre el Estado de bienestar y contra el empleo decente, la extensión del paro y la precariedad laboral. Así, el poder económico y empresarial, con su ejército de supervisores, expertos y gestores, ha ido imponiendo una socialización laboral, una nueva cultura empresarial de control y sometimiento, entre la gente joven con unos objetivos básicos: asegurar su máximo rendimiento y productividad con abaratamiento de costes, en búsqueda de ganancias suplementarias -a corto plazo-; e imponer una posición de subordinación y una actitud de resignación adaptativa y de supervivencia individual, unas costumbres insolidarias y conservadoras frente a su cultura relativamente igualitaria, libre y democrática de la escuela, sus relaciones interpersonales y la vida pública.

O sea, la imposición del poder empresarial en las relaciones laborales y la mayor subordinación de las capas precarizadas, mayoría de jóvenes populares (incluido de origen inmigrante), tiene también una función ideológico-política: frenar la cultura democrático-igualitaria mayoritaria en la juventud, revertir las conquistas en materia de derechos civiles, sociales y laborales, afianzar los valores conservadores y asentar la hegemonía política liberal conservadora.

Pero el choque entre las chicas de esas dos dinámicas contrarias, progresivas y regresivas, es todavía más brutal. Si en términos comparativos respecto de los chicos, los avances y las expectativas de movilidad ascendente —meritocrática— eran superiores, ahora se encuentran con que las evidencias de su socialización laboral precaria les imponen mayores desventajas, persiste el machismo estructural y todo ello lo sufren de forma

inmerecida. Por tanto, a partir de su experiencia relacional y sus recursos éticos, crece su percepción de padecer una grave injusticia.

También se produce incertidumbre, desconcierto o reacciones simplistas. Pero no hay, mayoritariamente, resignación o adaptación individualizadora, sino indignación colectiva, exigencia de soluciones públicas y reafirmación identitaria emancipadora. Y aunque, incluso en corrientes feministas y dada la diversidad existente, existan salidas falsas o unilaterales. Se trata del nuevo puritanismo, una reacción moralista que supone un retroceso respecto de las dinámicas de liberación sexual conseguidas hace décadas; o de la prioridad al incremento punitivo ante las agresiones, a la utilización exclusiva del código penal, más barato y mediático, en vez de aplicar una política integral y desarrollar medidas preventivas y educativas y de apoyo a las víctimas, así como de control y reinserción de los agresores.

Igualmente, en el campo institucional más amplio de las políticas de igualdad y contra la violencia de género, la valoración positiva de algunos cambios normativos, en más de una década de implementación, no ha implicado una modificación sustancial de los elementos básicos de discriminación, inseguridad o acoso machista. La desconfianza llega a la clase gobernante y distintos poderes (incluido el económico y el judicial), por su incapacidad para atajar esa desigualdad de forma efectiva, así como por su responsabilidad en el mantenimiento de esas dinámicas discriminatorias, normativas retóricas, contraproducentes e incompletas o actuaciones injustas e insuficientes.

Uno de los retos fundamentales es conseguir la derogación de la LOMCE, símbolo conservador de la segmentación escolar, el desprecio elitista hacia la escuela pública y los privilegios materiales e ideológicos para la jerarquía católica. Y también se mantienen las contrarreformas laborales con grave impacto para la gente joven. Con el nuevo gobierno progresista se ha iniciado el camino para avanzar, pero todavía hay motivos para porfiar en un cambio de progreso, democrático y feminista.

La gestión política de las fuerzas progresistas ha sido la de intentar representar esa nueva ola reivindicativa y cultural, aun sin impacto relevante de cambio estructural y normativo, que es la tarea institucional inmediata. Pero de su profundidad y amplitud han tomado nota los sectores conservadores. Al relativo estancamiento en la eficacia de las reformas institucionales ahora se añade la nueva contraofensiva política y mediática de las derechas con un proyecto regresivo de involución social, normativa y cultural en relación con las conquistas feministas. Es un bloque reaccionario y conservador potente, pero de escasa legitimidad social que se enfrenta a una mayoría social, especialmente de mujeres, con fuerte conciencia cívica y feminista.

Pero, como decía, esta generación joven ha experimentado una amplia cultura democrática y de justicia social bastante común en la mayoría de los chicos y las chicas populares. El hecho diferencial es que, ante esa doble desigualdad discriminatoria de las jóvenes y su débil defensa institucional, las propias mujeres han tenido que reafirmarse en sus valores democráticos y de justicia social y su actitud progresiva, así como consolidar su experiencia de libertad e igualdad para asegurar su ciudadanía plena y un futuro de bienestar.

Por tanto, tienen que hacer un sobreesfuerzo ético y práctico-relacional para dar respuesta a esa subordinación adicional y dar soporte motivacional y de legitimación a la correspondiente actitud participativa. Lo están haciendo frente al marco político e institucional dominante, en el menos malo de los casos y hasta ahora, impotente ante esa regresión que condiciona toda su trayectoria vital. No es fácil y se enfrentan a numerosos obstáculos. Pero se abre otra tendencia de activación cívica: una profundización de sus capacidades humanas, solidarias y transformadoras, una actitud más igualitaria y una convivencia más democrática. Todo ello con una articulación asociativa muy diversa y horizontal, unos liderazgos colectivos próximos, abiertos y transitorios, una labor concienciadora de una gran

parte del profesorado femenino, junto con unos discursos expresivos contra la discriminación y por la igualdad y la libertad.

En definitiva, **superando esquemas interpretativos estructuralistas o enfoques culturalistas, ambos unilaterales, así como visiones rígidas y esquemáticas, hay que realizar un análisis realista que facilite una firme acción transformadora feminista y solidaria.** Por tanto, son necesarios un enfoque relacional y un discurso multidimensional, considerando la interacción y la combinación de distintos elementos y planos que afecta, particularmente, a la mayoría de las jóvenes: una situación precaria e incierta, una experiencia social y una cultura democrática e igualitaria, nuevas dificultades para sus trayectorias y expectativas personales y profesionales, una responsabilidad institucional (pública y económica) en sus bloqueos vitales, percibida como injusta o insuficiente, unas redes de apoyo y pertenencia con identificaciones comunes sobre bases solidarias y una reafirmación colectiva en la justicia social y la emancipación. Por todo ello, el movimiento feminista y, en particular, la mayoría de las jóvenes, con talante progresivo, son un motor de cambio democrático-igualitario y emancipador.

1.2. Un debate teórico vivo y plural

La teoría suele ir por detrás de la experiencia. En este texto, como contribución al debate, apunto varias reflexiones de carácter más teórico que laten en diversas controversias feministas. De entrada,

considero que no existe un feminismo o una ortodoxia sobre el ‘auténtico’ feminismo. Hay pluralidad de feminismos, una diversidad de influencias político-ideológicas, distintos enfoques, prioridades y énfasis. Como punto de partida, además de considerar el contexto social y político, me voy a referir a tres libros feministas, aparecidos últimamente, cuyas aportaciones me parecen de interés para avanzar en la discusión hacia un feminismo crítico y popular: *Leonas y zorras. Estrategias políticas feministas*, de Clara Serra (ed. Catarata); *Género y coeducación*, de Carmen Heredero (ed. Morata), y *Contra el patriarcado. Economía feminista para una sociedad justa y sostenible*, de María Pazos (ed. Katakarak).

Son significativos por su orientación democrática y transformadora del actual orden social y político neoliberal y patriarcal. Se inscriben en una perspectiva progresista del cambio sociocultural, económico-laboral y político-institucional. La primera, desde la filosofía política, se adscribe a la tradición del republicanismo cívico y se centra en la ‘politización del deseo’ y la conformación de la identidad femenina; la segunda, desde el ámbito educativo, explica la relación entre género y educación, defiende la coeducación en una escuela pública y mixta, y es partidaria de una democracia social avanzada e igualitaria; la tercera, desde la economía, prioriza la eliminación de la división sexual del trabajo, propone una serie de reformas socioeconómicas y fiscales, teniendo como referencia la socialdemocracia escandinava.

Por tanto, con el objetivo de la emancipación femenina y la acción por la igualdad de género se enfrentan al problema del cambio político e institucional de progreso, a la defensa de los derechos sociales y el refuerzo del Estado de bienestar, a la transformación democrática del poder y la dominación, a una política de reformas sociales, culturales, económico-laborales e institucionales democratizadoras y progresivas; es decir, a la combinación del avance universalista de libertad y de igualdad con el empoderamiento de las mujeres y el refuerzo del feminismo.

Más allá de las dicotomías dominantes en el pensamiento feminista en estas décadas, a veces simplificadas, entre *distribución* (igualdad material, protección pública, perspectiva socialista y de clase o anticapitalismo) y reconocimiento (identidad, autoafirmación o diferenciación cultural), se trata de profundizar en una vía integradora hacia una estrategia emancipadora e igualitaria del estatus social de las mujeres y la eliminación de todo tipo de discriminaciones, ventajas y privilegios entre los seres humanos.

Una autora de prestigio, Nancy Fraser (*Fortunas del feminismo*), con una perspectiva anticapitalista y estructuralista, habla de ‘paridad representativa’ como estatus igualitario entre hombres y mujeres; sería una alternativa superadora del feminismo liberal (y la mercantilización neoliberal) y del feminismo socialdemócrata (y la simple protección social pública con la que, según ella, habría que pactar). Otra feminista influyente, Judith Butler (*Des hacer el género*), con un enfoque más constructivista y culturalista, pone el acento en la problemática de la identidad de género, o mejor, de los procesos variables y heterogéneos de identificación y la diversidad del sistema sexo-género, sin determinismos biologicistas. Forman parte de las propuestas del feminismo progresista actual.

A vueltas con la identidad

Por mi parte, apunto la importancia de realizar un análisis concreto de las relaciones sociales y una interpretación realista, sociohistórica y multidimensional de la interacción de dos parejas de componentes clave que fundamentan la teoría feminista.

Por un lado, las estructuras de poder o, mejor, de los poderes y élites dominantes realmente existentes y su imbricación (capitalismo / Estado / patriarcado), respecto de su relación con la conformación del sujeto de cambio feminista, con el concepto identidad (individual y colectiva).

Las identidades, frente a los esencialismos deterministas, se construyen social e históricamente; son diversas, variables y contingentes. En particular, la identidad de género no se basa solo o fundamentalmente en los afectos o deseos, en la subjetividad, sino que incluye un reconocimiento propio y ajeno del estatus social individual y grupal, su comportamiento y su interacción según los contextos; es decir, expresa un significado social, no solo cultural.

Por otro lado, la insuficiencia de la dicotomía *razón/pasión* (o *deseo*) para elaborar una estrategia emancipadora sin considerar suficientemente la *posición social* concreta de dominación/subordinación de las mujeres reales en sus contextos y la ciudadanía en general.

Sobre la dicotomía en ambas relaciones —*poder/identidad* y *subjetividad/posición social*— hay mucha y contradictoria literatura en ciencias sociales y estudios de género y numerosas polémicas políticas y filosóficas que no trato ahora. Detrás de ello, en términos sociopolíticos, está la definición del sentido del movimiento o corrientes feministas y su relación con otros procesos igualitarios.

Solamente comento un aspecto referido al carácter o identidad del movimiento feminista. Es usual, sobre todo en el ámbito anglosajón, la clasificación de los llamados nuevos movimientos, particularmente el feminista, como culturales. El movimiento feminista es el que más ha desarrollado los componentes de la subjetividad, no solo de los afectos sino del conjunto de rasgos culturales, con el cambio de mentalidades y la afirmación personal. Pero esa catalogación es unilateral al infravalorar el doble componente social constitutivo también de la identidad.

Por una parte, el objeto al que responde es una relación social de discriminación y/o subordinación de las mujeres, a la que corresponde un proyecto y una dinámica de un cambio político-social y personal de esa desigualdad impuesta por una relación de poder o dominación. La problemática cultural (mentalidades, emociones, deseos), infravalorada por las corrientes tradicionales estructural-

funcionalistas, es fundamental; pero debe estar conectada con la otra parte de la realidad concreta de las mujeres: su estatus y relación social. O sea, con la experiencia y la participación en los cambios igualitarios (o regresivos) de hábitos, costumbres, opciones sexuales, relaciones interpersonales y familiares, así como respecto de su situación en las estructuras sociales, económicas, políticas y simbólico-culturales.

Por otra parte, el sujeto, la activación cívica de las mujeres y la conformación del propio movimiento adquieren una relevancia social (también cultural y política), puesto que suponen una interacción y una transformación de las relaciones sociopolíticas y personales, incluido el apoyo mutuo, la afinidad comunitaria y el sentido solidario. El cambio de estatus y el reconocimiento identitario, particular y grupal, se realiza a partir de esa experiencia relacional, vivida, interpretada y mediada por la cultura y las instituciones.

Ambos aspectos, subjetividad y relación social, constituyen el sentido de la emancipación femenina (y de las personas discriminadas) y la acción por la igualdad real, fundamentos e identidad del movimiento feminista.

Por tanto, **el movimiento feminista es un movimiento ‘social’, no solo o principalmente cultural**. Respecto de la realidad concreta de las mujeres, en el carácter social de la acción feminista se encuentran los componentes (materiales) económico, distributivo, de protección pública, institucional, étnico-nacional y de clase, aspectos que también tienen los ‘viejos’ movimientos sociales; pero lo destacado de su carácter social es, sobre todo, su estatus relacional directo que incluye una posición subalterna en la división sexual del trabajo, con la prioridad impuesta a su papel preferente en la reproducción social y la tarea de cuidados, y en el resto de las estructuras sociales, institucionales y familiares.

En consecuencia, el punto de partida para transformar es la situación específica de desigualdad, opresión o subordinación de las mujeres que es una relación social de desventaja y marginación. La

definición como movimiento cultural valora la identidad basada, sobre todo, en los rasgos psicológico-culturales, por lo que la exigencia transformadora del reconocimiento personal y público solo se quedaría en ese componente cultural, sin modificar el resto de su posición social de subordinación. Por tanto, reconocimiento e identidad feminista adquieren todo su sentido cuando se integra la subjetividad junto con el estatus y los vínculos sociales, en una dinámica más completa, interactiva y multidimensional: la práctica relacional y de cambio cultural (vivida, interpretada y soñada) superadora de las relaciones de dominación o discriminación que padecen. En esa medida, se forma una identidad sociocultural y política más realista, igualitaria y multilateral.

1.3. El feminismo avanza

El feminismo goza de excelente salud. El 8 de marzo de 2019 volvió a demostrar su masividad y su talante igualitario, cívico y democrático en toda España; también como referencia europea y mundial. Fue un proceso masivo de autoafirmación feminista de las mujeres, especialmente jóvenes y adolescentes, con el apoyo y la simpatía de amplios sectores de la sociedad. Los motivos expresados de ese empoderamiento colectivo y solidario están claros: por la igualdad de las mujeres, frente a la violencia machista y contra la discriminación social y laboral. Supone una exigencia de reconocimiento público y una fuerte interpelación a los poderes

institucionales y la representación política y, en particular, un freno a las tendencias autoritarias y patriarcales que se reactivan.

Ante el incremento de la influencia social del feminismo es conveniente avanzar y debatir sobre sus fundamentos teóricos y sus principales controversias. Expongo mi punto de vista sobre ello, concretamente sobre algunas aportaciones teóricas para enmarcar varias polémicas relacionadas con la identidad de género y el movimiento feminista: su relación con el poder y su carácter cultural y/o social.

Dentro de la pluralidad feminista caben, al menos, dos grandes corrientes referidas a la actitud frente al poder con sus dos grandes objetivos, la libertad o emancipación femenina y la igualdad de las mujeres: la liberal o elitista, del llamado 1%, y la progresista-transformadora o popular, del llamado feminismo del 99%. Aunque, desde el punto de vista de la estructura socioeconómica y de poder cabría hablar de la diferenciación entre el 20% de arriba y el 80% de abajo (y en medio) y según su conciencia política constatar la existencia adicional a esa polarización liberal/progresista, por un lado, de un grupo conservador y, por otro lado, un amplio sector intermedio.

Según la encuesta de *40db*, sobre la actitud de la población ante el 8 de marzo (*El País*, 4 de marzo de 2019), y a la pregunta *¿En qué medida se considera feminista?* se nota una importante diferenciación por sexo y, sobre todo, por edad, tanto en mujeres cuanto en hombres (entre paréntesis sus porcentajes): 18-24 años, 64,5% (45,9); 25-34, 57% (30,2); 35-44, 48,8% (29,2); 45-54, 40,6% (22); 55-64, 54,6% (37,9), y +65, 51,8% (42,7). Pero si comparamos su evolución respecto a hace cinco años, el crecimiento de esa autopercepción feminista es muy significativo y también distinto por edad (con elaboración propia): en el grupo más joven de mujeres, de 18-24 años, se ha incrementado un 85% (66); en el de 25-34, un 53% (23), y en el resto, entre las mujeres adultas, una media similar y algo superior al 20% en

los cuatro tramos —entre el 21% y el 24%— (con un crecimiento asimétrico entre los varones adultos, 37%, 11%, 11% y 24%).

Por tanto, la media de identificación feminista entre las mujeres es mayoritaria, el 53%, con un incremento medio del 38% en estos cinco años, especialmente entre las mujeres jóvenes. Y en el caso de los varones la media de la autopercepción feminista es algo superior al tercio (36%) con un crecimiento también significativo (29%), especialmente entre los más jóvenes. Así, las personas que no se consideran feministas se han reducido un tercio en estos cinco años, y aunque persiste una importante minoría de mujeres (47%) y una mayoría de hombres (64%) que no se pronuncian, no significa que se consideren machistas o antifeministas, sino que no se definen y caben actitudes conservadoras, intermedias e indecisas.

Aparte de esta pequeña descripción sociológica, y dejando al margen las tendencias conservadoras y liberales, se trata de analizar el feminismo progresista en el que hay distintas corrientes.

En primer lugar, cabe citar el llamado feminismo anticapitalista encabezado a nivel mundial por Nancy Fraser (*Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica*).

En segundo lugar, existe una tendencia influyente que pone el acento en los afectos y su vinculación con la identidad de género y las relaciones de poder. El feminismo lo concibe frente a las estructuras de dominación en todos los ámbitos de la vida. Está conectada con el pensamiento posmoderno, particularmente de Michel Foucault, quizá el intelectual posestructuralista con mayor base empírica, sociológica e histórica y con una mezcla de determinismo político-institucional y culturalismo emocional. Aparte de Judith Butler (*Des hacer el género*), centrada en las relaciones sexo/género, en España, una aportación destacada sobre la vinculación de feminismo y una acción política basada en los afectos es la de Clara Serra (*Leonas y zorras. Estrategias políticas feministas*).

Ambas perspectivas aportan muchas cuestiones de interés, pero también tienen limitaciones, puntos comunes y aspectos

complementarios. Se trata de profundizar en ellas, en particular, con una evaluación de este nuevo enfoque emocional, más complejo y contradictorio, que tiene la ventaja de relacionar al feminismo con una particular pugna política por el poder. Más allá del debate convencional entre feminismo de la diferencia y feminismo por la igualdad, es preciso reflexionar sobre algunos dilemas de la teoría feminista, con una mirada multidimensional e integradora de la interacción entre sí de los dos componentes básicos de la subjetividad (racionalidad y afectos) y en relación con el estatus, la experiencia relacional y los objetivos éticos de las mujeres y la sociedad en general.

Estos aspectos merecen una valoración, extensiva a diversas controversias teóricas existentes en el movimiento feminista, tras el objetivo compartido de un feminismo igualitario y transformador. El análisis lo realizo desde un enfoque crítico y realista de la sociología (política y del conocimiento), en particular de la investigación sobre los movimientos sociales, la acción colectiva y el cambio social.

1.4. Identidad de género y poder

La identidad como reconocimiento está relacionada con el estatus y el poder. Caben diversas reflexiones. La primera es sobre el sentido del concepto de poder, a veces extenso y difuso, y la definición del adversario del feminismo. Se le pueden añadir características básicas como su carácter capitalista o neoliberal y patriarcal. En todo

caso, pretendo distinguir los distintos niveles de la dominación y las relaciones de poder, en particular el *biopoder* en el mundo de la vida y el bloque de poder político-económico, así como su vinculación con la identidad, la paridad representativa y la ambivalencia del ser humano.

La segunda reflexión trata sobre la prioridad por la subjetividad de los afectos que sería base de la identidad de género y la emancipación femenina. Respecto de ello hay que explicar la importancia de los vínculos sociales, la diversidad identitaria y su conexión con la interseccionalidad y la inseparabilidad de identidad y estatus social.

La tercera reflexión es una valoración general sobre la conveniencia de superar el enfoque de una identidad emocional por una visión más integradora, multidimensional, realista e interactiva del conjunto de la subjetividad, la experiencia relacional de las mujeres y la ciudadanía y los grandes objetivos éticos de igualdad, libertad y solidaridad. Comienzo por la primera.

Insuficiencias del concepto postmoderno de poder

Desde esa óptica posmoderna, el poder sería omnipresente, estaría en todos los sitios y personas (incluido en la propia mente y cuerpo de las mujeres), cosa realista y fructífera al abarcar todas las dimensiones de la vida. Sin embargo, hay varias cosas a matizar. El problema viene porque con la amplitud y versatilidad de esa palabra se puede difuminar la importancia específica del núcleo de poder dominante y la acción colectiva para transformarlo. Es decir, si todo es poder, nada es poder. Si el poder lo domina todo, no hay margen para la libertad. Bajo la hegemonía del poder solo cabría esperar que sea incompleta para tener una rendija alternativa: los afectos, que son creados por el poder y, al mismo tiempo, lo disputan. El riesgo de esa posición, en la versión individualista, es que la emancipación solo se realiza a través del empoderamiento personal o subjetivo, el cambio cultural y el autorreconocimiento, o bien, en las relaciones interpersonales desligadas del estatus y las relaciones de poder estructural.

Clara Serra, volcada en las estrategias políticas feministas, supera este peligro reduccionista a lo individual (es evidente la relación de lo personal con lo político); sin embargo, respecto de la segunda parte afirma explícitamente que la base emancipadora femenina estaría en el desarrollo de sus afectos, sus deseos, interpretando que las bases de la política son lo afectivo o *deseante*; se infravaloran así otras condiciones sociales sobre las que articular la acción política, dando por supuesto un enfoque de progreso. La cuestión es que ese enfoque emocional es insuficiente para conformar una alternativa al liberalismo (y la izquierda) ya que éste no se basa exclusivamente en la racionalidad, en el individuo racional y libre.

El liberalismo y, especialmente, el neoliberalismo incorpora elementos emocionales y pasionales, se basa también en el individuo 'deseante'. El capitalismo tradicional y, sobre todo, el nuevo capitalismo financiarizado, informacional, consumista y supermercantilizado, con su brazo simbólico-estético, su ética individualizadora y una acción destructiva del Estado de bienestar y los servicios públicos favorables para las mujeres, utiliza la subjetividad emocional de la ciudadanía para la consolidación y reproducción de su poder.

Así, ya en los comienzos del capitalismo, según Adam Smith y Bernard Mandeville, su poder y su racionalidad se interrelacionan con los sentimientos morales basados en el principio motor del egoísmo y el beneficio propio. Ahora se añade el deseo consumista, el emprendimiento competitivo y la publicidad 'motivadora' como medios de autorrealización y, en sentido contrario, la incertidumbre y el miedo al fracaso como penalización.

Es decir, esa posición postmoderna de promover los deseos o, simplemente, politizarlos o construir la política en base a esas pulsiones sin valorar las relaciones y 'necesidades sociales', no constituye una alternativa adecuada al liberalismo real y menos al neoliberalismo, complementado por la cultura individualista

posmoderna. Hace frente, en todo caso, a la pugna cultural frente a racionalidad liberal-conservadora, problemática por su intento de legitimar las políticas de desigualdad, precarización y austeridad generalizadas, en la medida que defiende el sentido progresivo y democrático de esos deseos y demandas populares. Y, sobre todo, cuestiona una actitud o mentalidad conservadora-autoritaria restrictiva de los deseos, particularmente de liberación sexual puestos en marcha hace medio siglo; o sea, se enfrenta positivamente al puritanismo, también presente en sectores de las izquierdas.

Pero esa prioridad por lo emocional no facilita la diferenciación con esa faceta instrumentalizadora de los afectos que es sustantiva del liberalismo y, sobre todo, del neoliberalismo y que debería conllevar una contienda en ese terreno afectivo por su sentido igualitario, y sin relegar los campos racional y relacional. Dicho de otro modo, el feminismo no puede quedarse solo con la imprescindible bandera de los afectos, dejar a los adversarios la bandera de la razón y no fundamentar la acción por la igualdad de estatus y relación social en las condiciones concretas de las mujeres y la gente, incluida la importancia de los cuidados y la solidaridad.

Pero incluso, ese discurso genérico de la prioridad emocional, por la indefinición de su sentido político y la falta de suficientes referencias posicionales y de contexto, se queda corto ante la versión populista de derecha extrema que espolea pasiones reaccionarias (machistas y agresivas) persistentes en sectores conservadores descendentes o inseguros en su situación, privilegios e identidad. Así, emociones básicas como la ira y la cólera (o su versión moderada, la indignación) deben valorarse según su sentido ético y sociopolítico y su contexto.

Por tanto, ese componente emocional, necesario y consustancial para el feminismo (y la emancipación popular), es insuficiente como guía progresiva. Sin especificar su significado, es ambiguo y ambivalente y no garantiza una estrategia real por la igualdad y la

libertad. Hay que enlazarlo con una racionalidad emancipadora y una estrategia democrático-igualitaria teniendo en cuenta, especialmente, la situación relacional y el cambio real de la desigualdad de las mujeres (respecto de los varones) y entre las mujeres (por motivos de clase social, étnico-nacionales y de opción sexual o ideológica...), en el actual contexto de fuerte desigualdad general impulsada por las cúpulas del poder ‘duro’ y el ‘blando’.

En definitiva, **hay que redefinir el sentido y la relación entre poder e identidad y la interacción de cada tipo de subjetividad (razón/pasión) con el estatus social y la transformación posicional y relacional de las mujeres, respecto de los varones y entre ellas, y el conjunto de seres humanos.** Ello lleva a explicar la ambivalencia del ser humano, la relación entre diversidad identitaria e interseccionalidad y el papel e interacción de los afectos y la posición social en la configuración de la identidad feminista.

Poder y paridad representativa

Por poder se entiende aquí, sobre todo, el poder establecido (económico-financiero y político-institucional): el bloque social dominante en relación antagónica con los intereses y demandas de la mayoría popular o ciudadana. Se trata de las élites dominantes y las cúpulas de los grandes aparatos estatales y económicos, a veces descritas como el 1% superior de la estructura socioeconómica e institucional. Ese bloque de poder oligárquico (dominador, capitalista y patriarcal) es diferente al poder o la autoridad ejercidos en muchas estructuras estatales, políticas y representativas de la democracia liberal con funciones positivas o neutras, (aunque no tanto en el mundo empresarial o las relaciones internacionales). Igualmente, es distinto y más reticular en el mundo asociativo, familiar o interpersonal.

En estos casos, relaciones de dominación, intereses compartidos, cooperación y consentimiento están mucho más entrelazadas y en

combinaciones diversas. Se puede utilizar esa expresión, poder o dominación, referidas al poder masculino o patriarcal y al de una camarilla corporativa en una asociación, pero conviene clarificar su sentido según ambos contextos; así, es el patriarcado, como sistema de dominación masculina, o los grandes aparatos político-burocráticos los que coparticipan en el grupo de poder que domina el conjunto de la sociedad.

Por tanto, ese núcleo de poder no es neutro desde el punto de vista ético y político con una perspectiva democrática-igualitaria-emancipadora, y tiene un impacto y una responsabilidad especial. Forma parte de un sistema de dominación/subordinación, por mucho que esté regulado por el Estado de derecho (legalidad) y tenga cierta legitimidad ciudadana (consentimiento o representatividad electoral), todo lo cual no es irrelevante frente a las tendencias autoritarias. Pero, poder (ya lo decía Weber) es dominación, como capacidad y credibilidad de uso de la fuerza, la coacción y la persuasión para imponer conductas, incluso contra su voluntad. Es decir, el poder consiste en ejercer y mantener una posición estructural de ventaja y desigualdad de una élite (poderosa) y la garantía de su continuidad con la subordinación, opresión o control de la mayoría de las personas o grupos dominados. Hay quien lo llama capitalismo patriarcal o neoliberalismo globalizado.

En definitiva, ese bloque de poder hegemónico, conectado en una oligarquía mundial, conviene diferenciarlo del resto de estructuras complementarias de poder o del 'sistema' en distintos niveles para el sometimiento autoritario o el control social con sus correspondientes aparatos y normativas, desde el ámbito institucional (fuerza, prepotencia y represión), económico (coacción empresarial, precarización) o patriarcal (violencia machista). En todo caso, ese poder oligárquico expresa y garantiza el sistema de dominación y desigualdad (neoliberal y machista). Además, aunque sea autoritario también suele tener componentes de legitimidad democrático-electoral, y aunque sea especialmente masculino también tiene

composición mixta por sexo, a pesar de que sea elitista y desigual, bajo hegemonía machista y con mayoritaria subordinación femenina.

Aparte de la versión conservadora-autoritaria justificativa de la dominación del poder (estatal y económico), hay dos visiones sobre el carácter del poder establecido. Una, la liberal-funcionalista que afirma su neutralidad y su funcionalidad no dominadora u opresiva; y la palabra liberal se utiliza aquí en el sentido económico e institucional, no de moral o costumbres, aparejado a ser la persona más tolerante y abierta. Otra, la democrática progresista (republicana, de izquierdas y populista-progresiva) que realza su carácter antagónico con la mayoría ciudadana o popular y los valores centrales de igualdad y libertad. De esos diagnósticos se deducen dos proyectos o estrategias contrapuestos. Por un lado, la posición de ocuparlo o participar en él, sin cuestionar su carácter ambivalente. Por otro lado, transformarlo o democratizarlo para debilitar su poder (incluido el de las mujeres que participan en él) y contrapesarlo con mayor capacidad cívico-democrática y participativa, con empoderamiento popular y feminista.

En resumen, **conceptos como transversalidad hay que entenderlos referidos a la mayoría social y su expresión democrática, no respecto de la cúpula poderosa, corresponsable de la desigualdad. Dicho de otra forma, no se puede mantener la neutralidad o la equidistancia entre los dos polos; eso sería consenso centrista o feminismo ‘liberal’.** El feminismo está vinculado con los derechos humanos y contra la opresión de las mujeres, no es transversal o equidistante en relación con las dinámicas discriminatorias, racistas o antidemocráticas. Así, no es neutral respecto del bloque de poder estructural, obstáculo para la igualdad y la emancipación femenina y del conjunto de la sociedad. Como mínimo es democrático y de progreso, incompatible con posiciones reaccionarias, regresivas y autoritarias, y debe desarrollar un modelo social igualitario, elemento clave de su identidad.

En consecuencia, nos encontramos con una paradoja respecto del alcance y el sentido de exigencias igualitarias básicas, democráticas y feministas, como la participación institucional, la rotura del techo de cristal o la paridad representativa (concepto que realza Nancy Fraser). Son fundamentales para revertir las desventajas por sexo en múltiples ámbitos y escalas jerárquicas. No obstante, cuando nos acercamos al bloque de poder estructural (económico-financiero, político-institucional, étnico-nacional y patriarcal) adquieren otro significado. Desde luego, son positivos los deseos y las reformas que tienden a equilibrar la presencia femenina en las altas estructuras de poder (desde los consejos de administración de las empresas del IBEX-35 hasta las altas instancias judiciales y de seguridad, la propia monarquía y la gobernanza europea y mundial); pueden tener efectos simbólico-culturales favorables a la extensión de la igualdad.

Pero la prioridad y el embellecimiento de esa mejora participativa en la composición paritaria de las élites dominadoras obscurece otra realidad: la desigualdad y dominación que ejerce ese bloque (también con su composición mixta) en perjuicio de la mayoría de las mujeres (y hombres) de las capas populares (trabajadoras y medias), particularmente precarias y de origen inmigrante y racializadas. Es decir, se refuerza el conflicto o antagonismo entre las propias mujeres y la corresponsabilidad de las de arriba en la opresión, marginación y explotación de las de abajo (y en medio), rompiendo la solidaridad de género.

Desde una visión restrictiva o liberal de la igualdad de género, se destaca solo la mejora de la posición de (esas) mujeres que acceden al poder establecido. Por ejemplo, hay que reformar la Constitución para facilitar la sucesión femenina en la Corona, eliminando la norma retrógrada y machista de la prevalencia del varón; pero, al mismo tiempo, hay que exigir la democratización de la institución de la Jefatura del Estado, es decir, la instauración de la República, con la posibilidad de acceso de más mujeres y mayor control democrático.

Desde una perspectiva transformadora progresiva ese bloque de poder, independientemente de su mayor o menor composición femenina (lo cual no es irrelevante) y con su corresponsabilidad, incrementa la desigualdad y la división con la mayoría popular de las mujeres; perjudica la solidaridad de género (sororidad). Aunque conserven intereses comunes, la minoría de mujeres poderosas y la mayoría popular femenina divergen ante la desigualdad impuesta en el mundo de la vida. No se trata de confrontar una óptica como ‘mujer’ y otra mirada por su pertenencia a una clase social, sino de constatar la distinta posición de intereses y estrategias políticas y feministas en el interior de las mujeres, que afectan al sentido de sus respectivas identidades. Las mujeres reales padecen múltiples opresiones y discriminaciones y la defensa de (todos) sus derechos las puede llevar al conflicto con la élite femenina poderosa. Su identidad es múltiple. Su emancipación no se puede separar de la igualdad respecto de los varones y entre las propias mujeres y el conjunto de la sociedad, frente al poder opresivo y desigual.

1.5. Identidad y ambivalencia humana

El carácter o la identidad del ser humano y el sentido de sus interacciones se definen de forma distinta según diversas tradiciones. A lo largo de la historia se han producido intensos y prolongados conflictos culturales y morales que expresaban diferentes y contrapuestos intereses sociales, políticos y económicos. Me referiré

aquí al concepto de identidad, la ambivalencia del ser humano y el doble componente, individual y social, de las personas. Todo ello para clarificar el sentido de la identidad de género, elemento clave para la teoría feminista.

El concepto de identidad, sin determinismos

En primer lugar, se debe definir el concepto identidad, en los planos individual y colectivo, ya que hay, al menos, dos acepciones distintas: a) identidad como expresión de la subjetividad, es decir, de los afectos, deseos, sentimientos, emociones y, también, pensamiento y aspiraciones; b) identidad como conjunto de rasgos psicológicos-culturales, pero también sociales, o sea que incluye las relaciones sociales, el estatus y el comportamiento. La primera (cultural) pone el acento en los componentes subjetivos-culturales; la segunda (social), destaca todos los rasgos psico-culturales y la posición social y su interacción relacional. El reconocimiento, componente identitario clave, se refiere a ese doble plano: reconocimiento de sí mismo (autorreconocimiento) y, además, reconocimiento de los demás individuos y grupos sociales y su relación con ellos (reconocimiento social o público). Y ese carácter doble del ser humano (individual y social) y la interacción de sus dos componentes (subjetividad y estatus) se produce en unos procesos y contextos concretos.

Conviene también precisar el concepto de cultura ya que tiene similar pluralidad semántica que el de identidad, lo que puede llevar a confusión: una versión restrictiva (usual en psicología, filosofía y literatura) es la de considerar exclusiva o fundamentalmente los componentes subjetivos: ideas y afectos; una versión amplia (utilizada en sociología, historia y antropología) donde, además de los componentes subjetivos, incorpora los hábitos, costumbres y conductas, o sea, la práctica social y relacional. En este segundo significado el término cultura lleva a confundirse con la palabra sociedad que, a veces, desaparece junto con su contenido, el vínculo

social. Si se utiliza con el primer significado, sin complementar con el resto de la propia realidad social y material, se infravalora lo social.

Según Durkheim, los ‘hechos sociales’, incluidos los económicos-laborales, político-jurídico-institucionales, culturales y medioambientales —derivados de la acción humana—, los estudia la sociología, así como las ciencias sociales y las humanidades, aparte de la biología humana y, en parte, el resto de las ciencias naturales, al estar relacionados con la naturaleza. Son actividades y relaciones vividas, sentidas e interpretadas. Aquí se utiliza la palabra ‘social’, mayoritariamente en sentido amplio, como referida a la problemática de la sociedad (humana), por tanto, incluyendo en las relaciones o vínculos sociales el conjunto de interacciones humanas.

En consecuencia, en el uso de esos significantes es conveniente precisar su significado para explicar la complejidad de la relación entre las dos partes: por un lado, subjetividad (ideas y afectos) y, por otro lado, posición social junto con práctica relacional. La clarificación del lenguaje es necesaria para evaluar los contenidos y, sobre todo, el sentido de una posición normativa.

Dejando aparte las teorías liberal-conservadoras, existen dos versiones dominantes este último medio siglo que resultan, a mi modo de ver, unilaterales e insuficientes: la doctrina funcional-estructuralista, con la tradición positivista-determinista, ya sea economicista, biologicista-sexista, político-institucional o racista-etnicista; y el pensamiento posestructuralista-culturalista, con la tradición idealista, ya sea racionalista, discursiva o emocional.

Además, hay que tener en cuenta que ‘pos’ no significa ‘anti’, es decir, que en el posestructuralismo (o la postmodernidad) hay mucha heterogeneidad y algunos autores tienen grandes dosis de estructuralismo, incluso en el ámbito lingüístico o discursivo, solo que distinto del más convencional del determinismo economicista. O sea, la controversia en muchas ocasiones es entre variantes deterministas que, a veces, son esquemas idealistas y conceptuales alejados de la realidad empírica.

La polarización de ambas corrientes de pensamiento no lleva a buen puerto, más cuando se extreman las posiciones de uno u otro discurso para apropiarse de una visión hegemónica y excluyente en la disputa sobre la realidad, la verdad y la objetividad en su interpretación esencialista o, bien, en su contrario relativista. Y, especialmente, para lo que nos atañe directamente en este texto, para construir la legitimidad y el liderazgo político-normativo para conformar la sociedad, las instituciones y los sujetos colectivos. Así, hay que superar esa dicotomía estéril por un enfoque social y crítico más integrador, comprensivo, multidimensional e interactivo.

La ambivalencia del ser humano

En segundo lugar, apunto varios interrogantes sobre la ambivalencia del ser humano (hombres y mujeres) y su identidad.

Sintéticamente y expresado en términos dicotómicos: la persona es un ser racional o pasional (o *deseante*); y en el plano ético y relacional: el individuo es malo (egoísta, agresivo) y la comunidad-institución buena (como el ‘hombre es un lobo para el hombre’, se debería imponer el Estado-Leviatán), o al revés, el individuo es bueno (cooperativo) frente a la sociedad-Estado que es mala (poder dominador). Por tanto, las relaciones sociales podrían ser de dominación (de poder) y/o de cooperación (o neutras).

Igualmente, ¿los sujetos se hacen a sí mismos o hay una naturaleza o esencia diferenciada por sexo-género, o bien está derivada de la pertenencia antagónica en el sistema patriarcal? Es decir, ¿son los hombres racionales, egoístas y agresivos, y las mujeres, afectuosas, generosas y colaboradoras?; ¿todos los primeros son (solo) dominadores y todas las segundas (solo) dominadas? Como dice Clara Serra (*Leonas y zorras*), la fuerza o la coacción no son patrimonio solo de los hombres ni la astucia y la seducción solo de las mujeres; éstas no pueden renunciar a influir en el poder y construir hegemonía política.

Así mismo, ¿cuál es la interrelación de los distintos sistemas o grupos de poder (oligarquías, capitalismo, patriarcado...) entre sí y en su interacción con las capas subordinadas o subalternas (clase social, sexo-género, etnia-nación...) y su tipo de intersección, intereses compartidos o dinámicas comunes?

Avanzo mi posición: el ser humano es ambivalente desde el punto de vista social y ético y tiene un vínculo social e interactivo ineludible. Su identidad no es homogénea o esencialista ni está determinada por la biología o por estructuras económicas, culturales o de poder. Es construida social e históricamente, incluidas las masculinidades y las feminidades. Como dice Judith Butler o Simone de Beauvoir: “La mujer no nace, se hace”. Es decir, su carácter o su identificación se va construyendo con su propio comportamiento, actividad social y subjetividad. Y, en un plano más general, los sujetos colectivos se conforman a través de su experiencia, su práctica relacional y su cultura, en su marco contextual, como explica E. P. Thompson.

Esa posición constructivista moderada e histórica entra en conflicto con cierto fatalismo o determinismo político-institucional de muchos estructuralistas y expresada por Michel Foucault: “El individuo es el producto del poder”. Por una parte, existe un reduccionismo del concepto de poder, al subsumir el conjunto de relaciones sociales dentro de una dinámica específica de poder como relación hegemónica de dominación/subordinación. Por otra parte, el poder sería omnipresente: ‘no hay nada fuera del poder’, ni en la sociedad ni en el interior del individuo. Solo habría imperfecciones en ese control hegemónico o totalizador del poder que daría cierto margen para la autoafirmación (interna y externa) frente a la autoridad; es decir, permitiría cierta libertad, vinculada con esa parte individual fuera de la dominación, aunque no tiene asideros relacionales u ónticos.

Es oportuna la crítica de Chantal Mouffe a la concepción liberal de la existencia de un individuo racional y libre previo al poder que es ejercido desde fuera del sujeto y después de que el mismo esté constituido. El poder (instituciones y normas) interviene en la

conformación del individuo, forma parte de este. Pero hay que hacer una distinción entre relación social y relación de poder y sus interacciones.

El vínculo social es consustancial al individuo, pero no necesariamente toda relación humana es de dominación (o solo de cooperación); ni solo hay pertenencia al bloque del poder (los hombres) o al bloque dominado (las mujeres). La mayoría social pertenece a la gente dominada o subalterna respecto de los poderes principales (institucionales, económicos y normativos) por mucho que haya individuos subordinados en determinadas relaciones que tengan posiciones de dominio relativo en distintos contextos y esferas (por ejemplo, muchos hombres bajo el privilegio patriarcal). La interacción de las relaciones de clase social, sexo/género y etnia/nación en determinado individuo o grupo social produce mucha casuística sobre diversas situaciones y combinaciones de identidades.

Es, pues, básico analizar las relaciones reales de coacción y subordinación, de imposición y sometimiento, así como de colaboración, cuidado y solidaridad, y su interacción en la misma persona o grupo social para forjar una identidad diversa, evolutiva y contradictoria que permita una acción emancipadora. Por tanto, la persona no se hace, definitivamente, antes ni después del poder, ni es el poder quien la construye. Se conforma en la interacción social, en la interdependencia, el conflicto y la reciprocidad con otros seres humanos y grupos sociales, incluidos los del bloque dominante.

El doble componente, individual y social, de las personas

Las personas (hombres y mujeres, niños y niñas) tienen un doble componente: individual y social. La subjetividad y, sobre todo, el propio cuerpo, constituyen ese rasgo individual. Pero, el ser humano no puede configurarse sin sus vínculos sociales, sin su interacción con otras personas y grupos sociales. La individualidad,

la construcción personal (desde el lecho materno) no puede realizarse al margen de ese componente social, de esa relación social en torno a un grupo más o menos extenso, interactivo y multinivel de socialización, experiencia mutua, intereses compartidos, convivencia y reciprocidad o bien sus contrarios, la agresividad, la competencia, la subordinación o la dominación. Sus interacciones inmediatas son con la madre (y el padre), la familia nuclear, la tribu o comunidad local, las amistades... hasta la escuela, el empleo, la nación, el Estado o las redes sociales, institucionales, económicas y comunicativas locales y del mundo. El mito de Robinson Crusoe es eso, un mito, sobre la autosuficiencia del individuo, al igual que la del individuo robotizado y aislado de la sociedad.

Por otro lado, la opción por la autoridad grupal o colectiva de una estructura social o de poder con sometimiento del individuo concreto o la anulación de su autonomía y sus derechos ha sido y es una constante en la historia de la humanidad, empezando por la familia patriarcal o la subordinación al mandato de una divinidad o institución, funcional con determinado grupo de poder.

La tradición judeocristiana (y musulmana) nos ha legado una visión social y antropológica patriarcal y autoritaria: los humanos éramos felices en el Paraíso, pero al rebelarnos frente a la autoridad (Dios), fuimos desterrados y castigados a trabajar (y al infierno, hasta la venida del Salvador); además, la culpable insidiosa de la desobediencia del hombre (Adán) era la mujer (Eva), con una descendencia en conflicto (un hijo bueno, Abel, y otro malo y asesino, Caín). La moraleja está clara: Ante la agresividad humana (sus vicios) y el cuestionamiento de la autoridad se genera desorden y perdición y solo cabe el sometimiento a las tablas de la ley (de la autoridad divina, sus profetas y sus reyes). Ya tenemos los componentes básicos que han secularizado y adaptado las ciencias sociales (Maquiavelo, Hobbes) y el moderno psicoanálisis (Freud, Lacan): las relaciones de poder y autoridad están impuestas a las personas (malas), especialmente a las mujeres, para garantizar la convivencia y la reproducción; o la otra

cara de la moneda, los seres humanos somos buenos (Rousseau y la doctrina pedagógica optimista) y el poder (el Estado) es malo y hay que distanciarse, cambiarlo o reducirlo.

Esta idea básica de sentido común, sobre el carácter constitutivo doble del ser humano, tiene grandes implicaciones antropológicas, psicológicas y sociopolíticas, en particular, para el tema de un feminismo realista y crítico. Se enfrenta a dos corrientes de pensamiento contrarias y dominantes en los últimos siglos. Por un lado, al conservadurismo reaccionario y autoritario (y algunos fanatismos nacionalistas y colectivistas), que somete la libertad individual y constriñe su autorrealización personal en nombre de un poder externo superior. Por otro lado, al individualismo liberal o postmoderno que infravalora, desprecia o instrumentaliza sus vínculos sociales, la solidaridad, el bien común o el contrato social, como contrarios o engorrosos para su realización personal o sus intereses individuales (o corporativos).

La individualización, la distinción e identidad individual respecto del 'otro', es una gran conquista de la humanidad, en particular para las mujeres y las personas dominadas o discriminadas por estructuras autoritarias y sujetas a normas impuestas. Desde el espíritu prometeico de la antigua Grecia que buscaba el control del propio destino de la humanidad al margen del dictado de los dioses, pasando por el humanismo renacentista y el moderno individualismo, el desarrollo y la autonomía personal, así como los derechos y libertades individuales son ejes fundamentales para la emancipación individual y colectiva.

Pero, como se ha expresado, los seres y grupos humanos son ambivalentes y están conformados social e históricamente, y sus interacciones y su sentido, dominador o emancipador, también. No existe la persona 'buena' (antropológica, ética o psicológicamente) a la que solo cabe su propio autodesarrollo y cuya pulsión (positiva) es la autorrealización (el placer, la felicidad) o el reconocimiento (hegeliano). En ese caso, los vínculos externos solo deberían ser

facilitadores de ese impulso. Es la visión del Paraíso (antes del pecado y la expulsión), retomada por Rousseau y un parte de la Ilustración, así como por algunas teorías psicopedagógicas optimistas (interaccionismo simbólico). Al contrario, tampoco existe la persona ‘mala’ con el obligado sometimiento a la autoridad (hobbesiana), como afirman las doctrinas pesimistas conservadoras y autoritarias.

Igualmente, no existe el individuo mixto, con la combinación de esos dos componentes esencialistas: un fuero interno (el alma) positivo y una parte constitutiva del individuo construida por el poder negativo (dominador), aunque sea de forma inacabada. Por tanto, no hay esencialismo constitutivo o de origen (bueno), ni fatalismo determinista por la modelación del poder (malo), ni un reparto ontológico de ambas tendencias. La configuración humana depende de sus interacciones sociales (y con la naturaleza) ambivalentes, contradictorias y contextuales. Además, los vínculos sociales, las relaciones interpersonales y la propia sociedad son más amplios, interactivos, ambivalentes y diversos que las relaciones de poder, particularmente del núcleo duro del poder estatal, bajo el control de élites dominantes. El sentido de sus funciones y sus flujos respecto de las personas es diverso y contingente. Por otra parte, existen distintos poderes económicos y políticos, así como instituciones, legítimos e ilegítimos; algunos son más opresivos o autoritarios, otros son neutros, y otros son soportes públicos necesarios para la vida social, todavía más en sociedades complejas. Los Estados modernos combinan las dos facetas: dominación y funcionalidad; por tanto, su impacto en los individuos y, lo más importante, la actitud normativa hacia ellos es diferente y conviene no confundirlas: su necesidad y la colaboración adecuada, o su carácter dominador y opresivo y la oposición emancipadora.

Por último, conviene precisar el fundamento ético doble y la conversión realizada por el liberalismo económico en su pugna moral contra las restricciones del Antiguo Régimen basadas en su supuesto bien común (aristotélico) para la aristocracia, por un lado, y la

economía moral popular, por otro lado. Se refiere al lugar central del egoísmo individual, el beneficio propio, como motor de sociabilidad y crecimiento económico, para generar riqueza colectiva con apropiación privada; es decir, desde Bernard Mandeville y Adam Smith, en el siglo XVIII, el interés individual (vicio privado) generaría ganancias (virtudes públicas) para la sociedad. Lo inicialmente malo, el individualismo feroz, se convertiría en fundamento social positivo. Queda legitimado así el orden social basado en los deseos egoístas y la imposición práctica de la apropiación privada de los esfuerzos y beneficios colectivos. Es la ética liberal, soporte cultural de la desigualdad. La alternativa: una práctica social por la igualdad, la libertad y la solidaridad.

1.6. Diversidad identitaria e interseccionalidad

La diversidad identitaria y su distinta combinación es un tema complejo con gran importancia interpretativa y normativa, particularmente, para la teoría feminista. Existe diversidad individual y grupal respecto de los géneros, opciones sexuales y culturales, clases sociales, naciones y civilizaciones, y también en el interior de estos. **La posición social de la persona, su experiencia relacional, su comportamiento y su cultura forman parte e interactúan con su conformación identitaria, su pertenencia colectiva y su subjetividad.** Todo ello, sin caer en el extremo del constructivismo subjetivista, culturalista o voluntarista, es decir, idealista, al

infravalorar los condicionamientos de las estructuras económico-políticas y los contextos sociohistóricos en los que actúan los seres humanos y los diversos grupos sociales y de poder.

Las mujeres (las personas en general) no tienen solo una identidad de género sino un conjunto de identidades que conforman una suma de identidades parciales y cuya combinación, implementación, reconocimiento (propio y externo) y jerarquización interna se desarrolla según los momentos y contextos. El concepto mujer no se define solo por su especificidad diferenciada del hombre, ya sea en el plano biológico-sexual y de capacidades reproductivas, en el del género (femenino) o sus funciones y culturas (o estereotipos) diferentes de las de los hombres. El conjunto se podría englobar en el concepto de identidad de género (femenino). Pero ello no agota la realidad y la identidad de las mujeres, ya que hay que incorporar el resto de las posiciones y relaciones sociales que también forman parte de su situación e identidad, aunque algunas de ellas sean comunes con las de los hombres. Esas otras identidades (étnico-nacionales, de clase...) son inseparables de la identidad de género en las mujeres concretas; o, dicho de otra forma, su identidad de género interacciona con ellas formando su identidad de mujer (o persona).

Hay que superar un debate convencional sobre la polarización, muchas veces mal planteada, entre la ‘especificidad’ de las mujeres y la ‘genericidad’ de ellas como personas, en que esto último, lo común, no se considera ‘propio’ sino ajeno o impuro, contaminado por los hombres. La identidad de género se suele construir sobre lo primero, pero queda pendiente integrar en la identidad de las mujeres esa otra parte de su vida, bien con una actitud flexible del significado de identidad de género, bien con la simbiosis o interacción de otras identidades de las mujeres mismas (étnico-nacionales, de clase...). Así, esa otra realidad e identidad, aunque sea similar o compartida con

los hombres no por ello es menos suya. La cuestión tiene un impacto sociopolítico inmediato.

Respecto de los colectivos LGTBIQ+, en la medida que comparten con el feminismo la oposición a la heteronormatividad impuesta y la rigidez de la separación en dos géneros exclusivos, como dice Judith Butler (*Deshacer el género*), hay campos comunes. Más controversias existen para salvaguardar la autonomía feminista en relación con las dinámicas compartidas o solidarias y su relación con otros sectores oprimidos y sus trayectorias reivindicativas, en particular los derivados de la raza u origen étnico-nacional, por no citar los clásicos de la relación con el resto de los movimientos sociales, las clases trabajadoras o la izquierda política. Todo ello vuelve bajo el paraguas de la cooperación, las estrategias compartidas y la interseccionalidad. Pero aquí se aborda solo un aspecto particular.

¿La igualdad entre mujeres no es igualdad de género?

El interrogante es: ¿La defensa de la identidad de género lleva solo a superar la desigualdad de género, es decir, a conseguir un estatus igual con los varones de su misma categoría social y deja al margen la desigualdad entre las propias mujeres? Si es así, ese feminismo sería insuficiente, sobre todo, para las mujeres más subordinadas en distintas esferas.

Por ejemplo, según datos de la encuesta *40db* (*El País*, 4/03/2019) el objetivo de la lucha feminista más mayoritario (53,3%) es *Eliminar el techo de cristal (los obstáculos para el ascenso profesional de la mujer)* —los siguientes son: *Aumentar y visibilizar la lucha contra la violencia de género* (52,3%), *Empoderar a la mujer frente al acoso y las agresiones sexuales* (41%), *Romper con los estereotipos de género* (40,8%) y *División igualitaria del trabajo doméstico* (35,5%)—. Pues bien, precisado el sentido de la pregunta referida a conseguir el ascenso profesional en paridad con los varones no tiene mucho problema, favorece a ‘todas’ las mujeres y es transversal; refleja el

gran apoyo cívico por la igualdad de género, modificando la situación de desventaja o discriminación de las mujeres respecto de los hombres.

Pero conviene precisar dos matizaciones importantes dada la estratificación de la sociedad y, por tanto, de la posición de los hombres a la que se quiere igualar la de las mujeres: una, su insuficiencia para las mujeres precarizadas o subordinadas (también en relación con el origen étnico-nacional), cuyo objetivo se podría expresar mejor como despegarse del ‘suelo pegajoso’; dos, la pertenencia paritaria de una élite femenina en el grupo de poder tiene elementos contraproducentes para la igualdad entre mujeres y la propia emancipación del conjunto de ellas.

Por un lado, millones de mujeres, en su mayoría jóvenes, ¿se tienen que conformar con un estatus de precariedad, subordinación y explotación laboral igual que la padecen la mayoría de los hombres, sobre todo jóvenes y minorías étnico-nacionales? ¿Es suficiente conseguir similar trayectoria precaria que la de sus colegas varones? La gran reafirmación feminista de las mujeres jóvenes demuestra que no se conforman con esa perspectiva limitada. Quieren más mejoras para sus trayectorias sociolaborales, mayor igualdad global.

Si se refiere al acceso femenino a las capas medias o al empleo cualificado ese horizonte de igualdad de género es algo más completo y estimulante, al contar con mayor reconocimiento y estabilidad profesional previos.

Ahora bien, en la tercera situación, la de la pertenencia al bloque de poder, ese objetivo también se refiere al acceso de las mujeres de la élite a ese poder establecido (institucional y económico); es decir, en las élites dominantes, aunque sean mixtas, existe una infrarrepresentación femenina y se pide una paridad en su composición personal. Ello es positivo y se corrige una discriminación por razón de sexo-género; incluso se puede valorar el efecto simbólico y de arrastre para el resto de las mujeres que puede tener esa victoria (muy significativa entre famosas o lideresas en el ámbito político, económico o cultural). Esa perspectiva con una visión neutra de las

jerarquías institucionales es atractiva por el tirón de la movilidad ascendente deseada. Pero, desde una interpretación del conflicto social o del antagonismo (sea de oligarquía/pueblo o élites dominantes/clases trabajadoras), resulta que el bloque de poder actual de carácter neoliberal y regresivo y con tendencias autoritarias es el causante, entre otras cosas, de la consolidación de la precariedad, la desigualdad social y el recorte de derechos sociales y laborales que afectan a millones de mujeres (y también varones).

Ese grupo de poder (capitalista) es también patriarcal, en la medida que favorece e instrumentaliza la segmentación y división existente en la sociedad y, específicamente, de las mujeres y entre las mujeres. O sea, el objetivo de que el núcleo dominante, el llamado 1% de arriba (y la colaboración del 20% superior), sea paritario y se rompa ese techo de cristal que dificulta esa igualdad con los varones de la élite es positivo, pero conlleva un elemento contraproducente: amplía la desigualdad entre las mujeres (poderosas y populares) y corresponsabiliza a las élites femeninas en el incremento de la desigualdad, la subordinación, el empobrecimiento y la división con la mayoría de las mujeres (y el resto de la sociedad), mientras las unifican con los intereses y demandas de los hombres poderosos. La aparente solidaridad de género, con aspectos comunes compartidos de discriminación y violencia machista, que deja entrever la ambigüedad semántica de eliminar el techo de cristal respecto de la cúpula del poder, deja paso a la polarización de intereses, actitudes e identidades en la pugna por la igualdad social en sentido amplio; o sea, en todas las facetas humanas de las mujeres, incluso su desigualdad con las mujeres de la élite dominante. Por ello, el feminismo del llamado 99% (o del 80% popular) no debe reducirse solo a la igualdad de género, en sentido restrictivo, sino a la emancipación e igualdad de las mujeres y su realidad vital multidimensional.

El enfoque de la interseccionalidad

El enfoque de la interseccionalidad ayuda a superar las rigideces o unilateralidades de la separación analítica de distintas categorías formales (precarias, blancas, emigrantes, europeas...). Su abstracción y diferenciación entre sí y respecto de la realidad pueden servir para analizar o clasificar aspectos o componentes específicos; pero sin explicar su interacción e intersección no permiten valorar el conjunto de las características de las mujeres concretas de un determinado grupo social y los aspectos comunes que comparten o que les dividen frente a otras mujeres y el resto de la realidad social y del poder. O sea, es imprescindible una tarea interpretativa de la pertenencia múltiple a distintas situaciones de opresión y/o privilegio, a sus conexiones internas según qué ámbitos, que permita una comprensión (que diría Weber) del conjunto, desde sus interacciones y la evolución de sus distintas combinaciones en el propio sujeto individual o colectivo.

Pero, para evitar quedarse en una simple constatación atemporal o formalista de la existencia de la diversidad y de la multiplicidad de opresiones e identidades y su suma mecánica, hay que dar un paso analítico e interpretativo que explique la situación concreta de las mujeres (y cada grupo social). Y, sobre todo, que valore su dinámica social, su práctica relacional y su comportamiento sociopolítico. Es decir, su desarrollo práctico, su experiencia y su interpretación son variados y, al mismo tiempo, están focalizados o han priorizado unos aspectos y no otros, según qué coyunturas, oportunidades y aspiraciones.

Por tanto, se debe explicar su posición global de subordinación/dominación, según qué contextos, y cómo se conforma su identidad de identidades y su adaptabilidad e implementación concreta. En consecuencia, una visión interseccional e interactiva de la diversidad y las polarizaciones (dialéctica) facilita el análisis de la variada y compleja articulación de sus procesos de identificación, con sus conexiones y, sobre todo, permite explicar mejor los ejes de su selectiva y adecuada actuación y las 'luchas de fronteras': producción/reproducción, origen étnico-nacional, relación

medioambiental... Es interesante la reflexión de Judith Butler sobre la conveniencia de deshacer los géneros, para hacer frente a la diferenciación esquemática o rígida de los sexos y opciones sexuales. No obstante, me centro en el plano sociológico del papel social y relacional de la diversidad, la intersección y lo común que construyen identidad, frente a la idea esencialista del ‘ser mujer’, como elemento compartido a partir de una base fija biológica o estructural.

Esa superación de la división esencialista identitaria hay que aplicarla a la identidad de género, para darle un sentido más amplio que enlace con el conjunto de la problemática de las mujeres no solo con lo que les diferencia de los hombres, sino de sus múltiples y diversas opresiones y lo común (o intersección) entre ellas y el resto de los seres humanos. De un feminismo de la diferencia, y sin desconsiderarla, se amplía a un feminismo de la igualdad y lo común. La identidad específica de género tiene muchos fundamentos relacionales, históricos y civilizatorios. Lo que hay que eliminar es la relación de desigualdad y desventaja, no necesariamente todos los aspectos de diferenciación voluntaria no discriminatoria. En ese sentido, es una tarea identitaria que recomponer en la medida que se avanza en el horizonte de la igualdad y no expresa la profundidad de esa dicotomía desfavorable y la acción por superarla. La identidad de género no desaparece, sino que cambia su carácter y se ligaría más a una identidad cívica como ser humano igual y libre.

Por tanto, la identidad de género (o ‘del’ género femenino) no solo debería abordar la igualdad entre ambos géneros sino combatir también la desigualdad entre mujeres y su problemática más general en su especificidad femenina.

En resumen, la existencia de ese bloque de poder genera mayor desigualdad y precarización para la mayoría de las mujeres. Por tanto, aunque se mejore la participación femenina en el mismo y se conserven componentes transversales comunes, al estar aquellas mujeres también marginadas o en desventaja respecto de los valores y

posiciones de los varones de su grupo de poder, se abre una brecha de intereses, confianza y solidaridad entre las mujeres. El feminismo y su cultura igualitaria se debe generalizar con el apoyo preferencial a las mujeres vulnerables, que son la mayoría de las capas populares. Sus demandas tienen más que ver con superar el suelo pegajoso que en romper con los techos de cristal de las élites que impiden su pertenencia paritaria en el poder. En consecuencia, es necesario romper todos los techos de cristal, pero especialmente los de los escalones bajos y medios que afectan a las capas trabajadoras y profesionales. Y cuidar, como dice Nancy Fraser, que los vidrios de los techos de cristal en torno al poder que rompen las mujeres que aspiran a ser de la élite no les caigan encima y los tengan que recoger las mujeres que limpian los suelos pegajosos.

1.7. Superar la identidad emocional

Las identidades no están constituidas solo por afectos y/o razones. Particularmente, es así en la identidad de género, más aún si atendemos a las mujeres concretas. Ello llevaría a una identidad ‘emocional’ o ‘racionalista’, ambas culturalistas. **La identidad está constituida por el carácter psicológico, cultural y social de un sujeto, su sentido de pertenencia grupal y su reconocimiento.** No solo deviene de la subjetividad, componente fundamental del ser humano y su emancipación, sino que expresa y está mediada por la relación social concreta, por el comportamiento y la interacción, más o

menos profunda y prolongada, de individuos y grupos sociales; por las costumbres, experiencias y aspiraciones comunes; por la cultura en sentido amplio, no solo por ideas o sentimientos sino también por prácticas relacionales, hábitos similares o complementarios y trayectorias compartidas.

La sedimentación histórica de todo ello, junto con la experiencia social y los proyectos vitales en un contexto específico, conforman los movimientos sociales, en particular el movimiento feminista, así como los grandes sujetos colectivos y los procesos emancipatorios, nacionales y civilizatorios. La identidad colectiva es inseparable del sujeto social, de su práctica relacional, vivida, sentida y pensada. Los procesos de identificación y pertenencia suponen reconocimiento de sí mismo y de otros sujetos y, al mismo tiempo, diferenciación, cooperación y competencia. La identidad colectiva, la pertenencia a un grupo social, no necesariamente es excluyente, puede ser pluralista, integradora y cooperativa; permite la convivencia y la colaboración en tareas y proyectos comunes.

La insuficiencia de la dicotomía *razón/pasión*

La modernidad y el liberalismo no apuestan solo por el individuo racional y libre sino también por sus pasiones y emociones, especialmente en su versión nacionalista (o imperialista). Por tanto, su alternativa no son solo los afectos, tal como afirman intelectuales posmodernos. Esa idea del sentido alternativo de lo emocional y el deseo no es válida ni en la fundación del liberalismo ni en el actual neoliberalismo postmoderno que utiliza el consumismo y la realización del deseo posesivo como expresión y fuente de mercantilización y ganancia capitalista.

El postmoderno Michel Foucault es el intelectual que más ampliamente ha justificado los deseos como motor de la vida y expresión del poder. Tiene una amplia influencia en el pensamiento feminista que conviene evaluar desde un enfoque crítico y realista,

todavía más ante la relevancia actual del movimiento feminista y su acción igualitaria-emancipadora.

Me centraré en este autor, enmarcándolo en las corrientes ideológico-políticas más generales. Si, como dice, los deseos son la base de la política, pero están contruidos por el poder ¿no es una contradicción esperar que el desarrollo de esos deseos sea la base de la liberación propia y el autorreconocimiento? Con ese determinismo político-institucional se cerraría un círculo fatalista de la impotencia transformadora, ya que no habría arraigo o encaje con la sociedad, con las relaciones sociales reales y su cambio práctico a través de la interacción sociopolítica y cultural.

Esa relación deseo / poder puede servir para el tratamiento psicoanalítico particular, siempre que el analista tenga unos criterios interpretativos realistas y la comprensión de una dirección liberadora adecuada. Pero en términos sociológicos, más complejos y con una interacción multidimensional y a distintos niveles y grupos sociales, la debilidad analítica, estratégica y normativa que produce esa unilateralidad del enfoque emocional genera más incapacidad transformadora.

Sobre todo, en su aplicación al campo político genera confusión analítica y, especialmente, estratégica y de alianzas para el cambio de progreso y la vertebración y gestión del poder institucional. ¿El desarrollo de los deseos de la gente (o demandas, aun con la politización o la articulación por una élite discursiva, según Laclau), es lo que conforma la estrategia democratizadora, emancipadora e igualitaria de la mayoría subalterna? ¿Los campos de alianzas se establecen, por un lado, en el bloque llamado populista, basados en los 'deseos' del pueblo y, por otro lado, en el bloque llamado tradicional, supuestamente basado en 'razones' de la oligarquía? ¿El campo común compartido de los afectos como eje central es el que debe compartir el populismo de izquierda, junto con el feminismo emocional y la extrema derecha pasional? ¿Y no comparten ese factor emocional con el neoliberalismo?

La respuesta es que lo emocional o la simple expresión de los deseos, en abstracto o de forma espontánea, no es un indicador suficiente para definir una estrategia política emancipadora o una actitud de progreso ante el poder establecido sobre las que establecer objetivos y alianzas. Es una insuficiencia del pensamiento postmoderno, compartida por la ambigüedad sustantiva del enfoque populista. Hay que precisar el sentido de cada emoción, su vinculación con determinada racionalidad y su funcionalidad contextual e histórica según la posición social y el proyecto de sociedad de la gente que la encarna.

Por tanto, la identificación basada prioritariamente en los deseos no necesariamente facilita la igualdad, ni expresa el campo común o la intersección de las diversas identidades en la conformación de sujetos colectivos con el objetivo de la emancipación popular y humana. Falta clarificar una característica clave de su contenido sustantivo: Qué afecto o emoción; qué razón o discurso, y como se combinan ambos. Y para definirlos solo caben dos caminos complementarios: Uno, el de la realidad relacional a cambiar con un proyecto social; dos, el de la actitud ética global o universalista, basada en los grandes valores (republicanos o democráticos) de igualdad, libertad y solidaridad. De ahí se construye la práctica social y la subjetividad, ambas componentes de una renovada identidad o pertenencia colectiva multidimensional para un proceso emancipador.

El deseo, la emoción, los afectos o la pasión, y también la razón, las ideas y las aspiraciones, son ambivalentes en su sentido ético, pueden ser buenos y/o malos. Igualmente, en su sentido político: democrático-igualitarios y emancipadores-solidarios o autoritarios-desiguales-segregadores. Son conceptos abstractos que definen una actividad humana. Pero su carácter y su sentido lo adquieren según la posición social, la práctica relacional y el proyecto concreto de la persona o fuerza social que los encarna; es decir, según su configuración como sujeto colectivo de acuerdo con el contexto y su

vinculación a una ética universalista: derechos humanos, democracia, justicia social.

Un concepto clave de esta interacción entre identidad y sujeto es la ‘experiencia’ vivida e interpretada (E. P. Thompson) en el que se incluye la situación y la relación social de la gente, con sus necesidades, agravios y desigualdades, así como su respuesta práctica, su actitud y su comportamiento mediados por la cultura acumulada y el sentido de la justicia, junto con el contexto, los condicionamientos estructurales e institucionales, los equilibrios entre fuerzas sociales y los impedimentos y las oportunidades de cambio.

La pugna entre los dos enfoques, por una parte, el racional (o moderno) y, por otra parte, el emocional (o postmoderno) hunde sus raíces en polarizaciones clásicas en el interior del liberalismo y la modernidad, empezando por el racionalismo francés (Descartes) frente al empirismo británico (Hume), hasta la contienda entre la Ilustración francesa (republicana-estadista-racionalista) frente a la alemana (nacional-romántica); en el siglo XIX continuó la pelea del positivismo liberal contra el romanticismo emotivo. En el plano nacional la pugna se estableció entre el estatismo hegemónico (y el imperialismo o el actual europeísmo dominante), con la justificación racional, jurídica y política cosmopolita o universalista, y el nacionalismo subalterno (o soberanismo proteccionista), con su legitimidad mitológica, cultural y sentimental de carácter particularista. Por último, ya en el siglo XX la tensión se establece entre la modernidad, hegemonizada por la racionalidad liberal, frente a la posmodernidad pasional, el estructuralismo determinista frente al posestructuralismo subjetivista.

Esa dicotomía razón/pasión tampoco expresa bien los ejes y las tendencias del conflicto sociopolítico entre las fuerzas democráticas e igualitarias de progreso, con sus diversas razones y afectos, su arraigo popular-nacional y su ética universalista, y las del poder establecido y su dominación, junto con la deriva nacionalista y segregadora de

derecha extrema. También en el campo político, esa polarización es insuficiente y acarrea desorientación analítica y estratégica.

Ambivalencia de las emociones (y las razones)

Ambas facetas de la subjetividad y su interacción son imprescindibles, pero no en abstracto sino explicitando su sentido igualitario-emancipador (o su contrario) según la realidad a la que se enfrentan, el contexto, su trayectoria y su finalidad. Dicho de otra forma, hay razones y existen emociones progresivas y regresivas, democráticas y autoritarias, emancipadoras u opresivas y, éticamente, buenas y malas. Su elección constituye un dilema moral y político basado en la autonomía humana.

Una síntesis de esa falsa dicotomía razón/emoción ya la realizaron los fundadores británicos del liberalismo hace más de dos siglos tras la dura pugna cultural, moral, económica y política de los dos siglos anteriores: el deseo y la imposición del beneficio propio con la fuerte apropiación económica y de poder revestido de racionalidad económica (la prosperidad pública), frente al bien común popular, por un lado, y los privilegios del Antiguo Régimen reaccionario, por otro lado. Esa combinación específica de esos tipos de razón, pasión y poder, aun con conflictos y grietas, ha creado el capitalismo moderno, con sus Estados y gobernanza, incluido dos guerras mundiales, la precarización y desigualdad masivas y la insostenibilidad ambiental. Pero sigue imparable, sin apenas frenos. Y en ello estamos, con la particularidad del neoliberalismo financiarizado y posmoderno, de apariencia individual más libre, emotivo y ‘deseante’, pero con mayor control y subordinación ciudadana al poder establecido.

Por tanto, aunque esa pugna *pasión/razón* tiene múltiples aspectos parciales de interés y hay que valorarlos según cada contexto histórico y el sentido y el proyecto de cada fuerza social que los encarna, hay que superar ambos enfoques unilaterales. Se deben recoger los componentes positivos de ambas facetas y tradiciones: romántico-

sentimental/racionalismo ilustrado. Especialmente, cuando han estado compartidas por expresiones populares y las experiencias de las mayorías ciudadanas en los conflictos democrático-igualitarios: la importancia de los valores democráticos y republicanos en el mundo de la vida, la interculturalidad y la articulación institucional y convivencial, así como la de una subjetividad realista, crítica, solidaria y cooperativa.

En particular, el republicanismo, la tradición democrática más avanzada, es insuficiente por la dimensión formalista que le suele dar a la igualdad, debiendo ser más sustantiva y real respecto de todas las estructuras de dominación, no solo económicas sino también sociales y patriarcales de subordinación real; y además tiene un componente estatista, en su versión jacobina, centralizador en lo nacional y no demasiado pluralista.

También existen tradiciones positivas en distintos movimientos populares y en otras corrientes progresistas o de izquierda democrática, con la necesidad de su conveniente renovación y adaptación y la superación de sus inclinaciones socioliberales y burocrático-autoritarias. El acento principal, no obstante, debe estar en la elaboración de un renovado pensamiento crítico y realista vinculado a esos objetivos transformadores igualitarios-emancipadores y la sostenibilidad medioambiental del planeta.

Subjetividad y fuerza social

Entre las izquierdas se suele hacer un paralelismo sobre la relación entre subjetividad y relaciones sociales y económicas bajo la pugna y el ascenso de la burguesía frente al Antiguo Régimen y los retos actuales de las capas democrático-populares y feministas frente al bloque de poder dominante. La diferencia sustancial de los dos procesos es la distinta especificidad del poder y el carácter de la fuerza social emergente. Esa tradición moderna valora, adecuadamente, que durante varios siglos, en el desarrollo del capitalismo, la penetración

burguesa en las instituciones y el cambio social y cultural se establecía desde dentro de la propia economía, con nuevas relaciones mercantiles y productivas, cuyo control le facilitaban nuevas estructuras de poder estructural. La lucha político-cultural o la voluntad general eran más fáciles de conformar para el cambio político.

Sin embargo, hoy día, en esta fase neoliberal y globalizada, el control económico e institucional del bloque de poder establecido, a pesar de la participación popular y la regulación democrática, es mucho mayor. Las fuerzas emergentes progresivas no pueden asentarse en grandes estructuras económicas e instituciones propias decisivas, autónomas del poder económico y estatal. El llamado tercer sector, el cooperativismo o la cogestión son muy limitados, frágiles y dependientes. La gestión político-institucional alternativa es más dificultosa y limitada. El riesgo de repetir esquemas y caer en el idealismo es más fácil.

Así, las capas dominadas, sin apenas relevante control económico y político-institucional, tienen que profundizar en sus capacidades y fortalezas: masividad y densidad de sus vínculos y prácticas sociopolíticas con fuerte desarrollo democrático; es decir, asociacionismo popular, participación pública, activación cívica o contrapoder sociopolítico y en instituciones representativas. Eso es lo que le proporciona la base para cierta estabilidad en la participación popular y su representación social y política en las instituciones del Estado o en el área pública de la economía, siempre en pugna con las tendencias neoliberales, privatizadoras y monopolizadoras del poder. Esa infravaloración de la activación democrática de la mayoría social y la fragilidad del poder institucional de las izquierdas y fuerzas alternativas si no se asienta en esa participación cívica masiva, junto con la sobrevaloración de la capacidad transformadora de la simple gestión institucional, es lo que no ha valorado suficientemente la socialdemocracia de la tercera vía y el eurocomunismo del compromiso histórico, ambos en crisis.

Por tanto, en esta fase, el ritmo del cambio político y el económico es asimétrico. Como las fuerzas alternativas de progreso están en condiciones de mayor desventaja posicional en las estructuras económicas y de poder, les es más fundamental ese componente sociopolítico ventajoso de su inserción democrática. Y la subjetividad popular y su articulación cívica es todavía más importante, pero en la medida que está enraizada en una fuerza social alternativa. Lo decisivo para el cambio es construirla ya que está basada en una nueva dinámica práctica de la gente progresiva o democrático-igualitaria-solidaria que refuerza la propia subjetividad. Los discursos no tienen solo una función instrumental; los valores cívicos y la cultura popular democrática y de justicia social se enraízan en la experiencia relacional y las necesidades sociales y dan soporte a la acción colectiva transformadora.

La pareja de objetivos convencionales, participar o controlar las instituciones y construir la voluntad general por una élite, suele infravalorar el aspecto principal: la conexión y activación democrática masiva, a veces desconsiderada como movimiento social impotente o instrumentalizada como electorado receptor para la legitimación de una determinada élite representativa.

Habrá que volver al principio de realidad, a la práctica social, el sentido de la justicia y la voluntad transformadora de la gente subalterna. En todo caso, y vinculado a la debilidad de las fuerzas alternativas de progreso, están los límites de una teoría crítica democrático-igualitaria y emancipadora a desarrollar. Pero es mejor valorar el problema que engañarse con falsas soluciones, apelando a emociones sin definir.

La identidad colectiva es inseparable del sujeto social

La identidad, personal y grupal, es inseparable de la posición social y su experiencia vital y relacional. **Los procesos de identificación colectiva, de pertenencia compartida a un grupo social**

diferenciado, se vinculan con la conformación sociohistórica de los sujetos sociales, siempre en interacción y recomposición.

Su configuración y su evolución no dependen solo de la transformación de la subjetividad, las mentalidades y el deseo, sino de la existencia de una voluntad de cambio, junto con el despliegue continuado e interactivo de su práctica social: sociopolítica, económica, cultural, étnico-nacional, de género-sexo. Se trata de superar, de forma realista y multilateral, la dicotomía convencional entre sujeto/objeto o bien necesidad/libertad, sin caer en determinismos ni en voluntarismos.

Por otro lado, la identidad es el resultado del pasado (y el presente) de la persona, de sus vivencias y relaciones sociales; pero también incorpora sus proyectos e ilusiones que modelan sus comportamientos inmediatos. No tiene razón Sartre cuando afirma que la identidad es solo expresión del pasado y que el futuro es libertad; aunque lo que somos no nos determina, la identidad no es fija ni nos restringe, la vamos cambiando y regula nuestra libertad de acción y pensamiento. Tampoco es acertada la idea de que la identidad se construye hacia adelante, no hacia atrás; se priorizaría el criterio hegeliano, supuestamente inscrito en su ley histórica, del deseo o la aspiración a la plenitud humana (autorrealización) como base de construcción identitaria. Parafraseando a Simone de Beauvoir, la mujer se hace (por su relación social experimentada, pensada y proyectada); no nace, pero tampoco depende solo del futuro y sus ilusiones. Su identidad forma parte de su devenir real y su interacción colectiva.

Además, todo individuo y grupo social tiene diversas identidades, más o menos complementarias, desiguales en su importancia, asimétricas en su combinación y jerarquía interna y variables en su impacto expresivo en cada momento y circunstancia. O sea, se produce una suma, equilibrio inestable o integración más o menos coherente de sus identidades, con el despliegue de variadas representaciones, subjetividades y funciones sociales. La identidad recoge los rasgos psicológicos de un individuo o colectividad, pero también las

características posicionales y culturales que permiten el autorreconocimiento y el reconocimiento de los demás; es decir, expresa el sentido de pertenencia a un grupo social, hacia dentro y hacia fuera del mismo. Esa actuación prolongada, compartida y reconocida conforma el sujeto social.

Por último, la combinación de distintas identidades parciales, fuertes o débiles, y la expresión de cada combinación de ellas en el tiempo, en cada individuo y grupo social, ofrece unas características identitarias en el sentido más concreto: étnico-nacionales, de sexo-género y clase social, o de grupos específicos con distintas opciones y preferencias. Pero están ligadas a una situación e identificación más general en dos planos diferentes.

Uno, en la pertenencia sociopolítica a una comunidad política, desde el punto de vista de sus derechos y deberes cívicos, independientemente de sus características particulares: es el sentido de una ciudadanía política compartida, que puede ser multinivel, local, nacional o estatal, europea, mundial.

Otro, la pertenencia a la humanidad, a nuestra especie, como rasgo común de las personas de todo el mundo, con unos derechos humanos fundamentales compartidos por toda la población y una identificación común como ser humano. Y, especialmente, en su ejercicio sociopolítico y cultural según los contextos. No se trata solo de cierto cosmopolitismo y un universalismo ético existente en todas las personas, sino que esos componentes se integran también junto con los demás en la identidad y el carácter del sujeto y pueden tener un mayor o menor impacto en su carácter, su comportamiento y sus aspiraciones.

Por tanto, la combinación en cada individuo y grupo social de esa multiplicidad identitaria, con el peso diferenciado de cada componente según qué procesos, incluidos los más generales de la ciudadanía y la pertenencia humana, ofrece un panorama no estrictamente fragmentado de su identidad, como gran parte de las ciencias sociales asegura; ni tampoco unificado, como otra parte afirma al intentar meter la realidad diversa en supuestas categorías homogeneizadoras,

insensibles a esa diversidad. **El conjunto de identidades asimétricas configura distintas expresiones unitarias en (des)equilibrios diversos y en transformación.**

El concepto de interseccionalidad apunta a ese análisis, aunque hay que evitar quedarse en una simple descripción o una constatación formalista de la multiplicidad identitaria. Hay que comprender sus interrelaciones internas para explicar su impacto normativo, relacional o sociopolítico, es decir, su configuración como sujeto activo.

Mi interés es poner el acento en la capacidad articuladora, conformadora o transformadora de los seres humanos y sus relaciones a través de su experiencia vital, multidimensional e interactiva. La sociedad es diversa. Las relaciones sociales, sin reducirlas a relaciones de poder o de dominación, también son ambivalentes; el sentido político o ético de las interacciones humanas expresa la pugna y la colaboración de proyectos individuales y colectivos en procesos relacionales multidimensionales y en diferentes niveles.

En definitiva, las grandes identidades tradicionales, especialmente las derivadas de las relaciones machistas, la subordinación y precarización popular y los reajustes étnico-nacionales, con sus jerarquías valorativas, están en crisis y cambio. Hay una nueva pugna por su nueva conformación, su interrelación interna y su papel: desde la reacción defensiva y fanática de las anteriores identidades, a la reafirmación en identidades parciales o fragmentadas. La construcción de nuevas identidades y, sobre todo, de los nuevos equilibrios, personales y grupales, de su heterogeneidad, es lenta e incierta y exige realismo, reconocimiento, tolerancia, negociación, mestizaje y convivencia; en resumen, respeto al pluralismo, capacidad integradora y talante democrático.

Por tanto, hay que superar el pensamiento posmoderno, fragmentario e individualista, así como la rigidez unificadora y esencialista de algunas teorías modernas y premodernas, sean asimilacionistas ante la diversidad o prepotentes respecto de las minorías. En ese sentido, la identidad de género es fundamental para

las mujeres, como expresión de su situación específica de discriminación y su demanda de igualdad y emancipación, a integrar con sus otras identidades en una pertenencia diversa y conectada con una identidad cívica, más general, democrático-igualitaria y solidaria.

En resumen, hay que superar la política basada en las emociones o en la simple racionalidad abstracta y, en particular, también un feminismo o una identidad de género solo emocional y/o solo racional. La posición social y la experiencia relacional y cívica son fundamentales; las condiciones, intereses, trayectorias y necesidades sociales configuran un punto de partida para la emancipación. Los sujetos colectivos, en particular el movimiento feminista, expresan una particular combinación de emociones, razones, estatus social, experiencia relacional y proyectos de vida. La igualdad, la libertad y la solidaridad siguen siendo referencias universalistas y transformadoras.

2. FEMINISMOS, INTERSECCIONALIDAD E IDENTIFICACIONES

2.1. El nuevo progresismo de izquierdas

El perfil mayoritario de la base social y electoral de las fuerzas del cambio de progreso es el siguiente: **Joven, urbano, de clase trabajadora y estudios medios, con cultura política progresista, feminista, ecologista y de izquierdas**. Algunos de estos rasgos rompen o matizan cierto estereotipo sobre el electorado de Unidas Podemos y sus convergencias y aliados. Tiene unas diferencias significativas con los del conjunto de la sociedad y, en particular, los del Partido Socialista, la otra formación caracterizada de izquierdas o progresista y que, conjuntamente, van a gobernar España con un proyecto compartido.

El Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS) realiza los estudios demoscópicos más amplios sobre la realidad social y electoral. Sus sucesivos *Barómetros* aportan muchas claves para conocer la sociedad española. En particular, el último Estudio 3267

(Barómetro de noviembre de 2019) ofrece un *Avance de resultados* según la opción electoral por variables sociodemográficas (edad, sexo y clase social) e ideología política: izquierda / derecha, o bien progresista / liberal / conservador / socialista, así como nacionalista, ecologista y feminista.

Como se sabe, los grandes bloques político-ideológicos de las derechas, las izquierdas y los nacionalismos se han mantenido con algunos ajustes respecto de los resultados electorales de abril. **El aspecto principal que permite la gobernabilidad, una vez fracasada la opción de un gobierno socialista en solitario, junto con la dificultad de la operación de gran centro o la colaboración del PP con el PSOE, es la persistencia de una mayoría parlamentaria progresista, con ventaja sobre las derechas:** un gobierno compartido de progreso entre Partido Socialista y Unidas Podemos (y sus aliados), con el apoyo de otros grupos políticos colaboradores (PNV...) y la necesaria abstención de ERC.

Comienza un nuevo ciclo político cuyos retos principales, vigentes ya desde hace una década y desde una óptica progresiva, son el avance en la justicia social y la igualdad, la democratización y regeneración institucional y la regulación del conflicto territorial. La pugna de fondo en el actual contexto europeo está entre las tendencias regresivas o de involución, el mero continuismo con retoques secundarios y la dinámica de cambio de progreso. Todo ello vinculado al desgaste cívico de las élites gobernantes, con el agotamiento del bipartidismo y un reequilibrio representativo en los campos progresista y conservador, con diferencias sustantivas en su interior, que abre la vía para una gestión institucional más plural y negociada y una nueva polarización de bloques.

En ese sentido, es fundamental tener en cuenta la situación real de desigualdad en la sociedad, dada la persistencia de la crisis social para la mayoría. Además de las condiciones de vida de la población por diferentes categorías hay que considerar su percepción y su actitud

política e ideológica. En definitiva, se trata de conocer las corrientes sociopolíticas susceptibles de impulsar, avalar y apoyar una trayectoria de cambio progresista e investigar la dinámica de legitimación cívica del nuevo Gobierno y sus políticas públicas en la medida que acierten con sus objetivos de progreso para la mayoría social y el país.

En un amplio Informe, basado en el estudio aludido del CIS y publicado por *Rebelión* en dos partes (Ver [primera parte](#) y [segunda parte](#)) hago un exhaustivo análisis: en la primera parte expongo las variables sociodemográficas de los diversos electorados —edad, sexo y clase social—; en la segunda parte analizo sus características político-ideológicas.

Así, detalla la particularidad de la base electoral de las fuerzas del cambio y la compara con la del Partido Socialista, para interpretar las bases sociales que pueden condicionar directamente la evolución política y la gestión gubernamental y modificar las expectativas sociales y la legitimidad de ambas formaciones.

Parto del enfoque social y realista de la sociología crítica para valorar la interacción entre las condiciones materiales (nivel de ingresos y estatus sociolaboral) de la gente, su percepción y su sentido de pertenencia colectiva, así como su comportamiento político-electoral. **Desde una perspectiva sociohistórica e interactiva la cuestión es explicar los procesos de identificación, normalmente múltiples y mixtos y con distintos niveles de intensidad en cada momento, y su vinculación con su actitud sociopolítica y su expresión sociocultural.**

La formación sociohistórica y relacional de las bases sociales progresistas

La realidad expuesta de la ideología política dominante en el electorado del espacio del cambio es evidente. **La mayoría combina dos de las características siguientes: Progresista, feminista,**

ecologista y socialista/socialdemócrata. Casi la totalidad se considera de izquierdas y en torno a la mitad perteneciente a las clases trabajadoras (y algo menos a las clases medias). Además, según las variables sociodemográficas analizadas en la primera parte del Informe, la base social de progreso es, sobre todo, joven, urbana, de clase trabajadora y estudios medios.

Aquí expongo algunas interpretaciones sobre la cultura sociopolítica de esta base social que apoya un cambio de progreso y su conformación en el contexto de esta década. En primer lugar, hay que señalar el reequilibrio entre cierta estabilidad a largo plazo de las dinámicas político-ideológicas básicas (liberal-conservadoras, socialistas...) con la nueva resignificación y ampliación de otras tendencias más nuevas/viejas (progresismo, feminismo y ecologismo...). En segundo lugar, **persiste la generalizada percepción y auto ubicación de izquierdas, cuya dimensión se amplía, especialmente entre la gente joven; pero es compatible con otras identificaciones, dando lugar a identificaciones múltiples, con combinaciones diversas y cuya expresión depende del contexto y momento.** Queda sin profundizar la trayectoria del nacionalismo, en su polarización, por un lado el periférico, particularmente del independentismo catalán, y por otro lado, el españolismo excluyente, que no estudia el CIS; ello frente a una realidad plural con componentes identitarios diversos y mixtos.

Por tanto, en esta última década de convulsiones relevantes, se han producido transformaciones y refuerzos de algunos rasgos significativos en la cultura y actitudes de la sociedad, especialmente de las generaciones jóvenes, al mismo tiempo que cambios significativos en la configuración de la clase política y su apoyo representativo. La tesis que mantengo, y he comprobado en diversas investigaciones y escrito en varios libros, es doble y afecta, sobre todo, a la reconfiguración y reequilibrio de las dos tendencias principales del

campo progresista o de izquierdas, el Partido Socialista y las fuerzas del cambio de progreso (Unidas Podemos y sus aliados).

Primero, el desarrollo inicial de la desafección popular-progresista respecto de la cúpula socialista. La brecha conlleva una doble dinámica. Por un lado, se produce un desplazamiento de la cúpula gubernamental socialista hacia la derecha: su gestión neoliberal de la crisis socioeconómica con dinámicas autoritarias y regresivas (años 2010/11) y, tras su derrota y desconcierto, su posterior apoyo a la normalización institucional bajo la gobernabilidad del PP (años 2016/17). Ello conlleva un amplio distanciamiento de la mitad (cinco millones) de su base social, así como una profunda crisis estratégica y discursiva. Llega hasta el intento refundador del sanchismo, no exento de vacilaciones y ambivalencias, y la victoria del bloque progresista de la moción de censura contra el Gobierno de Rajoy. Y prosigue hasta el actual acuerdo gubernamental de progreso, tras el fracaso de la operación gran centro y de colaboración de las derechas, con la victoria electoral relativa socialista y la resiliencia de UP y sus convergencias.

Al mismo tiempo, durante el primer lustro (2010/14) se genera una reafirmación democrático-progresista en gran parte de la sociedad tras valores igualitarios y de justicia social, así como demandas democratizadoras y de progreso real. Ese proceso de formación de una corriente crítica contra el bipartidismo y las élites gobernantes culmina con su activación electoral (2015/16) hacia una nueva representación más acorde con su tradición y experiencia político-ideológica democrática. Está basada en un progresismo de izquierdas en la que muchos incluían una cultura socialista, o bien feminista y ecologista. Tiene un trasfondo de valores ilustrados y republicanos (igualitarios, solidarios y de no dominación), y conforma un nuevo conglomerado cultural progresivo.

Segundo, lo que ha cambiado no ha sido tanto la posición político-ideológica de esa base social de progreso sino la readecuación al contexto y la reafirmación de la cultura existente

(democrático-igualitaria). La diferencia son sus implicaciones prácticas. Se ha convertido en actitud consistente de rechazo a la involución social, económica e institucional (recortes sociales, prepotencia, corrupción) junto con demandas progresivas (derechos sociales y laborales, protección pública, regeneración y democratización institucional...).

El llamado movimiento 15-M, con todas las protestas sociales de ese ciclo y su legitimidad ante dos tercios de la población, se inició ante el giro derechista de la gestión de la élite gobernante socialista, y se reafirmó ante la dureza regresiva del gobierno liberal-conservador del Partido Popular frente a la crisis socioeconómica, su importante corrupción política y su autoritarismo institucional. La demanda de esa tendencia cívica era (y es) mayor democracia y justicia social, con valores clásicos de igualdad y libertad actualizados. Más tarde, esa corriente sociopolítica se consolidó institucionalmente con la configuración del llamado espacio del cambio de progreso, con una actitud transformadora real. Alcanzó (2015/16) la conformación casi paritaria de las dos fuerzas progresistas, Unidas Podemos y sus aliados y convergencias y el Partido Socialista... hasta que éste ha roto esa relativa paridad en las distintas elecciones de 2019 y ha reforzado su prevalencia en el momento actual.

Por tanto, **los cambios relevantes han sido en los dos planos: uno, la reafirmación relacional y práctica (no la radicalización) de los valores éticos y democráticos existentes, a través de la activación cívica y la participación política de esa amplia actitud popular transformadora, igualitaria-democrática; dos, la articulación sobre esa base social de progreso de una nueva representación político-institucional diferenciada de la cúpula socialista (y superadora de la de IU).**

En definitiva, hay una combinación de dos procesos: por un lado, cierta renovación en la definición y vivencia político-ideológica de amplios sectores sociales críticos, expresada por el progresismo

ecologista y feminista de una base social alternativa; por otro lado, una continuidad en los valores igualitarios y democráticos de fondo. Su traducción práctica es la reafirmación experiencial y de polarización sociopolítica frente a las dinámicas regresivas, prepotentes y reaccionarias, así como la crítica de las élites gobernantes anteriores y el apoyo a su recomposición.

Al mismo tiempo, e interactuando con ello, existe una ruptura en el sistema político representativo del bipartidismo gobernante, con un reequilibrio entre el Partido Socialista (tras la relativa renovación del sanchismo y con posición de ventaja) y las fuerzas del cambio de progreso (Unidas Podemos y sus aliados, incluido Más País y Compromís), aun con sus debilidades y fracturas.

Lo que parece existir es un sector (al menos dos millones de votantes) de vasos comunicantes entre los dos campos progresistas principales, a veces, mediando la abstención. O sea, en las elecciones de este año, 2019, el PSOE se ha ensanchado a costa del electorado anteriormente votante de UP y sus convergencias, produciéndose su cierto debilitamiento y división, contrapesado por su papel institucional determinante.

Así, tercero, no hay una gran radicalización global de las mayorías sociales derecha/izquierda, en particular de las anteriores bases de los dos partidos gobernantes sino que, ante las frustraciones por su respectiva gestión, partes distintas de ellas buscan otros procesos y discursos legitimadores, han decidido recomponer su representación institucional y se han dividido por su derecha (Vox), su izquierda (UP) y por el centro (C's) —regenerador y al no cumplir su proyecto, en crisis—. **Se ha fragmentado y polarizado su expresión pública, con nuevos bloques políticos.**

Un nuevo progresismo crítico y democrático, base popular del cambio

Por tanto, aun contando con un ligero desplazamiento hacia la izquierda, **lo más significativo es que una parte relevante del electorado, sobre todo nueva y joven, se ha reafirmado y activado en sus valores de progresismo crítico y democrático.** Supone un gran cambio de actitud y experiencia masiva y cívica de cierta polarización sociopolítica progresiva. Es lo que el poder establecido y sus aparatos mediáticos pretenden cerrar desde hace una década mediante una normalización institucional con un nuevo bipartidismo renovado.

Afecta, a pesar de todo tipo de dificultades puestas por los poderosos, a la persistencia de una actitud subjetiva transformadora (*sí se puede*) y a una disponibilidad participativa más circunscrita al campo político-electoral, aunque con algunos procesos movilizados masivos y cívicos. Es el gran ejemplo, en estos tres años, del movimiento feminista contra la violencia machista y por la igualdad. Finalmente, se mantiene un electorado firme que apoya una nueva representación más acorde con sus propias actitudes democráticas y de progreso. Aparte quedan el independentismo catalán y el reaccionarismo de la ultraderecha, con otras implicaciones que no trato.

En definitiva, no habría necesariamente una radicalización político-ideológica hacia la izquierda, para la que se tendrían que dar otros procesos participativos más profundos, consistentes y duraderos (también en Europa) frente al poder establecido. **Lo que sí existe en el campo progresista o de izquierdas es una amplia percepción de que sus anteriores élites representativas (socialistas) habían abandonado esos criterios de justicia social y democracia de la socialdemocracia clásica y que tienen grandes dificultades para su renovación y su diferenciación de los núcleos de poder.**

Es el hueco de orfandad institucional que pretendió ocupar Unidas Podemos y sus convergencias, que parece tocó techo -de momento- en 2016. Mientras tanto, el sanchismo ha implementado el giro de la dirección del PSOE hacia la izquierda, la retórica ‘socialista’ y

plurinacional, para distanciarse de las derechas y volver a reencontrarse en ese espacio social del progresismo de izquierdas. Supone la disputa a UP de una parte significativa de ese electorado mixto, que continúa en las nuevas condiciones unitarias, y sin que haya tenido éxito la configuración de una tercera representación intermedia.

Los desafíos estratégicos y políticos para las fuerzas del cambio, así como el reto de su propia configuración organizativa, teórica y de liderazgo, son impresionantes. Comienza un nuevo ciclo político e institucional, en el marco de la continuidad de una grave crisis social para la mayoría popular y con las imprescindibles agendas transformadoras, social y democrática. Del acierto de su gestión y sus relaciones con el Partido Socialista, así como de su capacidad de articular a una parte relevante de la sociedad, junto con la activación cívica, van a depender los equilibrios representativos de ambas fuerzas y el futuro del cambio real de progreso.

2.2. Activación feminista

En los últimos años se ha producido una reactivación de las movilizaciones feministas. Especialmente en España, con un particular contexto sociopolítico, económico y cultural, han tenido una gran participación de mujeres, sobre todo, jóvenes y han contado con un masivo apoyo popular y una gran legitimidad cívica. Dos han sido los grandes ejes de su contenido reivindicativo y de denuncia: contra la

violencia machista y frente a la precariedad y la discriminación respecto de sus trayectorias laborales y vitales.

Desde la sociología sobre los movimientos sociales se explica que los amplios procesos participativos reúnen varias condiciones básicas: una situación de subordinación percibida como injusta que conforma una motivación colectiva de cambio social, cuyo alcance está mediado por la gestión de mayor o menor bloqueo de las instituciones y sus políticas y la presencia de actores significativos. El interrogante es qué factores explicativos permiten clarificar este proceso en el momento actual, su orientación sociopolítica y cultural, así como cuál es su alcance, sus perspectivas de continuidad y su impacto sociopolítico e institucional. Para responder es necesaria una profundización crítica de sus características, sus causas y el sentido de esta activación feminista.

Una participación masiva, democrático-igualitaria

Esas grandes manifestaciones y huelgas (laborales, de consumo y cuidados) se han realizado en fechas simbólicas como el 8 de marzo, día Internacional de las mujeres (trabajadoras). Igualmente, se han producido movilizaciones masivas el 25 de noviembre, día contra la violencia hacia las mujeres, o bien por acontecimientos de gran repercusión mediática y expresión de indignación feminista, como ante los hechos y la sentencia a la ‘manada’ violadora. Además, han estado acompañadas de múltiples iniciativas y actividades descentralizadas.

No han sido solo reactivas ante el evidente impacto de las agresiones machistas, las brechas laborales, la desigualdad en estructuras sociales y familiares, los estereotipos de género y la deficiente protección pública. Han sido propositivas en la exigencia de derechos y transformaciones sociales; pero, sobre todo, han tenido un gran componente expresivo: reforzamiento de su reconocimiento y empoderamiento personal y colectivo, de defensa de su libertad y autonomía; y, al mismo tiempo, de impulso democrático, igualitario y de solidaridad (sororidad).

Además, los valores de libertad e igualdad han fundamentado esa actitud progresista. La amplia conciencia sobre el carácter injusto de su discriminación y sus desventajas, derivada de la reafirmación de su cultura democrática, ha sido un motor cívico y masivo para exigir sus demandas de cambio feminista. Y ha participado una parte de varones solidarios con su causa liberadora.

Todo ello indica, claramente, una dinámica transformadora igualitaria y emancipadora, que replantea las relaciones de discriminación y dominio patriarcal, afianza un proceso participativo y de pertenencia colectiva y genera una identificación feminista. O sea, desde una experiencia compartida y una actitud, personal y colectiva, de cambio real de esas relaciones sociales desiguales, se ha ido formando y reconfigurando el sujeto sociopolítico llamado movimiento feminista.

El peso dominante, simbólico, mediático y de gestión práctica, en la etapa anterior de relativa fragmentación del asociacionismo feminista, había pasado hacia el predominio de la actividad institucional o para-institucional (incluido la académica). En estos años ha recuperado protagonismo la acción colectiva de las propias mujeres, no solo en las grandes movilizaciones sino en una amplia y diversa articulación de iniciativas en centros de estudio y trabajo y múltiples y variadas actividades asociativas, culturales y de apoyo mutuo.

No obstante, este proceso es complejo. Aparte del reaccionarismo machista y derechista, en el campo progresista existen diversos feminismos. Supone un debate por la prevalencia de los contenidos de su orientación global y las características y legitimidad de sus representaciones sociales, no siempre exento de nuevos y minoritarios fanatismos antipluralistas y pugnas sectarias.

Las dos tendencias principales del movimiento feminista

Ya me he referido al sentido igualitario y participativo de esta nueva etapa (ola) feminista. Ahora, señalo un aspecto específico que refuerza esos rasgos y delimita, a mi parecer, las dos tendencias principales, contrapuestas y/o complementarias, del movimiento feminista, aun dentro de unos discursos formalmente antidiscriminatorios e igualitarios y la pluralidad de justificaciones: una dinámica transformadora, real y efectiva, que exige cambios sustantivos e inmediatos, en particular en esos dos grandes ejes, por la igualdad y por la libertad sexual y contra la violencia machista; otra dinámica retórica y adaptativa, con cambios formalistas, emplazamientos de temas secundarios o desvíos demagógicos y contraproductores como la alternativa punitivista, de intentar resolverlo todo con mayor dureza del código penal.

Afecta al prestigio y la legitimidad, por una parte, de la acción institucional y la élite gobernante en esta larga década pasada, y, por otra parte, a la nueva (y vieja) generación de activistas feministas, con muchas interacciones intermedias y mixtas. Por tanto, es oportuno profundizar en sus características para dibujar, entre otras cosas, el futuro de la activación feminista y la relación mutua con el nuevo gobierno progresista de coalición, con su tarea pendiente.

La percepción ciudadana de las insuficiencias del entramado legal e institucional, con la persistencia de una situación de desventaja e indefensión, ha configurado una actitud reivindicativa y crítica de muchas mujeres (y hombres) hacia los poderes establecidos (gubernativo, empresarial y judicial).

En particular, hemos vivido la experiencia de los límites de las dos grandes legislaciones aprobadas por el primer Gobierno socialista de Rodríguez Zapatero, sobre las medidas de *Protección integral contra la violencia de género* (2004) y la ley para la *Igualdad efectiva de mujeres y hombres* (2007). Ambas han introducido algunas mejoras concretas, han construido un positivo y ambivalente armazón institucional y de subvención a organizaciones asistenciales y de

acompañamiento y, especialmente, han promovido una mayor sensibilización pública.

Distintas leyes, como la regulación del matrimonio igualitario (2005), han abierto una ampliación de los derechos civiles, aunque quedan muchas facetas por avanzar respecto de la diversidad sexual o de los colectivos LGTBQ. E, igualmente, aspectos como la conciliación de la vida personal y familiar, en la que se han aprobado recientemente avances significativos sobre los permisos parentales, la generalización de la escuela de 0 a tres años, el fortalecimiento de la atención pública a la dependencia o la protección a la maternidad y el apoyo a las familias, podemos decir, al menos, que siguen estancados y lejos de las garantías y coberturas de otros países de nuestro entorno.

Pero, aparte de su escasa financiación y el limitado apoyo práctico en distintos niveles de la Administración, después de más de una década de su aplicación y en el contexto regresivo de las políticas públicas ante la crisis social y económica, especialmente en la gestión gubernamental de la derecha del PP, han demostrado su clara insuficiencia. En particular, han fallado en los dos aspectos fundamentales que anunciaban en sus títulos, su carácter de ‘protección integral’ e ‘igualdad efectiva’, que solo han servido para adjudicarles una funcionalidad embellecida.

En el primer caso, no ha habido acción integral, y menos preventiva y educativa, y sí un desarrollo unilateral punitivo con un refuerzo autoritario del código penal y su aplicación sin apoyo suficiente a las víctimas. En el segundo caso, no se ha avanzado en una igualdad real y efectiva, la mayoría de las medidas han sido retóricas o se ha delegado en una negociación colectiva relativamente impotente, dada la prepotencia de la autoridad empresarial ampliada por las reformas laborales con el consiguiente debilitamiento de la capacidad sindical y del conjunto de personas trabajadoras. En ambas, se necesita un nuevo impulso de cambio real.

Un feminismo crítico, inclusivo y transformador

Ante las insuficiencias de esa gestión institucional y la persistencia de la gravedad discriminatoria, se ha reactivado la acción colectiva feminista crítica. Está avalada por un sentido ético de superación de esa desigualdad injusta, muy diversa, segmentada e interseccional, pero que afecta en distintas proporciones a la mayoría de las mujeres.

El movimiento feminista en España ha pasado por varias etapas, tiene variadas corrientes y una gran diversidad ideológica y política. No obstante, se ha constituido como un amplio y unitario movimiento social, democrático y progresista, que temen las derechas reaccionarias y los grupos conservadores por su impacto transformador. Tiene una orientación igualitaria frente a los privilegios relacionales, con la demanda de un reequilibrio de los papeles sociales tradicionales, entre mujeres y varones, un cambio cultural, familiar y de estilos de vida y un reajuste de las identificaciones personales y de género, de la masculinidad y la feminidad.

Como movimiento social y cultural progresista conlleva la necesidad de la acción colectiva frente a una situación de subordinación, una reafirmación en la participación cívica y solidaria y un sentido igualitario-emancipador. Dejando aparte los procesos nacionalistas, el movimiento feminista, dentro de su dinámica específica y autónoma, está enmarcado en dos hechos. Por un lado, el contexto de la persistencia de la crisis social y económica para las mayorías populares y las políticas regresivas y reaccionarias dominantes, vigentes hasta el actual cambio de ciclo político. Por otro lado, la experiencia del reciente movimiento de protesta social e indignación popular (15-M y similares), así como la formación de una corriente sociopolítica y electoral crítica que he llamado ‘progresismo de izquierdas’ con un fuerte componente juvenil, feminista y ecologista, representada, en gran medida, por las fuerzas del cambio y

que ha reconfigurado el mapa político e institucional desde la pluralidad.

En definitiva, persisten los motivos para la acción colectiva feminista. Las demandas al nuevo Gobierno de coalición están claras y la oportunidad de cambio de las políticas públicas es realista. Pero la experiencia pasada de modificaciones retóricas o muy parciales, junto con callejones sin salida, están en la memoria colectiva. Y las grandes dificultades para reformas significativas son evidentes. Será necesario mantener la activación feminista... como ha quedado reflejado en este 8 de marzo de 2020.

2.3. Interseccionalidad y procesos identitarios

Estos dos conceptos, identidad e interseccionalidad, han recobrado relevancia en el pensamiento social y, en particular, para la teoría feminista. Hacen referencia a algunas características de los grupos sociales, su reconocimiento y su relación, que conforman su actitud sociopolítica en un contexto de grandes transformaciones sociales. **Por separado pero, sobre todo, juntos, ayudan a explicar la formación de nuevos actores (o sujetos), individuales y colectivos, y sus procesos participativos y colaborativos en el marco del cambio sociocultural y político. Conllevan una experiencia relacional diversa que se combina con lo común de la interacción humana, al mismo tiempo que con su pluralidad.**

Procesos identitarios

Dos libros recientes considero de especial interés para estudiar estos dos temas y su relación. Su breve comentario es el punto de partida de este texto.

El primero se titula *Identidades en proceso: Una propuesta a partir del análisis de las movilizaciones feministas contemporáneas* (CIS) de María Martínez, profesora de sociología de la UNED. Es una excelente monografía, publicada por el Centro de Investigaciones Sociológicas, derivada de una amplia investigación sociológica cualitativa que aborda interesantes cuestiones sobre la experiencia (relacional) del movimiento feminista en España desde los años setenta. En particular, llama a superar los esencialismos y el construccionismo discursivo. Profundiza en la problemática de su identidad colectiva a través de una ‘procesualidad radical’, basada en la interacción social y la participación democrática, valorando críticamente distintas teorías feministas y sobre los movimientos sociales.

Es una buena base para abordar el análisis de los cambios significativos de los últimos años, en un nuevo contexto sociopolítico, que modifican parcialmente la dinámica fragmentaria anterior y que he valorado antes. Las movilizaciones feministas han adquirido una masiva expresión pública, con un mayor impacto en la formación y el carácter de una corriente social feminista más amplia que la activista, en la que se centra el libro. No obstante, hay que profundizar en el sentido y el alcance transformador de la nueva ola feminista, no solo de su dinámica procesual. Hay que valorar su consistencia identificadora y su capacidad expresiva en torno a unos ejes sustantivos (contra la violencia machista y las brechas de género...), que han polarizado recientemente su acción. Se trata de avanzar en un hilo conductor: interpretar al sujeto (social) colectivo del feminismo y sus perspectivas, según el contexto.

Se produce un positivo desplazamiento del enfoque. Se trata de partir del estatus desigual y desventajoso de las mujeres pero sin

quedarse rígidamente en la identidad mujer(es), solo desde sus variables sociodemográficas, particularmente el sexo; ni tampoco solo por su posición de subordinación en la estructura social (patriarcal) derivada de la imposición a la función reproductiva. El paso siguiente, que es el que da el carácter feminista, es la práctica emancipadora, igualitaria y solidaria frente a esa desigualdad y discriminación injusta de las mujeres. Evidentemente, porque se desarrolla una activación cívica (personal y grupal), con la actitud ética de un proyecto antidiscriminatorio o liberador. Así, se diferencia entre el concepto mujeres (biológico, estructural o cultural) y el concepto feminismos (relacional, procesual, sociopolítico y cultural), vinculado a una experiencia mediadora emancipadora-igualitaria y solidaria.

Los sujetos y sus identidades se conformarían a través de la articulación de experiencias diversas. Son procesos en formación de características socioculturales identificadoras, en las que entran los comportamientos igualitarios-emancipadores y la dinámica relacional, con un sentido colectivo específico que permite la identificación propia y la diferenciación y/o complementariedad con otras. Los llamados nuevos (y los viejos) movimientos sociales progresivos tienen, además, un componente democrático-participativo y otro crítico frente a las estructuras de poder y privilegios.

Ahora bien, más allá de una posible visión de un continuum como ritmo gradual de experiencias con un peso relativo similar y permanente, habría que valorar las distintas fases de materialización y sedimentación de esos rasgos culturales y prácticas sociales. O, si se quiere, poner el acento no solo en el ‘proceso’ (o su radicalización como categoría analítica) de la conformación (o construcción) de una identificación inacabada sino, sobre todo, en su ‘sentido’. Esa pertenencia colectiva, aunque sea provisional y en cambio, puede tener suficiente estabilidad o equilibrio inestable para que sea factor de identificación, es decir, facilitar suficiente reconocimiento colectivo y cohesión del grupo en cada etapa de desarrollo y frente a las dinámicas

disgregadoras o de dilución identificadora. Es la experiencia del movimiento feminista en España y la realidad sociológica de sentirse feminista.

Interseccionalidad como interacción de identidades

El segundo libro se titula *Interseccionalidad* (Morata) de Patricia Hill Collins y Sirma Bilge, catedráticas de sociología de las Universidades de Maryland (EE.UU.) y Montreal (Canadá), respectivamente. En él explican el concepto de interseccionalidad, su significado como investigación y praxis, relacionada con la protesta social, el neoliberalismo y la educación crítica, así como su historia, su difusión global y su actualidad. En particular, trata sobre el tema objeto de esta reflexión, la vinculación entre identidad e interseccionalidad. A través de este concepto, las autoras explican el origen y la interrelación de las desigualdades sociales de raza, clase, género, sexualidad, edad, capacidad y etnia. Aunque el análisis se realiza, especialmente, sobre la realidad estadounidense y con la segmentación propia de categorías analíticas, habitual en la sociología anglosajona. La investigación tiene una gran base empírica y permite afrontar la multidimensionalidad de las relaciones sociales de desigualdad y profundizar en su diversidad interna y sus puntos comunes de intersección y de conjunto.

En realidad, la necesidad de la interseccionalidad, iniciada en el proceso de lucha por los derechos civiles en EE. UU. en los años sesenta y setenta, resurge a partir de la experiencia y la reflexión de las mujeres trabajadoras afroamericanas (y, en menor medida, latinas), que viven directa y unitariamente las divididas categorías de sexo, clase y raza. Están insatisfechas con esa separación analítica y práctica y, sobre todo, de las dificultades emancipadoras de la división movimientos (identidades y sujetos) segmentados, y demandan una dinámica y una teoría integradora, multidimensional e igualitaria. Es

también la superación de la fragmentación multicultural y una apuesta más cercana a la interculturalidad o un mestizaje pluralista.

Estamos manejando conceptos complejos, con interpretaciones variadas. Me refiero, brevemente, al significado que tienen aquí. Las identidades expresan, fundamentalmente, una relación social: el reconocimiento de unos rasgos y vínculos socioculturales y su interacción. Como tales no son (socialmente) positivas o negativas, ni (éticamente) buenas o malas. Son una realidad humana, ambivalente, cuyo carácter depende del papel sociopolítico de un grupo social respecto de las realidades de desigualdad o discriminación, así como del sentido ético y cultural de su comportamiento y su actitud con los demás grupos sociales: opresivo/emancipador, autoritativo/democrático, segregador/igualitario, excluyente/inclusivo, conflictivo/complementario... Incluso su carácter más fuerte o más débil y su integración en un conjunto multidimensional y variable también se debe valorar por esa función concreta en su contexto específico, aunque sea de carácter estructural e histórico. Una gran firmeza democrática, cívica e identitaria también es necesaria para la confrontación con los fuertes núcleos de poder que imponen la subordinación de variados grupos sociales.

Intersección tiene, al menos, dos acepciones: lo común de las partes que interaccionan y el conjunto (no simple suma) de las mismas. Hay tres planos de la diversidad (o la unidad): la interior de cada grupo social o identidad singular; la derivada de las distintas combinaciones puntuales de grupos e identidades específicas o identidad múltiple; la del conjunto de actores que tienden a formar un solo conglomerado unitario, con una sobre-identificación añadida, más o menos superficial, integradora y/o superadora de las parciales y, en consecuencia, con unos efectos unificadores respetando la diversidad y la pluralidad.

Frente a visiones rígidas y estáticas, está clara la necesidad de una visión dinámica e interactiva. También he mencionado la conveniencia de superar una simple visión procedimental o solo como

proceso. Se debe integrar el sentido cualitativo y la orientación de esa dinámica por su significado respecto de la realidad de origen y del carácter del proyecto o aspiraciones a conseguir. En todo caso, utilizo expresiones como formación, configuración, conformación de las identidades, mejor que ‘construcción’ más controvertido en distintas teorías idealistas por su asociación a un plan de una élite (arquitecto) y el voluntarismo de una base constructora que comienza desde cero con nuevos materiales. También utilizaré las palabras identificaciones, pertenencias colectivas o procesos identificadores, conceptos más suaves que identidades y más adecuados a la actual fluidez y provisionalidad combinatoria de las experiencias actuales de participación cívica.

Por otro lado, hay que resaltar otro aspecto teórico. La identificación, la diferenciación y la articulación entre las partes (lo particular) y el conjunto (lo general), entre lo específico y lo universal, entre lo singular y lo colectivo, son aspectos que han tratado las ciencias sociales, desde la tradición clásica, aunque ahora se utilicen otras expresiones. Esas dicotomías se vuelven a reproducir y adecuar ante tres transformaciones de fondo: La crisis de la modernidad tardía con sus grandes ideologías (liberalismo, socialismo, nacionalismo...) y sujetos (ciudadanía, nación, clase obrera...), en el contexto de una globalización neoliberal; las insuficiencias idealistas del discurso postmoderno, con la fragmentación de sujetos parciales o la ausencia de identificaciones colectivas e incapaz de interpretar las grandes tendencias estructurales y de poder, así como conformar fuerzas sociales relevantes, y la reacción conservadora, regresiva y autoritaria, que pretende recuperar viejos privilegios e identidades reactivas y segregadoras, y que pugna por la hegemonía político-cultural frente al liberalismo y el progresismo de izquierdas.

La articulación (interseccional) de la acción colectiva e institucional

Para una actitud transformadora vuelve la necesidad de dar respuesta a los interrogantes del cambio sociopolítico y cultural con un enfoque crítico y una articulación unitaria de los actantes y procesos colectivos bajo los criterios clásicos republicanos y de izquierda: libertad, igualdad, solidaridad, democracia, laicidad. Estamos ante un desafío político y estratégico para definir quiénes, qué contenido y cómo se articula la acción colectiva e institucional, así como con la necesidad de avanzar en una teoría crítica, realista y explicativa de los retos presentes y futuros, que sirva para la transformación democrática-igualitaria.

En el caso de la identidad, de matriz hegeliana, con su contenido prevalente de reconocimiento, ha servido para analizar el ascenso de los movimientos nacionales en los dos últimos siglos y, ahora, la nueva dinámica de movimientos nacional-populares latinoamericanos y, por otro lado, de populismos europeos de extrema derecha. Ha estado ligado, sobre todo, a la definición de los rasgos de pertenencia nacional, al sujeto nación. De ahí saltó a la identidad de clase, ahora más desdibujada en su sentido fuerte pero latente, al sujeto movimiento obrero o de la clase trabajadora. Y, especialmente, desde los años sesenta y setenta, con el desarrollo y la diversificación de los llamados nuevos movimientos sociales (feminista, ecologista, pacifista, antirracistas o étnicos, colectivos LGTBIQ, de solidaridad...), a la interpretación de la singularidad de esos nuevos actores o sujetos sociopolíticos y culturales.

Estos nuevos procesos de identificación, nacionales, populares y ciudadanos, se iniciaron, precisamente, como activación y cohesión cívica para el cambio político, social y cultural en combinación y confrontación con los viejos componentes identitarios conservadores y de poder del Antiguo Régimen, incapaces de legitimar el nuevo orden socioeconómico y estatal: tradicionalismo -incluido el patriarcal-, religión y Monarquía absoluta.

En sus orígenes en EE.UU. y Europa, en los años sesenta y setenta, ya se expresaron los llamados nuevos movimiento sociales, mal

llamados culturales o de clase media, por su diferenciación con los viejos movimientos de clase trabajadora. Se acuñó el término progresista interpretado con un contenido, fundamentalmente, cultural desligado de lo socioeconómico, es decir, de las condiciones materiales y estructurales de clase trabajadora, sobre todo, de mujeres precarizadas y compuesta también de población afroamericana y latina. Era la nueva izquierda progresista confrontada con la vieja izquierda de clase (eurocomunista o socialista). No es de extrañar que para superar esa separación rígida de procesos identitarios de clase, raza y género, así como su articulación político electoral, se buscara una dinámica común de las tres facetas (y otras). Es la experiencia de las campañas por los derechos civiles, los procesos democratizadores y las tendencias hacia la interseccionalidad.

En España hemos asistido a una experiencia similar, donde se han producido grandes movilizaciones populares progresivas (o interseccionales) que han englobado muchas demandas y activismos parciales y sus componentes compartidos. Dejando aparte los movimientos nacionalistas y, ahora, el reaccionarismo conservador, me refiero a dinámicas e identificaciones de progreso y de izquierda que aglutinaban a sectores sociales y reivindicaciones de derechos más allá de las específicas de cada grupo o movimiento social: el movimiento antifranquista por la democracia (1970/77), la movilización contra el ingreso en la OTAN y por la paz (1982/85), la dinámica hacia la gran huelga general de 1988 contra la precariedad laboral y el giro social, las manifestaciones contra la participación del Estado español en la guerra de Irak (2003), el proceso de protesta social de indignación (15 M, mareas, huelgas y similares) (2010/13), por la democracia y la justicia social. En fin, la amplia movilización feminista generada estos últimos años contra la violencia machista y la discriminación de las mujeres y por la igualdad.

También cabe citar dinámicas integradoras o interseccionales entre diversos movimientos sociales y sus temáticas. Por ejemplo, en el sindicalismo se han configurado las secretarías de la mujer (o de

igualdad) para afrontar las situaciones discriminatorias de todo tipo, no solo laborales, de las mujeres; en el feminismo ha cobrado más relevancia la pugna contra la precariedad laboral y la marginación de las mujeres trabajadoras, así como en los derechos a la protección pública de la vida reproductiva, a los cuidados y su reparto igualitario; se ha ido conformando el ecofeminismo para abordar el impacto de las condiciones medioambientales en las mujeres, especialmente, las vulnerables a nivel mundial; los colectivos LGTBIQ, coaligados con el feminismo (al decir de Judith Butler), comparten objetivos por el respeto a la diversidad sexual y de género; así mismo, existen colectivos de mujeres inmigrantes en defensa de los derechos humanos desde su especificidad y colaborando con asociaciones solidarias y antirracistas.

Son procesos democratizadores, igualitarios, críticos frente a los poderosos y con una orientación de progreso. Pero esta experiencia, ya nos indica la superación de la rígida separación entre los componentes culturales, la redistribución y la firmeza democrática y participativa frente al poder establecido. Con la crisis socioeconómica, especialmente, ya no se pueden separar las demandas clásicas de la izquierda (igualdad social, derechos sociolaborales, protección pública, servicios públicos de calidad, empleo decente, regulación y renovación de la economía y del aparato productivo) de reclamaciones, por ejemplo feministas, que ya no son solo culturales sino que tienen impacto evidente en las estructuras sociales y los comportamientos colectivos: contra la violencia machista y por la libertad sexual, contra la precariedad laboral femenina y las brechas de género y por la igualdad...

2.4. Identificaciones feministas

Respecto del feminismo tenemos una base objetiva para determinar el alcance de la pertenencia colectiva. Se trata de la definición político-ideológica que nos proporciona el CIS (estudio 3267, de noviembre de 2019), sobre los electorados de cada opción política y que supone una identificación significativa de la base social de progreso y cuyo análisis detallado he explicado en dos partes, citadas anteriormente. Se definen como feministas (en primera y segunda opción y sin poder desagregar por sexo) el 11,1% de las personas votantes (23 millones), o sea, más de dos millones y medio. Ahora bien, el peso relativo difiere entre las derechas y las fuerzas progresistas, pero también, dentro de cada bloque.

Por ejemplo, en el caso del electorado del Partido Popular, solo se declaran feministas el 2,1%, algo más de 100.000 votantes; mientras en el caso del electorado del Partido Socialista se definen feministas el 11,9%, algo superior a la media, que suman más de 800.000 votantes, y en el caso de Unidas Podemos tienen un mayor peso comparativo, el 26,2%, que casi triplica la media, con un mayor impacto en el contrato social con su representación política, aunque por la menor dimensión de su electorado, llegan apenas a otras 800.000 personas. Se supone que la gran mayoría de esas personas son mujeres.

Además, hay que advertir que estamos hablando de votantes (mayores de 18 años), y bajo la hipótesis de una distribución similar de personas abstencionistas (30%) y residentes extranjeros (sin derecho a voto) (10%), habría que incrementarlas casi un 40%, es decir, un total de unos tres millones y medio se definirían feministas, o sea, con un sentido de pertenencia colectiva al feminismo.

Pues bien, esta breve radiografía sirve como indicador para evaluar la consistencia de la identificación feminista, su mayor vinculación

con las izquierdas y, así, configurar un marco para el debate sobre el sujeto sociopolítico feminista. No es una cifra muy alejada de la participación masiva de las últimas grandes movilizaciones que dan expresión al movimiento feminista. Pero la dimensión de ese espacio feminista es diferente a los otros dos niveles de vinculación. Por un lado, el estricto activismo feminista, más comprometido pero más minoritario y también más restrictivo, por su mayor capacidad identificadora, expresiva y sociopolítica, aunque enlaza con ese conjunto más amplio.

Por otro lado, existe un campo social más amplio que comparte medidas y objetivos feministas. Así, según la encuesta de *40db*, publicada hace un año (*El País*, 4/3/2019), está la posición entre el 35% y el 53% de la población (entre 14 y 20 millones) que apoya distintos objetivos favorables para las mujeres: ***Eliminar el techo de cristal (los obstáculos para el ascenso profesional de la mujer) (53,3%); Aumentar y visibilizar la lucha contra la violencia de género (52,3%); Empoderar a la mujer frente al acoso y las agresiones sexuales (41%); Romper con los estereotipos de género (40,8%) y División igualitaria del trabajo doméstico (35,5%)***. Por tanto, existe cierta conciencia feminista individual entorno a la mitad de la sociedad sin que llegue a un sentido de pertenencia a la acción colectiva feminista, a la participación en un proceso emancipador-igualitario, indicador relevante para definir el movimiento feminista en cuanto sujeto social colectivo.

En ese sentido, hay que recordar los datos de la misma encuesta, analizados en el primer capítulo, diferenciados por edad y sexo, que se sitúan en ese rango: La media de la población que se considera feminista es el 53% de mujeres (más de la mitad) y el 36% de los hombres (más de un tercio), con un incremento sustancial en los últimos cinco años, especialmente entre las mujeres y los varones jóvenes, que son, ambos, los que tienen un mayor porcentaje de conciencia feminista.

Al hablar de feminismos, hay que diferenciar esos tres niveles, procesos identificadores y dimensiones: primero, el activismo feminista más permanente (incluido el para-institucional e institucional), de varios centenares de miles de personas; segundo, la identidad colectiva feminista, con su participación en las grandes movilizaciones (y en la vida cotidiana) y su sentido de pertenencia a un actor colectivo sociopolítico y cultural, con unos tres millones y medio; tercero, el apoyo a medidas contra la discriminación y por igualdad para las mujeres, de cerca del 50% de la población con cierta conciencia feminista (aunque el resto no se pueda considerar machista y haya una zona intermedia o neutra amplia), mayor entre la gente joven y superior a la mitad entre las mujeres y de un tercio entre los varones.

La sedimentación identificadora es evidente según el estudio, con datos del CIS, recientemente publicado, cuya síntesis constituye la primera sección de este capítulo, donde se avanzaba que las personas que se identificaban con el feminismo se repartían cuantitativamente casi a partes iguales (no en porcentajes respectivos) en los electorados del PSOE y UP y sus convergencias.

En todo caso, el feminismo, mayoritariamente, se enmarca en una posición sociopolítica y cultural más amplia de carácter progresista, no liberal-conservadora. No hablo estrictamente de un sujeto aglutinador e interseccional. Se trata, además de una singularidad: la conformación de una corriente sociopolítica y cultural o un campo social, diferenciado del tradicional electorado del Partido Socialista, cuya pertenencia colectiva se expresa en términos de progresismo de izquierda, con un fuerte componente feminista y ecologista, con unos porcentajes muy superiores respecto de la socialdemocracia tradicional. Es la base social de lo que se viene denominando, en el plano político-electoral, espacio del cambio.

Por una parte, se supera el significado de ‘progresismo’ como solo lo cultural y con una actitud política de centro izquierda; por otra

parte, se renueva el significado de ‘izquierda’, supuestamente distanciado de las demás contradicciones sociales que no fueran las socioeconómicas, con un concepto de la igualdad social más amplio, integrándolo en el conjunto de estructuras sociales. Ahora se va conformando una identificación múltiple e integradora con una significativa pertenencia a ser progresista (en los ámbitos culturales y de costumbres), feminista y ecologista, pero también perteneciente, mayoritariamente, a las clases trabajadoras y, de forma generalizada, a las izquierdas y con un sentido crítico frente al poder establecido y las desigualdades. Y esa evolución, digamos de configuración de una identificación colectiva más amplia y plural, ha tenido un mayor impacto entre la gente joven en esta última década.

Procesos identificadores

Tras este breve repaso y para la nueva etapa de activación cívica y cambio político, ya se puede deducir que el significado de las identidades y su interacción es complejo y polisémico y está condicionado por su controvertido impacto sociopolítico. Por mi parte, este enfoque relacional, crítico y de progreso de vincular identificaciones e interseccionalidad, lo considero útil, especialmente, para determinados contextos y sentidos, como los actuales.

Cabe citar que, quizá, el autor que mejor ha descrito la formación de las clases trabajadoras, con sus procesos de identificación, desde un punto de vista histórico, basado en sus experiencias y sus costumbres en común y considerando el contexto estructural y las dinámicas culturales ha sido el historiador británico E. P. Thompson. Por lo que se refiere a los nuevos movimientos sociales solo cito una obra colectiva, la de MacAdam, Tarrow y Tilly, sobre la dinámica de la contienda política, donde se pone el acento en la función de ‘intermediación’ (o correduría) entre la sociedad civil y los movimientos sociales y su impacto en el campo político institucional.

Destaco cuatro aspectos para profundizar en este enfoque social, realista, crítico e interactivo de los procesos identificadores, su multidimensionalidad y su interacción: su vinculación sustantiva, su carácter relacional, su diversidad interactuante y su configuración procesual. Estas características llevan a una reafirmación del interés de las identidades, como expresión de unas realidades y dinámicas sociales y, al mismo tiempo, a una versión ‘débil’ de las mismas y de su interacción o mestizaje. Así, es mejor utilizar una terminología más suave: identificaciones y pertenencias colectivas, diversas, mestizas, asimétricas e interactivas, con su proceso de conformación con experiencias, intereses y demandas compartidas y respecto de las estructuras sociales dominadoras o grupos de poder. Es más adecuada y menos rígida respecto de los procesos identitarios en formación y, actualmente, más multidimensionales e interconectados. No descarta, sino todo lo contrario, la fortaleza democrática y cívica, los comportamientos contundentes y las firmes expresiones públicas, particularmente frente a las tendencias reaccionarias y las dinámicas identitarias autoritarias, excluyentes y regresivas.

Por tanto, descarto dos extremos. Por un lado, una identidad fuerte, homogénea, inmutable, esencialista o totalizante, con subordinación o anulación de los demás rasgos socioculturales y relacionales; supone un hegemonismo y ventajismo inadecuados, particularmente, respecto de la diversidad actual de problemáticas y actantes. Esconde, a veces, el supremacismo y la prepotencia (por ejemplo, de una nación —o un imperio—, una clase social o un estamento y raza superiores) de una posición e identidad considerada central para infravalorar a otras. Incluyen su racionalización hegemónica frente a las calificadas despectivamente como ‘identidades’ inferiores, de clase, raciales, de género o culturales y, en todo caso, contraproducentes respecto de la actuación del sujeto supuestamente central con una identidad fuerte y hegemónica, ya sea la nación, la clase... o la interpretación supremacista del interés de la humanidad que encubre la de una élite mundial globalizadora, neoliberal o neoimperialista.

Por otro lado, es irreal la ausencia de identidades grupales. A veces, sin querer reconocerlo, se les quiere subsumir en una identidad más global o hegemónica: perteneciente a la humanidad o al simple cosmopolitismo; a la ciudadanía, como contrato público de reciprocidad derechos y deberes en una sociedad o Estado, o bien, a una identificación supranacional como la europea o a una nación dominante. Son también componentes identitarios que se complementan o interrelacionan con las identidades grupales, étnico-nacionales y de categoría social (de clase, género, raza, opción sexual, edad...), incluidas las problemáticas de la 'vida' y su reproducción y las medioambientales, los vínculos humanos con la naturaleza. La combinación y el encaje identitario de todo ello debe hacerse desde una perspectiva democrática, solidaria y de pluralidad.

Se superarían, así, los dos riesgos que tienden a infravalorar el sentido de la identidad grupal y los sujetos colectivos. Por una parte, el pensamiento liberal de solo reconocer al individuo como sujeto, con el rechazo a reconocer su contenido relacional y su significado sociopolítico y cultural respecto de la realidad de las desigualdades sociales. Por otra parte, la actitud autoritaria y totalizadora de solo reconocer los grandes sujetos institucionales (antes la Monarquía absoluta o la Iglesia, ahora el Estado o la racionalidad económica) o mundiales, es decir, neoimperios (colonialistas), supuestamente cosmopolitas, pero hegemónicas.

El sentido de las identidades

Veamos el sentido de las identidades o, mejor, de los procesos de identificación y pertenencias colectivas.

Primero, aparte de los componentes psicológicos y culturales, lo principal es la vinculación de la identificación con una realidad concreta, normalmente de subordinación o discriminación, sufrida colectivamente y percibida como injusta desde unos determinados valores éticos. Ello favorece el sentido de pertenencia grupal, con

características comunes, así como frente a los adversarios, grupos dominadores o privilegiados, así como sus similares causas histórico-estructurales. **La identidad tiene un anclaje con una realidad material, institucional y sociocultural, en su contexto estructural e histórico; encarna una dinámica sustantiva de las relaciones sociales.**

No estoy hablando de la identidad como la simple función adaptativa impuesta por los grupos de poder y las estructuras sociales, incluidos los procesos de socialización educativa, étnico-nacional, laboral, opción sexual o de estereotipos de género. Tratándose de dinámicas emancipadoras, democráticas e igualitarias, hay que poner el acento en la formación de identificaciones de cambio de progreso, así como en su mutua interdependencia y en la conformación del conjunto. Son prácticas sociopolíticas y culturales transformadoras de las viejas identidades que, con distintas mezclas y asimetrías, van cambiando hacia otras nuevas con variados equilibrios y configuraciones. Se trata de explicar el carácter de las identidades y su enlace con la correspondiente actitud sociopolítica democratizadora y su conexión con la conformación de los sujetos colectivos, pasando por las dinámicas intermedias de configuración de pertenencias colectivas o actores concretos y su sentido compartido.

Las identidades se configuran a través de la acumulación de prácticas sociales continuadas, en un contexto estructural y sociocultural determinado, que permiten la formación de un sentido de pertenencia colectiva a un grupo social diferenciado. Articulan el reconocimiento (a sí mismos y respecto de los demás grupos y personas) y la interacción con otros grupos (o individuos), con una experiencia vital y unos intereses, comportamientos y objetivos compartidos y expresados, aunque sea de forma latente.

Dicho en otros términos, el carácter individual y grupal lo define su actividad, su papel social y sus vínculos sociales, es decir, la experiencia compartida (vivida, interpretada y soñada). La identidad se

configura socio-históricamente. Sus componentes biológicos, económicos o sociodemográficos no determinan una identidad esencialista inmutable. Son circunstancias influyentes, pero no caben los distintos determinismos, incluido los etnicistas, biologicistas y culturalistas.

Quiénes somos lo conforma, sobre todo, lo que hacemos, nuestro estatus y relaciones sociales, en los que se integra lo que fuimos, pensamos y sentimos (la subjetividad) y deseamos (nuestros proyectos y aspiraciones). Resume un presente, no estático sino en marcha, condicionado por lo que fuimos (en el pasado) y lo que queremos ser (en el futuro). Nuestro carácter o identidad no lo dan, solo, nuestros ideales o aspiraciones; ellos se pueden integrar, si son consistentes, en nuestro presente y nuestro comportamiento y, en esa medida, por su implicación actual forman parte de nuestra identidad. Es decir, tiene prevalencia nuestra realidad vivida e inmediata, en la que se asocia lo que queremos ser, sin caer en el voluntarismo de sobrevalorar la intención por encima de los hechos e interacciones. Ello por mucho que en la actualidad se reafirmen las prácticas de enmascaramiento y apariencias; constituyen ‘personajes’ que representamos, no tanto identidades (sedimentadas) significativas para nuestras trayectorias personales y colectivas.

Frente al enfoque liberal que tiende a valorar, por un lado, el individuo y, por otro lado, la humanidad abstracta, está la constatación social y realista de la existencia de grupos sociales ‘intermedios’, con distintas especificidades y conflictos. Al mismo tiempo, aunque en su vida y su acción pública los distintos actores destacan algún rasgo identitario, suelen tener identidades variadas con una articulación asimétrica de las mismas según los momentos y contextos, es decir, configurando constelaciones determinadas con distintas proporciones identificadoras.

Por tanto, no existe solo el ser humano abstracto, ni como individuo ni como humanidad. Esas categorías están encarnadas con

gente concreta. El individuo es un ser social, no se puede desprender de sus rasgos socioculturales y experienciales, así como de sus vínculos grupales y estructurales, que son imprescindibles para conformar su pertenencia cívica, su identidad individual y colectiva.

Los equilibrios entre las distintas identificaciones personales y colectivas, con su diversidad y multidimensionalidad, y su expresión movilizadora según las prioridades y oportunidades de los contextos es una tarea compleja. Afecta a la pugna de identidades (y sus representaciones), con su jerarquización y/o subordinación a una identidad más global o hegemónica. A veces, algunas de las movilizaciones, en su pugna por la prevalencia representativa o articuladora, se viste de universalidad, transversalidad o neutralidad identitaria. Aparte de resaltar la necesaria pluralidad, lo único a precisar es que esos conceptos no deberían expresar el consenso centrista liberal ni el viejo dicho aristotélico (o confuciano) de que ‘la virtud está en el medio’. Estamos hablando de interseccionalidad, sobre todo, dentro del campo popular con una actitud crítica ante determinados poderes establecidos.

Además, los tres grandes temas sociales y políticos actuales siguen girando en torno a las tres grandes cuestiones estructurales que afectan a las mayorías sociales: la desigualdad social, la discriminación de las mujeres y la articulación nacional. Ello desde una dinámica democratizadora y de progreso y acompañados por otros aspectos significativos sobre los derechos humanos y medioambientales. Está por consolidar ese campo (identificativo) de progreso, su articulación asociativa y expresiva y su distribución representativa en lo político institucional (entre Partido Socialista y Unidas Podemos y aliados, y en el marco actual de colaboración gubernamental). Pero ya hay indicios sobre el perfil sociopolítico, la cultura político-ideológica y el sentido de pertenencia colectiva de los electorados progresistas y conservadores, descritos en el estudio antedicho. El nuevo progresismo de izquierdas, sobre todo joven, feminista y ecologista, dominante en UP y sus convergencias, ya se conforma como una tendencia social de

fondo, fruto de su experiencia relacional y su actitud cívica en esta década. A ello se le añade la persistencia de una cultura socialista en la mayoría de la base social del PSOE.

Se inicia una etapa que puede dar lugar a campos sociales y políticos consolidados con rasgos identificadores significativos como superadora en las versiones cosmopolitas o humanistas indiferenciadas (solo con el individuo), normalmente con el consenso liberal-conservador, o de la simple fragmentación de grupos y afinidades socioculturales parciales, a veces absorbidos por cierto neoliberalismo progresista. Quizá, en la situación actual, salvando las distancias de todo tipo, haya más rasgos comunes con la experiencia de los años sesenta y setenta en EE.UU y Europa, que con la desarticulación social, la fragmentación movimentista y la crisis de las izquierdas políticas de las décadas posteriores. La combinación de identidades progresistas y su articulación sociopolítica serán clave para avanzar en la libertad, la igualdad y la solidaridad, es decir, en una democracia social avanzada.

En definitiva, en el debate sobre el sujeto y la identidad feminista (que no femenina), habría que superar los determinismos sociodemográficos y estructurales, así como los idealismos culturalistas de priorizar, para definir su carácter, los proyectos y aspiraciones (aunque sean también importantes). A partir de la realidad de desigualdad y subordinación de las mujeres e integrando las demandas de sus derechos igualitarios-emancipadores, debería ponerse el acento, desde esta interpretación relacional y crítica, en los procesos de identificación colectiva derivados de unas prácticas sociales, unos comportamientos o unas costumbres comunes que establecen unos vínculos sociales y una cultura sociopolítica con ese carácter feminista. Es el nexo social y realista para una transformación hacia la libertad y la igualdad.

3. FEMINISMO Y TEORÍA CRÍTICA. ACERCA DEL PENSAMIENTO DE NANCY FRASER

3.1. El feminismo crítico (del 99%) de Nancy Fraser

Entre las últimas entrevistas a Nancy Fraser, dos de ellas (**“Necesitamos una definición totalmente diferente del concepto de clase trabajadora”**, en *CTXT* de 3 de abril de 2019, y **“El feminismo del 99% no es una alternativa a la lucha de clases, es otro frente dentro de ella”**, en *Viento Sur* de 6 de agosto de 2019) aportan interesantes reflexiones sobre la relación del feminismo con la clase trabajadora y el cambio social desde una perspectiva antineoliberal.

La prestigiosa intelectual estadounidense expresa una visión más amplia, inclusiva y renovada de la clase social y la lucha de clases, aunque mantiene ese lenguaje clásico de la tradición marxista. Son conceptos renovados que convierte en marco de referencia del conjunto

de conflictos sociales y ‘luchas de frontera’ entre: producción/reproducción social, política/economía, naturaleza/humanidad. No prioriza la contradicción capital-trabajo, ni establece jerarquías entre los movimientos sociales.

El adversario común es el capitalismo como estructura conjunta de poder definida como orden social institucionalizado, no solo económico, en el que interactúan las relaciones de clase, género y raza, así como la explotación y la expropiación. Y destaca la necesidad de vincular la distribución de recursos y el reconocimiento de estatus, representación y poder. Su concepción se asemeja más al concepto de clases populares en una pugna más multidimensional de las mayorías sociales y un sujeto más plural y abierto que el viejo movimiento obrero centrado en la reivindicación económico-laboral.

Por otro lado, recalca la necesidad de la diferenciación del feminismo popular (del 99%) del feminismo liberal o corporativo de las élites (del 1%) en el marco del criticado neoliberalismo progresista, al igual que reclama esa orientación anti-élite neoliberal en los distintos movimientos antirracistas, LGTBI y ecologistas. Demanda que el movimiento feminista, directamente o con alianzas con esos movimientos progresistas próximos (incluido el movimiento ‘obrero’), asuma un programa transformador más multilateral y anticapitalista.

El patriarcado, palabra que apenas utiliza, no sería un sistema independiente del orden institucionalizado, sino muy imbricado con las actuales relaciones socioeconómicas y políticas. Aunque la opresión de las mujeres viene de lejos, en la actual etapa capitalista está configurada en un sistema integrado de poder, en una interrelación desigual respecto de la producción, hegemonizada por los varones y su prevalencia de estatus y jerarquía. Su especificidad viene de la convencional división del trabajo en función del sexo con una dedicación impuesta a las tareas de la reproducción social, con una posición subalterna respecto de la producción y las estructuras sociales

conectadas (entre ellas la familia) y en desventaja en relación con los hombres.

Así, realza la importancia de la reproducción social y los cuidados a las personas como ámbito mayoritario (público y privado) de la actividad femenina y motivo de la desigualdad y discriminación de las mujeres al estar infravalorada su función. Apenas trata el resto de las estructuras sociales y dinámicas socioculturales, empezando por la institución familiar, la reproducción de estereotipos y la cultura sexual, a través de las cuales se articula también esa posición de desigualdad. El tronco en el que se inserta la discriminación femenina está derivado de la dedicación impuesta históricamente a un papel social considerado estructuralmente subalterno: la reproducción social de la vida y los cuidados materiales y afectivos a las personas.

Entre otras, son ideas expuestas más sistemáticamente en su reciente libro, *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica* (ed. Morata), en el que dialoga con Rahel Jaeggi. A continuación hago una valoración, de carácter sociopolítico, sobre su enfoque feminista, en el marco de la renovación de la teoría crítica, junto con su propuesta de articulación unitaria de los movimientos sociales progresistas, sus alianzas, así como de su impacto en el conflicto social y su conexión con un programa (y una dinámica) anticapitalista o igualitario-emancipador.

Comparto su objetivo sociopolítico que engloba la conformación de un sujeto transformador plural con sus especificidades (clase, género, raza-etnia...) y los distintos procesos y niveles de cambio: reivindicación inmediata, acción social y estrategia y representación política. No obstante, realizo diversas matizaciones a sus ideas y algunos comentarios complementarios.

El feminismo, una apuesta emancipadora histórico-estructural

Fraser aporta una gran lucidez para explicar los mecanismos del capitalismo y fundamentar unos ejes clave para la teoría crítica. Supera

el economicismo marxista y el determinismo de clase por una visión más multilateral, relacional y multidimensional.

En particular, fundamenta la subordinación femenina en la dependencia estructural e histórica de las mujeres hacia la actividad de reproducción social, hacia los cuidados, generando una situación de desventaja y desigualdad respecto de los varones, cuya dedicación productiva y pública está más valorada, y afectando a otras dimensiones vitales, que en su libro quedan algo desdibujadas.

En definitiva, la emancipación femenina está ligada a la igualdad entre las funciones y la responsabilidad respecto de las tareas productivas y las reproductivas, junto con la superación de la secuela de segregación que esa división acompaña al resto de las estructuras sociales, culturales y familiares. Supone partir del reconocimiento público de esa posición de subordinación para justificar una acción igualitaria con la valorización y reconocimiento de su actividad específica y su pugna por su emancipación, hasta una distribución equitativa con los varones y un reparto equilibrado de todas las tareas humanas, así como el reconocimiento del estatus social y político correspondiente.

El avance hacia la igualdad debe ser multidimensional, estructural e interpersonal. El proceso asimétrico entre diversas categorías de mujeres, con una situación mayor o menor de subordinación e incorporación a posiciones relativas de igualdad (en el empleo y su estatus social y público), todavía conlleva factores comunes de discriminación y desigualdad.

Por un lado, hay una gran fragmentación de las situaciones de subalternidad de las mujeres (más si las combinamos con otros componentes de clase social, raza, étnico-nacionales u opciones sexuales y culturales). Por otro lado, hay elementos igualitarios respecto de los varones en distintos campos, incluido en el acceso (todavía desigual, pero significativo) al empleo y a las estructuras sociales, económicas y políticas. En particular, en las democracias liberales, el mismo estatus de ciudadanía civil, social y política

debilita algunas desigualdades, particularmente su percepción, y confiere una identidad ciudadana (y nacional) similar a la de los varones.

Por tanto, existe una identificación específica, un sentido de pertenencia colectiva, derivada del desigual estatus de su papel social, económico y público, pero en proceso de transformación de su impacto y reequilibrio con otras identidades y pertenencias. Ese subordinado papel social de las mujeres, derivado de la división sociohistórica y de poder impuesta en función del sexo, junto con su reacción adaptativa-liberadora, ha conformado una identidad de género contradictoria (como la identidad de clase y de todos los grupos oprimidos). Conlleva una dinámica doble: abandonar y superar esa desigualdad de origen, esas condiciones y trayectorias subalternas y en desventaja, y valorar o reconocer su doble esfuerzo y su pugna liberadora e igualitaria.

Desde el punto de vista sociopolítico, la identidad feminista y el feminismo no serían exclusivos de las mujeres en cuanto categoría biológica, sino de aquellas personas (también varones) que admiten la existencia de una discriminación de las mujeres y apoyan y se solidarizan con su emancipación y por la igualdad. Los procesos de identificación suponen una experiencia prolongada y una vivencia compartida en torno a una trayectoria común por unos objetivos igualitarios y emancipadores.

Sin opresión de las mujeres no tendría sentido su liberación, el objetivo y quehacer del movimiento feminista. El feminismo es un movimiento social y cultural transformador que, en la medida que consigue sus objetivos de igualdad, tanto en el aspecto cultural y de las relaciones personales y sexuales, cuanto en el aspecto socioeconómico y político de ejercicio igualitario de la plena ciudadanía, amplía el componente común de persona y ciudadana. Es decir, hay menor diferenciación por la identidad de género; o lo que es lo mismo, se comparte una misma identidad humana y cívica con los varones.

La identidad de género interactúa, dando lugar a formas mestizas o mixtas, no solo con otras identidades parciales, con sus distintas

articulaciones, sino con esa identidad más genérica en cuanto ser humano o tener la cualidad de la ciudadanía: perteneciente a la sociedad o a una comunidad política con un común contrato social, no solo con unos derechos humanos básicos, sino con plenitud de derechos civiles, sociales, políticos y económicos reconocidos.

No obstante, esa dinámica sociohistórica, económica y política hacia la igualdad real no está generalizada ni se ve en el horizonte inmediato; es más, los progresos en la igualdad y su libertad están amenazados con recortes y retrocesos en distintos campos (culturales, institucionales, socioeconómicos, simbólicos...).

Un proceso de reafirmación feminista

Así, tal como han expresado millones de mujeres, gran parte jóvenes, en los procesos participativos de estos últimos 8 de Marzo, se ha incrementado su sentimiento de injusticia ante dos tipos de profundas discriminaciones: el acoso y la violencia machista que están sufriendo como mecanismo autoritario de impedir su libertad y autonomía personal; la desigualdad y las desventajas en materia salarial, condiciones de empleo y trayectorias profesionales, así como en las tareas reproductivas y de cuidados, desde los suelos pegajosos a los techos de cristal.

Además, esta nueva ola feminista supone una crítica a la pasividad o insuficiencias de las instituciones públicas y los instrumentos jurídicos, educativos y socioeconómicos para avanzar en su resolución. De ahí que se haya producido esa reafirmación, participación e identificación feminista que combina demandas igualitarias y emancipadoras justas y procesos de empoderamiento individual y colectivo ante los poderes públicos y las actitudes y los grupos machistas.

Por tanto, el feminismo y el movimiento feminista, en sentido amplio, se ha convertido en un referente global en la acción colectiva por la igualdad, aunque dada su fragmentación organizativa y

representativa y su heterogeneidad cultural-ideológica esté sometido a una pugna intensa por su orientación, representación social e impacto político.

En todo caso, todo ello abunda en la necesidad de la reafirmación feminista, abierta, plural, unitaria y democrática. La identidad de género, en el plano sociopolítico de identidad feminista por la igualdad y la emancipación de las mujeres tiene una gran vigencia y retos por delante. Esta vinculación entre sexo y género mediada por la función social impuesta a las mujeres y los procesos de identificación doble, como afirmación (femenina) y superación (de la subordinación), me parecen los más sugerentes para conectar con las transformaciones sociales, económicas y políticas e insertar los procesos de emancipación con una perspectiva igualitaria compartida frente a las dinámicas neoliberales, reaccionarias y regresivas.

Desde esa visión más estructural y social del feminismo que plantea Fraser, dejo al margen el debate sobre afirmar o deshacer el género vinculado al propio cuerpo y/o la preferencia sexual, cuyo énfasis resalta una parte del feminismo seguidor de Judith Butler. La liberación sexual es un componente central del movimiento feminista; en ese sentido, comparte con el movimiento LGTBI similares objetivos emancipadores que les hace ser colaborativos e interseccionales. Visto desde otra perspectiva, la participación en los procesos de liberación e igualdad sexual (o la indiferenciación) no necesariamente conllevan una solidaridad y participación en todos los procesos igualitarios del conjunto de relaciones subalternas de la mayoría de las mujeres, es decir, permiten considerarse feminista. Son dos movimientos próximos y aliados (o coaligados, según la propia Butler), que comparten experiencias y objetivos comunes, pero diferenciados.

Así, la identidad, en este caso feminista, no necesariamente está basada en ser mujer (determinismo biológico) o en priorizar el campo de las ideas (o las emociones), en el que también hay fanatismos, sino que debe definirse por el reconocimiento de la opresión y marginación de las mujeres (y los colectivos discriminados) y la participación y el

apoyo a su emancipación y por la igualdad. La identidad es relacional, supone reconocimiento y pertenencia colectiva a un grupo social que comparte situaciones, proyectos y trayectorias. Es esa interacción, en la medida que persisten los problemas de desigualdad y discriminación y la acción práctica por unos intereses y objetivos comunes, la que construye la identidad, siempre en transformación y combinación con otras identidades (o características neutras) de las mismas personas y grupos sociales.

En resumen, Fraser defiende su feminismo (para el 99%) como reconocimiento y pertenencia a un proceso o movimiento igualitario-emancipador. Así mismo, relaciona la discriminación y la desventaja de las mujeres con la división impuesta por el poder establecido entre las relaciones llamadas productivas (dominantes) y las reproductivas (subalternas) en un único orden social institucionalizado. En ese concepto, sustitutivo del de capitalismo neoliberal, se integran los distintos sistemas de dominación (incluido el patriarcado que no sería un sistema autónomo de poder), así como los otros conflictos y divisiones, en particular la política (democracia), considerada como interés público frente al interés privado de los mercados. Igualmente, propone una alianza entre dinámica emancipadora (de los nuevos movimientos sociales y dinámicas socioculturales) y objetivos de protección social (que asocia a la vieja izquierda y el movimiento obrero). Este componente sociopolítico e identitario es lo que necesita mayor profundización y clarificación para completar y superar su interesante visión estructural y sociohistórica.

Por último, esta sugerente pensadora, al considerar interrelacionados estructuralmente los componentes de clase, sexo y raza (aquí habría especificar la diversidad étnico-nacional y la inmigración), y su condicionamiento en la actitud y la subjetividad de la gente, tiende a caer en la infravaloración para la acción colectiva del conjunto de mediaciones institucionales, sociales y culturales que fragmentan o reajustan el impacto social e identitario de esas

características sociodemográficas y económicas, muchas de ellas en las mismas personas.

Ello supone que hay que destacar más la experiencia relacional prolongada, así como una visión interactiva en la conformación de las identidades personales y grupales y su implementación operativa según qué momento y circunstancias individuales o colectivas. Y ello exige un análisis más sociológico, histórico y cultural de la realidad de los comportamientos colectivos y las trayectorias compartidas que van construyendo (o bloqueando) esa convergencia popular. Es la única forma de terminar de superar el determinismo económico (o biológico y etnicista), por un lado, y el idealismo discursivo o programático, por otro lado.

Su feminismo, que he definido como crítico y a pesar de estas matizaciones, es una buena aportación para porfiar en la igualdad y la emancipación de las mujeres y avanzar en la convergencia popular para la transformación social.

3.2. La teoría crítica de Nancy Fraser

Nancy Fraser, en su reciente libro, *Capitalismo. Una conversación desde la Teoría Crítica* (ed. Morata), en el que dialoga con Rahel Jaeggi, expone una interesante reflexión teórica sobre la sociedad capitalista, no solo del capitalismo como modo económico y productivo, sino del conjunto del ‘orden social institucionalizado’, así como de las dinámicas transformadoras del mismo. Con ocasión de su

presentación ha realizado diversas entrevistas en las que complementa o matiza sus tesis principales y que también tengo en consideración.

En particular, me voy a centrar en dos aspectos relevantes. Primero, de carácter teórico, sobre algunas características de ‘su’ teoría crítica respecto del orden social institucionalizado o capitalismo neoliberal (reaccionario o progresista), así como su importancia para el pensamiento igualitario-emancipador y, especialmente, para el feminismo. Segundo, de carácter sociopolítico, sobre la articulación unitaria de los movimientos sociales progresistas, sus alianzas, su impacto en el conflicto social y su conexión con un programa (y una dinámica) anticapitalista o de cambio global.

Comparto, en general, su diagnóstico multidimensional de la sociedad capitalista y su objetivo sociopolítico que engloba la conformación de un sujeto transformador plural con sus especificidades (clase, género, raza-etnia...) y los distintos procesos y niveles de cambio: reivindicación inmediata, acción social y estrategia y representación política. No obstante, iré realizando diversas matizaciones y comentarios a sus ideas, exponiendo los puntos más débiles, en particular sobre la conexión de los dos aspectos: el análisis estructural-institucional y los procesos de conformación de un sujeto (o actor) sociopolítico democrático-igualitario.

La renovación de la teoría crítica

Fraser parte de la idea de que la realidad, como complejo sociohistórico, estructural e institucional, existe, es objetiva; y, más allá de constatar sus evidencias externas y las percepciones sociales y su interacción, hay que ‘descubrir’ o desvelar ‘sus condiciones de posibilidad ocultas’. Utiliza el método marxiano materialista por oposición al constructivismo idealista que plantea que la realidad es construida por el sujeto. Ya en la Introducción deja claro su enfoque (la **negrita** es mía; las citas textuales complementarias las concentro en el anexo final):

*Un problema es la multidimensionalidad de la crisis actual, que no es solo económica y financiera, sino también medioambiental, política y social... **hemos de desvelar las bases estructurales de las múltiples tendencias a la crisis de la propia totalidad social: la sociedad capitalista...** De algún modo, necesitamos desarrollar una nueva interpretación del capitalismo que integre las ideas del marxismo con las de paradigmas más nuevos, incluidos el feminismo, la ecología y el poscolonialismo, evitando al mismo tiempo los respectivos puntos ciegos de cada uno... **Es la clase de teoría social a gran escala que hoy busco**^[1] (p. 11).*

Su enfoque combina el feminismo marxista-socialista y los teóricos de la subjetividad, la cultura, el habitus, el mundo de la vida y la vida 'ética'. Estamos, pues, ante un intento de superar el mecanicismo o el determinismo economicista, con un punto de vista más interactivo de las relaciones sociales, destacando la interacción entre, por un lado, las condiciones sociales y materiales y, por otro lado, la cultura y la experiencia vital de la propia gente. Por tanto, tiene una teoría doble, con una perspectiva estructural y otra perspectiva teórica de la acción, que sería lo específico para llamarse crítica.^[2]

Veamos algunos límites de esta fructífera mirada crítica histórico-relacional. Antes, comento otras ideas complementarias en las que alude a diversos autores relevantes.

Por un lado, **critica la visión romántica** que considera a la sociedad, la política e incluso la propia naturaleza, fuera o en contra del capitalismo que, al considerarlo como lo exclusivamente económico-productivo sin valorar la interdependencia del conjunto, resulta más sencilla pero más simple y unilateral.^[3]

Por otro lado, comparte con Foucault su rechazo al determinismo y la teleología, pero **critica abiertamente su enfoque posmoderno** que infravalora la conexión causal y la explicación de las tendencias sociales. Según la autora, los conflictos y relaciones son entre ‘poder privado del capital y poder público’, y hay una pluralidad de caminos pero con pocas posibilidades de implementación.

La reproducción social condición de fondo para el capitalismo

Uno de sus puntos centrales de análisis es la reproducción social que es una condición de fondo para la producción capitalista y ‘**abarca la creación, socialización y subjetivación de los seres humanos de manera más general, en todos sus aspectos**’. En consecuencia:

El neoliberalismo está reconfigurando el orden de género de la sociedad capitalista. Y está convirtiendo la reproducción social en uno de los principales detonantes de la actual crisis capitalista, un hecho igualmente importante... Esta propensión a la crisis se basa en una contradicción estructural: en el hecho de que la economía capitalista descansa sobre sus condiciones de posibilidad social-reproductivas al mismo tiempo que las desestabiliza (p. 40).

En su reinterpretación del capitalismo, no hay dependencia exclusiva respecto de las relaciones de producción/fuerzas productivas, sino interacción de cuatro divisiones estructurales y sus separaciones institucionales, sin jerarquías predeterminadas: producción económica/reproducción social; separación institucional entre ‘economía’ y ‘política’; la división ontológica entre su fondo ‘natural’ (no-humano) y su fondo ‘humano’ (aparentemente no-natural); distinción institucionalizada entre explotación y expropiación. Sustituye el concepto capitalismo, que tiene más connotaciones

exclusivamente económicas, por otro más amplio e integrador: *orden social institucionalizado*. Y en la fase actual financiera y globalizadora, distingue entre neoliberalismo reaccionario y neoliberalismo progresista para elaborar una alternativa a ambos.

Entrelazamiento del saqueo económico con el sometimiento político

Vamos a precisar algunas de sus ideas. Su planteamiento pretende desvelar el entrelazamiento del ‘*saqueo económico con el sometimiento político*’ y lo complementa con la expresión ‘relaciones socioecológicas’. Así, postula una teoría unificada, en la que los tres modos de opresión (género, ‘raza’ y clase) *se cimientan estructuralmente en una única formación social: en el capitalismo en su concepción más amplia, como orden social institucionalizado* (p. 117).

En ese sentido integrador valora críticamente la separación de las distintas esferas o campos que considera interrelacionados y señala los riesgos de la adaptación de alguna de ellas a la dinámica neoliberal. Ello supondría caer en el desdoblamiento constitutivo del neoliberalismo progresista; es decir, las mismas personas pueden tener un componente progresista en relación con un aspecto, contradicción o conflicto (por ejemplo, el feminismo o el multiculturalismo) y, al mismo tiempo, mantener una posición neoliberal regresiva respecto del estatus sociolaboral, los intereses económicos y nacionales (o imperialistas) u otras dinámicas socioculturales (como el racismo o el machismo). Y, **en el ámbito feminista, advierte que, incluso, la crítica basada en las normas social-reproductivas de la solidaridad y el cuidado es una espada de doble filo: potencialmente transformadora pero fácilmente recuperada en estereotipos de género esencialistas** (p. 100)^[4].

Por otro lado matiza el concepto de **interseccionalidad** como descripción de las formas de ‘entrecruzamiento’, para afirmar su posición como explicativa: identifica los mecanismos institucionales con los que la sociedad capitalista produce el género, la raza y la clase como ejes cruzados de dominación, considerando el orden social que las genera.

Así, rechaza la idea de que cualquiera de estos modos de dominación sea simplemente funcional para la acumulación de capital. En su esquema todos ellos ocupan posiciones opuestas: por un lado, todos posibilitan condiciones de acumulación, pero, por otro lado, también todos son enclaves de contradicción, posible crisis, lucha social y normatividad no económica.

O sea, **el capitalismo se apoya y necesita una jerarquía de género y racial, no tiene nada de post-racista y post-sexista:**

*La carga de la expropiación sigue cayendo desproporcionadamente sobre las personas de color... Así mismo, el peso del trabajo reproductivo sigue cayendo abrumadoramente en los hombros de las mujeres ... el capitalismo no se puede separar de la opresión de género y racial... **Las ‘diferencias’ raciales y de género, lejos de ser un hecho sin más, son producto de la dinámica de poder que asigna a las personas a posiciones estructurales dentro de la sociedad capitalista. La división de género puede ser más antigua que el capitalismo, pero solo adquirió su actual forma de supremacía del macho en y a través de la separación capitalista entre producción y reproducción. Y lo mismo ocurre con la raza (p. 122).***

La reacción populista reaccionaria tiene un origen en el agravio con inseguridad de algunos sectores sociales por la pérdida de privilegios de poder respecto a minorías y el descenso social y de estatus por la globalización, aceleradas por el propio neoliberalismo. Lo significativo es que ante la ausencia de un potente movimiento

interracial, intercultural e intergénero, algunos sectores populares trasladan la responsabilidad y la solución frente a esos agravios hacia ‘otros’, vía culpabilización de los más débiles, a través de chivos expiatorios y mayor segregación racial o de género. Generan, así, un crecimiento de las filas del populismo autoritario de derechas. Mientras tanto, el neoliberalismo progresista *se sirve cínicamente de llamadas a la ‘justicia’ mientras extiende la expropiación y los recortes de la protección pública a la reproducción social* (p. 126). Según su opinión es prácticamente imposible imaginar una vía ‘democrática’ hacia el capitalismo no racial y no sexista.

Teoría crítica, sentimientos y política

Más adelante completa su concepción:

La teoría crítica debe ir más allá de estos resultados y poner en entredicho los procesos que los producen... Nuestro objetivo es conectar el aspecto normativo de la crítica con el teórico-social. Este es el sello distintivo de la teoría crítica... El interés por contemplar y tener en cuenta el punto de vista de los agentes situados que son participantes potenciales de la lucha social destinada a transformar el sistema (p. 134).

Y continúa con diversas críticas al pensamiento liberal (incluso al formalmente igualitarista) por carecer de ese aspecto fundamental de la teoría crítica. En lugar de esta explicación, que es fundamental para esclarecer las perspectivas de transformación social, critica ese planteamiento liberal *porque ofrece prescripciones políticas, desde una posición ajena al ámbito de la lucha social y por encima de él.*^[5]

Es interesante la relación que hace entre **objetividad, sentimientos e indignación** para superar el simple racionalismo o su contrario, el emotivismo.^[6]

Así mismo, es adecuada **la crítica al capitalismo como un orden social irracional, sin capacidad auto correctora de su economía y solo modificable desde la política, desde el conflicto de los sujetos sociales.**^[7]

En conexión con ello realiza una **buena crítica a Polanyi**, por los límites de su exclusiva polarización entre economía y sociedad o mercantilización y protección social, y sobre el que ha publicado otros ensayos ^[8]. Así, la autora incorpora un tercer polo, el de la ‘emancipación’.^[9]

Por otro lado, vuelve a la crítica hacia Foucault y el pensamiento postmoderno, por su idea ilusa de poder construir una contra sociedad al margen del poder y sin transformar las principales instituciones del capitalismo.^[10]

Por tanto, hay una realidad (objetiva) de fondo. Frente a las interpretaciones esencialistas y ahistóricas, considera que las contradicciones y las crisis del capitalismo están profundamente arraigadas y las analiza desde las ‘*relaciones* entre los distintos ámbitos’ (p. 168). Así, explica las **tendencias objetivas como tensiones y divisiones constitutivas**, no patologías, según Habermas.^[11]

Además, es **interesante la alusión a Macintyre**^[12], sobre que el relato explicativo se hace de forma retrospectiva. Y la referencia a GIDDENS sobre la vinculación de la crisis con el conflicto social. Y llega a una **conclusión de carácter sociopolítico: “La pregunta fundamental es si quienes discrepan aumentan, se juntan y llegan al nivel de crisis de hegemonía”** (p. 177).

3.3 Convergencia popular, alianzas y neoliberalismo progresista

En primer lugar, es **sugere**nte la **relación entre luchas de clases** (por divisiones de grupo y asimetrías de poder) y **luchas de frontera** surgidas en la intersección entre producción/reproducción social, política/economía, naturaleza humana/no humana, es decir de las divisiones constitutivas del capitalismo —no del interior de la economía (pero tampoco de la lucha de clases)—^[13].

Y matiza que la visión que expone del capitalismo ofrece tres criterios normativos para distinguir las reivindicaciones emancipatorias de las no emancipadoras sobre las fronteras del capitalismo: El primer criterio es la *no-dominación*; el segundo criterio es la *sostenibilidad funcional*, y el tercero es la *democracia* (p. 194).

Explica de forma sugere

nte, aunque se debería cuidar la expresión y el alcance de los apoyos sociales, la **alianza perversa entre la mercantilización** (neoliberalismo financiero-cognitivo) y la **emancipación** (de las élites de las mujeres y minorías étnicas que ascienden en estatus socioeconómico) **frente a protección social** (de la mayoría popular, incluido de las minorías o facetas oprimidas)^[14]:

Insiste en la **diferenciación entre descomposición de la hegemonía (cultural) del neoliberalismo progresista**, en cuanto ‘crisis de legitimación’, y **continuidad de la política neoliberal**, asentada en otra legitimidad reaccionaria-conservadora del populismo de derechas autoritario.

Hace una crítica fundamentada a la mayoría de la socialdemocracia (y el liberalismo progresista e igualitario en las facetas ‘culturales’), que habrían sido recuperados por el neoliberalismo progresista, con atisbos de elementos reaccionarios como ante la inmigración.^[15]

También expresa las deficiencias estratégicas y de la política de alianzas de los núcleos dirigentes y hegemónicos de los nuevos movimientos sociales, culturales o del mundo de la vida, de carácter liberal:

Atrapadas en la segunda lucha [nuevos movimientos sociales], y ajenas en gran medida a la primera [capital/trabajo], las corrientes hegemónicas de los movimientos progresistas fracasaron en economía política, por ignorar las transformaciones estructurales de fondo. Y, lo que fue peor, programaron sus agendas con criterios meritocráticos e individualistas —pensemos por ejemplo en los feminismos lean-in o de ‘presión’ cuyo objetivo es ‘romper el techo de cristal’ para que las mujeres de ‘talento’ puedan trepar hasta los escalones más altos de la escala corporativa—. Las corrientes de este tipo abandonaron los esfuerzos por entender estructuralmente la dominación de género, asentada en la separación capitalista entre producción y reproducción. Y abandonaron a mujeres menos privilegiadas, que carecen de capital cultural y social para beneficiarse de esa presión y, por consiguiente, seguían atascadas en el sótano (p. 218).

Realiza una **buena definición del neoliberalismo progresista** y la alianza o convergencia con las ‘corrientes hegemónicas de los movimientos emancipadores’, que serían meritocráticas de clase media no solo del 1%, sino de una base social más amplia y activa del 20%-30%:

Las corrientes hegemónicas de los movimientos emancipadores (como el feminismo, el antirracismo, el multiculturalismo y los derechos LGTBI) se aliaron —en algunos casos consciente y deliberadamente, en otros no— con fuerzas neoliberales cuyo objetivo era financiarizar la economía

capitalista, es especial los sectores del capital más dinámicos, con mayor visión de futuro y más globalizadores (por ejemplo, Hollywood, las TIC y las finanzas). Como de costumbre, el capital fue el que salió mejor parado. En este caso, los sectores ‘capitalistas cognitivos’ utilizaron ideales como la diversidad y el empoderamiento, que en principio debían servir a otros fines, para petrificar políticas que devastaron la producción y la que en su día fue la vida de la clase media. En otras palabras, utilizaron el carisma de sus aliados progresistas para disfrazar de emancipación su propio proyecto regresivo de redistribución ascendente masiva (p. 218).

Apogeo y decadencia del neoliberalismo progresista

Fraser explica **la necesidad del neoliberalismo de su apariencia progre para ganar la hegemonía cultural y relativizar su componente distributivo regresivo.**^[16]

Por tanto, **el neoliberalismo no es solo política económica; es un proyecto político con su hegemonía cultural.** El neoliberalismo progresista es, por un lado, regresivo en lo socioeconómico, es decir, perjudicaba al conjunto de las mayorías populares y, particularmente, las condiciones y derechos sociolaborales de mujeres y gente de color (e inmigrantes); y, por otro lado, progresivo en lo cultural. Su legitimidad se basa en el reconocimiento de las minorías a través del multiculturalismo o la diversidad combinado con el empoderamiento individual meritocrático como ascensor social. Pero ello favorece, sobre todo, a las élites y capas medias de esos sectores sociales. Ese carácter doble, regresivo y progresivo, con un impacto práctico desigual en la población, **venció como cultura hegemónica al anti-neoliberalismo y al neoliberalismo reaccionario** durante las presidencias de Clinton y Obama.

Es similar, aunque parcialmente distinto, al socioliberalismo de tercera vía europeo en un contexto con dos características diferentes: por un lado, al tener un Estado de bienestar más potente, aquí, particularmente con la crisis, favoreció las contrarreformas laborales y sociales; por otro lado, la cultura cívica más igualitaria (real) y colectiva respecto de la estadounidense, o sea, no tan individualista meritocrática, supuso un mayor freno popular frente a la injusticia social.

En todo caso, dentro del neoliberalismo hay corrientes más regresivas y/o más progresivas, con diferentes combinaciones. Pero la distinción principal es que en el campo socioeconómico, particularmente en esa fase de crisis, lo dominante en todas ellas es ser regresivas; su diferenciación se establece en el campo sociocultural y la actitud ante las minorías: una parte gira hacia el conservadurismo reaccionario, de donde nacen los apoyos a Trump, y otra mantiene su relativo progresismo (p. 220).^[17]

Así, Fraser clarifica el carácter doble del neoliberalismo progresista, con la **combinación de distribución regresiva**, con una mayoría popular afectada, y **reconocimiento progresista**, beneficiosa sobre todo para las élites de la ‘diversidad’. Esa mezcla venció inicialmente a la derecha del partido republicano cuyo proyecto combinaba distribución regresiva con ‘un reconocimiento reaccionario (etno-nacionalista, antinmigrantes y procristiano)’ (p. 221).^[18]

Ese **reconocimiento** parcial que proporcionaba el neoliberalismo progresista suponía una **autoafirmación**, formación e identificación de un estrato social: las capas medias ilustradas, que combinaban un estatus y ascenso socioeconómico y profesional con una exigencia emancipadora antidiscriminatoria en otras facetas de sus vidas (género, raza-etnia...). Y explica la **necesidad de una visión amplia y multidimensional de la clase trabajadora** para superar los límites de ese reconocimiento cultural para las élites (y clases medias). Así, acertadamente, exige una valoración del capitalismo y la acción frente

al neoliberalismo que integre, junto con la problemática del trabajo, los problemas medioambientales, la reproducción social y la democracia (p. 223).^[19]

Propone una **alianza entre protección social** (vieja clase trabajadora y socialdemocracia) y emancipación: nuevos movimientos sociales junto con otras contradicciones (género, raza-etnia...) y luchas de frontera: producción/reproducción, política-democracia/economía y naturaleza-sostenibilidad/humanidad. La cuestión que no desarrolla es que la mayoría popular está dentro de los dos campos y son facetas, realidades e identidades que se mantienen interrelacionados con implementaciones diversas en el tiempo y los procesos.

No existen, como bloques estancos, ‘los’ trabajadores, ‘las’ mujeres y las ‘personas de color’ (aquí diríamos, personas precarias o marginadas, especialmente, inmigrantes —de cuatro áreas distintas: latinoamericana, europea del Este, subsahariana y magrebí—). Las mujeres trabajadoras segregadas (o precarias) acumulan los tres rasgos de subordinación, sufren directamente los tres tipos de discriminación y son susceptibles de integrar una acción colectiva y una identidad múltiple e integradora. Hay personas que sufren dos o un proceso dominador en una posición subalterna, pero ese componente de subordinación o discriminación les diferencia de las personas y grupos dominadores o poderosos. La otra cara de la moneda es la segmentación entre esos niveles y la presión derechista y autoritaria para que los de los peldaños intermedios se alíen con los de arriba, aislando a los de abajo.

Por tanto, los segundos (nuevos) movimientos, específicos de una problemática social y cultural (aunque no de forma exclusiva), no son o no representan a la clase media a la que se propondría una alianza popular de clases desde el supuesto movimiento (viejo) de clase trabajadora, representado por el llamado movimiento obrero (o la izquierda tradicional). Éste, en la lógica obrerista tradicional, tendría un supuesto estatus político y simbólico superior, al vincular su lucha económico-laboral como la principal y genuina para avanzar hacia una

sociedad más justa o al socialismo democrático. Volveríamos al determinismo economicista, a una concepción de clase trabajadora rígida y excluyente y a una prevalencia de la vieja izquierda, aun en una versión más radical.

No obstante, el movimiento sindical (al igual que los partidos políticos alternativos o de izquierda y la mayoría de los grupos asociativos progresistas y ONGs) también es interclasista en parte de su composición y su aparato representativo, mediador y gestor. Su especificidad es que se centra en la problemática económico-laboral, pero ello no da ninguna jerarquía superior en una concepción más multidimensional de la clase trabajadora y, menos, como actor sociopolítico, que incorpora el conjunto de la experiencia relacional y cultural de la gente.

Así, en el campo popular existen personas y grupos con distintas experiencias relacionales, trayectorias comunes y niveles de identificación en diferentes ámbitos socioculturales, económico-laborales y de representación social y política. Se trataría de la tarea de articulación de ese bloque social ‘popular’, aun con una diferenciación de clase o estrato interno; también por la precarización y la infraclase y la subordinación de (la mayoría de) mujeres y gente de color e inmigrante. Con estas matizaciones sobre la diversidad y la pluralidad existentes, comparto la idea de Fraser de que uno de los objetivos fundamentales del análisis es abrir la posibilidad de una **‘alianza contrahegemónica entre las fuerzas sociales que hoy se oponen mutuamente como antagonistas’** (p. 225).

En ese sentido, hay una **buena caracterización de las diferencias de estatus del estrato profesional**, es decir, de clase media, sensible a ‘identidades’ transversales difuminando su posición de clase, con su propia cultura legitimadora^[20]. Ello se combina con el **resentimiento de gente trabajadora** que le recortan derechos sociolaborales y le precarizan y, como reacción inmediatista, quieren mantener, a costa de otros sectores vulnerables, sus privilegios relativos en otras esferas,

cuya pérdida viven como acumulación de descenso social e inseguridad. Constituye el caldo de cultivo del populismo de derechas para su reafirmación autoritario-conservadora.

Por tanto, como señala Fraser, **dominación de clase y jerarquía de estatus son parte integral de la sociedad capitalista**. La opresión de género o etnia-raza no son superestructurales (o culturales), sino estructurales respecto del orden social institucionalizado: son facetas de la misma gente... popular (y algunas también de sectores oligárquicos). Así, frente a la actitud superficialmente moralizante que hoy impera en los círculos progresistas, afirma que *‘lo que debería distinguir a la izquierda de esas posturas es la atención a las bases estructurales fundamentales de la opresión social’* (p. 228).^[21]

En definitiva, hay que reconocer que **el racismo y el sexismo no son solo ‘superestructurales’ o culturales, sino ‘estructurales’**^[22]. Con esa posición se combate la idea tradicional y excluyente de clase trabajadora (a veces identificada con los varones blancos) como opuesta a mujeres, inmigrantes, personas de color... que serían segmentos sin pertenencia de clase trabajadora, cuando en muchos campos son mayoritarios. De ahí se deduce su afirmación de que el **‘reconocimiento y la distribución son fundamentales para este análisis por razones históricas’** y para un proyecto transformador.

Un populismo progresista y de izquierda, antineoliberal y pro socialista

Con la crisis de legitimación del neoliberalismo progresista de Obama y Clinton **ha ganado el neoliberalismo hiper reaccionario** (del Trump gobernante), frente al populismo reaccionario (del Trump discursivo) y el populismo progresista (de Sanders). Sin embargo, no tiene una plena y segura hegemonía cultural, aunque sí parece firme su bloque de poder.

La **alternativa** de Fraser es un **populismo progresista**, según la tradición estadounidense, es decir, popular en su composición, no estrictamente de clase trabajadora sino incorporando a las clases medias (estancadas), y multidimensional, integrando las distintas facetas humanas y movimientos sociales progresivos. Es distinto al concepto de populismo de LACLAU en el que, además del antagonismo oligarquía/pueblo como lógica política, tiene una concepción (idealista) de la construcción de pueblo basada en el discurso, como elemento articulador, infravalorando el punto de partida de la realidad social (real): la problemática, los conflictos y las percepciones de la gente en su contexto. En el caso de esta pensadora, desde la investigación del marco histórico y estructural-institucional, basa su orientación política en una **distribución igualitaria**, a favor de la clase trabajadora, y un **reconocimiento justo**, con una visión inclusiva y no jerárquica, con una estrategia antineoliberal. Lo contempla como una etapa transitoria hasta madurar un **proceso transformador socialista**.^[23]

Ahora bien, cabría señalar dos aspectos. Por un lado, que la alternativa (estratégica) no solo ni fundamentalmente debe consistir en un ‘programa’ (o un discurso), con la sobrevaloración de su impacto en la conformación del sujeto transformador, sino que significa un proceso de experiencia, dinamización y cambio real de las relaciones socioeconómicas, institucionales y de poder. Por otro lado, que las diversas problemáticas económico-laborales y las discriminaciones específicas de género o etnia-raza pueden ser compartidas, en mayor o menor proporción y profundidad, por gran parte de las clases trabajadoras, que son mixtas respecto de sus variadas subordinaciones e identidades, con reconocimientos y estatus sociales múltiples, aunque dentro de una posición subalterna, global y particular.

Distintos grupos y movimientos sociales progresistas, dejando al margen los nacionales y los conservadores, como adelantaba antes, son transversales, populares o interclasistas, incluyendo también el

movimiento sindical. Pero, la composición mayoritaria de sus bases amplias proviene de las clases trabajadoras, entendidas como categoría sociodemográfica de gente subalterna, más o menos precarizadas e ilustradas, aunque la de sus élites o representantes, incluido los sindicatos, suele venir de clases medias, más o menos estancadas. O sea, gente trabajadora con un estatus socioeconómico subalterno participa, tiene y se identifica con esas facetas socioculturales diversas, en el caso del feminismo por la mayoría de las mujeres y gran parte de varones. Y también gente de (nueva y vieja) clase media, meritocrática y más débil o formal en su actitud igualitaria, también es sensible a los problemas de la distribución, la reproducción social y la protección pública. Todo ello de forma asimétrica y con distintos impactos y equilibrios subjetivos, expresivos e identitarios.

Si hablamos de nuevas clases trabajadoras o, mejor, de capas populares, tenemos una configuración objetiva de carácter interclasista —dejando fuera a las élites poderosas— con una participación muy mayoritaria de la gente subalterna o subordinada que es el criterio principal de identificación del estatus social. Con esa interpretación inclusiva y multidimensional, llámese clase, pueblo o bloque social de carácter popular, es más fácil valorar sus interacciones internas desde la diversidad y la interrelación de problemáticas y respuestas que pueden conformar un sujeto plural y unitario. Dejo aparte el significativo ‘nación’, con una composición del conjunto de una comunidad, incluido sus oligarquías y élites dominantes, con intereses comunes o identificaciones compartidos frente a otras naciones, y aunque convivan en un mismo territorio y tengan iguales derechos e instituciones que otros grupos con diferentes identidades nacionales.

En definitiva, en esta acepción flexible de clase social (trabajadora, incluida la desempleada y la inactiva) ya está integrada la gran mayoría de la juventud, las mujeres, los pensionistas, las personas de color o los inmigrantes. Además, si se flexibiliza incorporando algunas capas medias (profesionales-expertos-gestores) estancados o

descendientes se configuran las clases populares con mayoría trabajadora.

La cuestión problemática es que el nombre ‘clase trabajadora’ distorsiona y genera recelos sobre su significado, así como de las jerarquías internas y las prioridades de intereses e identidades y entre representaciones tradicionales, económico-laborales, y nuevos movimientos, con otras problemáticas sociales, culturales o socioecológicas; haría falta un significante inclusivo y consensuado, además de integrador de lo diverso y multidimensional. Estamos en una fase descriptiva en la que lo más fácil es hablar cuantitativamente del 99%, aunque en realidad habría que decir del 80% que constituyen las capas populares. Es un análisis sociodemográfico, importante, pero no el más relevante.

Para superar la tentación determinista (o idealista) de asociar mecánicamente categoría social con sujeto o comportamiento sociopolítico y cultural, hay que insistir en la importancia de las mediaciones institucionales y culturales, así como la articulación de la experiencia compartida y relacional, que requieren un análisis específico. Los procesos de identificación colectiva, la interacción de las distintas identidades es el punto intermedio y de interrelación entre los dos ámbitos: la situación social de subordinación y la acción democrático-igualitaria-emancipadora. Por tanto, lo más importante para el análisis y el diseño estratégico alternativos se refiere al plano sociopolítico (y teórico) en el que caben las palabras ‘sujeto’ (o actor), movimiento social, tendencia o corriente sociopolítica, en el marco dinámico del conflicto o interacción social.

Este enfoque más relacional, social y crítico es, a mi parecer, el más relevante, al partir de la experiencia compartida de actores y grupos sociales y los procesos de identificación y práctica interactiva o conflictiva por intereses y objetivos comunes vinculados al cambio social democrático-igualitario. Y esta mirada de Fraser, aunque hace alusiones a los procesos de los nuevos movimientos sociales y la nueva izquierda desde los años sesenta, no la desarrolla para engazarla con

su análisis estructural y su alternativa programática. Así, la autora termina expresando su confianza subjetiva en la formación de ese sujeto alternativo al neoliberalismo, posición aceptable como deseo normativo, pero sin abordar sistemáticamente ni combinar suficientemente con su análisis de la sociedad capitalista y su propuesta transformadora.^[24]

Una propuesta programática frente al neoliberalismo y el fascismo

Por último, la intelectual estadounidense afirma que **(neo)liberalismo y fascismo son dos caras del capitalismo**, aunque con normativas distintas y/o contrapuestas en el ámbito sociocultural: liberadora y autoritaria. Su controvertida posición, al situarlos en el mismo plano, prioriza un proyecto de izquierdas para enfrentarse a ambos, cuestión evidente desde una perspectiva renovadora e interpretada de forma no antagónica. Pero hay dos puntos débiles: la sobrevaloración del papel del programa, y la rigidez en la política de alianzas y la definición de objetivos.

En primer lugar, no es suficiente una alternativa discursiva o programática para hacer efectiva una influencia decisiva para condicionar esa pugna, sin caer en el aislamiento de la gente activa o comprometida. Se sobrevaloraría ese componente voluntarista del papel propagandista decisivo de una élite de vanguardia. E, igualmente, los supuestos efectos beneficiosos de la propaganda o el doctrinarismo, defectos significativos en distintos sectores de los movimientos sociales y la izquierda alternativa.

En segundo lugar, la cuestión para dilucidar es la gestión de los acuerdos y desacuerdos, con las distintas variantes y coyunturas de las relaciones entre poder y las fuerzas alternativas (y las intermedias) en los dos planos: la gestión social y política inmediata y la orientación estratégica o ideológica, con el punto de conexión de la formación del

actor sociopolítico. Así, si se admiten componentes liberadores en el capitalismo neoliberal, frente a otros regresivos, opresivos o autoritarios, la cuestión es cómo utilizar esa ambivalencia, valorar su legitimidad pública o apoyo social y saber aprovecharlos desde la autonomía propia y sin colaborar con su legitimación de conjunto.

Es pertinente la advertencia de no fijar ahora una alianza permanente y estratégica con el neoliberalismo progresista, aceptando una posición dependiente de las fuerzas alternativas en la tarea de hacer frente a unas fuertes tendencias reaccionarias, pero aún lejos de las dictaduras represivas de entreguerras. Tiene cierto paralelismo en los consensos democráticos europeos, hegemonizados por el centroderecha liberal, frente a las tendencias autoritarias de la extrema derecha. No obstante, la oposición a la involución reaccionaria es también una tarea propia, y más consecuente, de las fuerzas progresistas y de izquierda y, en ese marco, son admisibles acuerdos parciales más amplios que no impidan la crítica y la oposición a las derechas y corrientes neoliberales en distintos ámbitos.

La precaución subyacente a esos acuerdos parciales debe contemplar, tal como he explicado, el carácter doble de ese neoliberalismo, regresivo en unos campos (socioeconómico) y progresivo en otros (socioculturales) y evitar la subordinación de una política autónoma, ya que lo que suele tratar de imponer es su completa hegemonía asociativa, discursiva y de poder. Por tanto, es imperioso afianzar un campo político-ideológico propio diferenciado de la hegemonía cultural y asociativa liberal en los movimientos sociales en los que se dan algunos objetivos compartidos o transversales con el componente progresista del neoliberalismo frente al neoliberalismo reaccionario o el populismo autoritario.^[25]

El problema, partiendo de su consideración realista de que los movimientos sociales están hegemonizados por ese pensamiento liberal, es que aunque se les denomine movimientos del 1% y al propio como del 99%, esa autoproclamación es forzada al admitirse que las posiciones alternativas son minoritarias en esos movimientos, en

particular en el feminista. Se puede referir a la voluntad de representar a esa mayoría o a que los objetivos propuestos se justifican por estar encaminados a su defensa. Pero siempre con el matiz de que es una interpretación de las fuerzas alternativas, no una posición aceptada o consensuada con el grueso de esos movimientos sociales. Así, no se puede tomar como adversario antagónico a esa corriente dominante y mayoritaria de esos movimientos, con una amplia base popular, bajo la apreciación de que están dominados por las élites neoliberales.

Por tanto, más que por esa caracterización sociodemográfica del 99% y la reafirmación de su carácter social y ‘popular’, sería conveniente su identificación por su dinámica reivindicativa, su perfil sociopolítico y sus principales demandas. En ese sentido, hay distintas opciones utilizables para identificar estos movimientos progresivos, especialmente, el feminista: igualitario, democrático, alternativo o crítico.

El neoliberalismo progresista es un adversario pero, sobre todo, por su primer componente, el regresivo, que impone la subordinación socioeconómica a la mayoría social. Su segundo componente, el progresivo, forma parte de una operación legitimadora del primero y de absorción de una parte popular y, en ese sentido, aunque salgan beneficiados parcialmente o en determinados aspectos algunos estratos sociales (minoritarios), cuestión a no infravalorar, hay que desvelar su sentido para estabilizar ese orden social institucionalizado. Pero, sin que se deduzca directamente de lo dicho por Fraser, confundir los dos aspectos llevaría al sectarismo, el doctrinarismo, el aislamiento respecto de las mayorías sociales y la inoperatividad transformadora, riesgos en el que suelen caer algunos sectores alternativos.

En consecuencia, esta faceta de las alianzas y los blancos en Fraser es **algo rígida**. Su posición tajante es decir **NO a los acuerdos con el neoliberalismo progresista, aunque se justifique en el freno al fascismo autoritario**. Está clara la necesidad de una autonomía estratégica y discursiva de un campo sociopolítico diferenciado y alternativo. Igualmente, es justa la apuesta por la diferenciación

interna en los movimientos sociales, para oponerse al pensamiento progresista-neoliberal, así como a las tendencias autoritarias del populismo reaccionario.

Sin embargo, lo que propone, quizá consciente de la debilidad de las capacidades políticas e institucionales de las izquierdas y movimientos sociales progresistas, es solo una **alternativa ‘programática’**, ámbito en el que es más fácil la diferenciación. Sin embargo, el aspecto principal es la relación de fuerzas y la capacidad articuladora y de poder de las diferentes corrientes sociopolíticas, para lo cual se deben considerar la experiencia y las demandas de la mayoría cívica. Es decir, la prioridad es la implementación práctica de una dinámica transformadora contrahegemónica (y de contrapoder), conectada a una teoría crítica, no solo de un discurso propio y la separación organizativa. Y, en ese sentido, aparte de un análisis sociológico de las distintas corrientes y expresiones cívicas, se debería cuidar las relaciones complejas de unidad y crítica con los sectores populares progresistas, aun cuando sean moderados o apoyen en determinadas facetas y momentos políticas neoliberales, más cuando se admite que su influjo es mayoritario en los movimientos sociales.

Por tanto, salvando la subordinación ante esa hegemonía neoliberal y evitando su instrumentalización para impedir ser absorbidos por ella, la política concreta y la práctica transformadora depende de en qué medida y aspecto los sectores anticapitalistas o alternativos pueden confluir en acuerdos amplios, no tanto con las élites neoliberales progresistas (o socioliberales y de tercera vía socialdemócrata), sino con mucha gente influida por ellas y sin decantarse por la dinámica de una transformación radical.

El asunto complicado desde el punto de vista alternativo no es solo la diferenciación con la élite del 1%, que domina o representa mediáticamente algunos aspectos de esos movimientos y pertenece al neoliberalismo progresista, sino a la relación (unitaria y crítica) con una amplia base de clase media y algo acomodada o simplemente menos concienciada, de la que se sirve para hegemonizar el proceso.

No se puede ir a la idea de clase (trabajadora y potencialmente radical) contra clase (media, con tendencia moderada), por mucho que ese conflicto lo subsuma en el significante 99%, donde solo se excluye a la élite poderosa. El problema de la conformación de una corriente crítica trabajadora-popular autónoma del neoliberalismo progresista es importante y debe basarse en la **igualdad real en todas las estructuras sociales de subordinación del orden capitalista**, elemento central de diferenciación, también con sectores de las clases medias y su alianza con él.

Al mismo tiempo, como dice la autora, hay que romper también el apoyo de gente trabajadora a los neoliberales reaccionarios, a su militarismo, xenofobia, etnonacionalismo y machismo. Al final, realiza una propuesta programática positiva, ‘elaborar una política transformadora’, pero insuficiente por su inconcreción y sus rasgos voluntaristas^[26]. Por tanto, es necesario un análisis sociopolítico realista, en particular de las relaciones de fuerza y de poder y profundizar en una teoría crítica, realista y transformadora.

Conclusión: Hacia una teoría crítica igualitario-emancipadora

En definitiva, Fraser aporta, en primer lugar, un interesante impulso a la renovación de la teoría crítica, en particular al análisis de la sociedad capitalista, del orden social institucionalizado y sus contradicciones de fondo, así como las principales tendencias políticas en Estados Unidos, el neoliberalismo reaccionario (el Trump gobernante) y el neoliberalismo progresista (Clinton-Obama) que han vencido, respectivamente, al populismo reaccionario (el Trump retórico) y al populismo progresista (Sanders) con puntos similares y algunos distintos respecto de la realidad europea.

En segundo lugar, tiene muchas sugerencias de interés, aun con ciertas limitaciones, en el campo sociopolítico, en particular su visión flexible y multidimensional de la clase trabajadora y la necesidad de la

articulación unitaria de los movimientos sociales dentro de una perspectiva transformadora anticapitalista o de socialismo democrático, con una fase transitoria de populismo progresista.

En tercer lugar, es más discutible alguna de sus conclusiones estratégicas y de alianzas y, especialmente, la problemática que interactúa entre los dos campos anteriores: conformación de un sujeto transformador o, en forma más convencional, la acumulación de fuerzas sociales alternativas para un cambio democrático-igualitario-emancipador. Es lo más débil y menos elaborado y lo que se debería complementar para desarrollar una teoría crítica. En todo caso, en este contexto de débil reflexión teórica y estratégica es saludable esta aportación a la teoría crítica y su debate.

3.4. Resiliencia y mal menor

En la actual etapa del neoliberalismo, con fuerte carácter regresivo y prepotente de los grupos dominantes de poder europeos y, a pesar, de su amplia deslegitimación social, las fuerzas de progreso o críticas tienen grandes dificultades para conseguir sus objetivos de justicia social y democratización política.

También doy por supuesto la relativa debilidad de esas fuerzas alternativas y de izquierda para modificar las estructuras de poder hegemónico en la Unión Europea, en particular en los países mediterráneos, así como su relativo retroceso representativo en las recientes elecciones, junto con el reforzamiento de tendencias

ultraderechistas y autoritarias. Estas dificultades, bloqueos y retrocesos están acompañados de una subjetividad entre bases alternativas de cierto desconcierto, impotencia, desánimo y sectarismo que contrasta con la ilusión y el optimismo anteriores, aunque todo ello haya sido paliado por la configuración del gobierno progresista de coalición y la expectativa de un nuevo ciclo político de cambio de progreso.

Esta dinámica contradictoria impide una claridad analítica y una renovación política que impulse un cambio transformador de progreso. Se necesita una reflexión estratégica. Por mi parte, aquí la abordo con esta aportación teórica en torno a un concepto nuevo, **resiliencia, como actitud resistente y adaptativa ante importantes dificultades**, y su conexión con otra idea antigua, proveniente de la conciencia trágica griega, la cultura del mal menor como elección obligada entre dos males. Se trata de profundizar en un enfoque realista y crítico que tiene grandes implicaciones políticas y que atraviesa el debate público.

La opción del mal menor aparece cuando hay solo dos alternativas prácticas: una mala y otra peor. La salida buena o mejor (avanzar, ganar) no existe o es parcial y relativa. La polarización no es entre el mal y el bien, elección que una vez dilucidado su contenido, no es complicada. En ese caso, sin grises ni efectos ambivalentes, se elige lo bueno por interés propio o colectivo o por criterios éticos y políticos, salvo los entes malignos con la posición destructiva de cuanto peor (de los demás) mejor (para nosotros).

La situación trágica se produce ante la inevitabilidad de elección entre dos males, dando por supuesto que ambos generan daños o perjuicios para el campo propio. La conciencia trágica consiste en ser realista, admitir ese daño parcial o inmediato y evitar una derrota más completa, un perjuicio irreparable. Pero no es resignación o pasividad; al mismo tiempo hay que tener la voluntad de modificar el campo de fuerzas y construir una alternativa práctica transformadora, a veces desde la heroicidad y la épica y cambiando el marco discursivo y

de fuerzas presentes. Ése es el sentido trágico y ambivalente (positivo y negativo) de elegir una respuesta menos mala respecto de la peor, cuando no hay una tercera posibilidad real mejor. No elegirla evita ese daño relativo, pero a costa de un daño superior, ya que es irreal salir indemne.

La elección del mal mayor conlleva una mayor destrucción propia, no es coherente o racional para un proyecto transformador, por mucho que se confíe en una ilusión de una relación de fuerzas deseable pero lejana y no operativa. La tragedia épica conlleva realismo, capacidad de sufrimiento, sabiduría, fortaleza y voluntad de cambio, no es posibilismo adaptativo ni resignación, pero tampoco suicidio político, temeridad o abandono.

No obstante, **hay dos interpretaciones de esa lógica del mal menor: una adaptativa y otra transformadora.** La primera, moderada o inmediatista: al no vislumbrar ninguna salida positiva se resigna a asumir lo menos malo como lo bueno y frente al riesgo o amenaza de un retroceso mayor. No contempla las capacidades transformadoras de fondo ante la imposición de ese mal, con sus desventajas, y sin descartar su reversión. Lo delicado es cuando lo peor, el destrozo, conlleva impactos distintos para la gente y su representación política, se resquebraja la solidaridad y la identidad común y se renuncia o se debilitan las capacidades transformadoras a corto y medio plazo. Es la política adaptativa que criticaba Gramsci.

La segunda, transformadora, valora la potencialidad de cambio de ese marco, en cuanto hay capacidades sustanciales más o menos inmediatas para crear una tercera alternativa real que desbloquee ese fatalismo. La elección del mal menor es transitoria, es una tregua para persistir en la conquista de un objetivo positivo sin males colaterales.

Así, aparece una tercera posición, izquierdista o vanguardista, de rechazar ese marco real de respuesta ambivalente y confiar en una salida ideal. Su problema es que no es suficiente tener esa opción solo en el plano discursivo o programático de una élite en la confianza de su traslación mecánica a la construcción de un sujeto liberador o una

dinámica efectiva de cambio. La consecuencia también es la impotencia transformadora.

Por tanto, se trata de evaluar la capacidad de resistencia flexible (o *resiliencia*) para oponerse a lo malo y a lo peor porque permite construir una dinámica alternativa inmediata o la certeza y las condiciones para que, aun pasando coyunturalmente una travesía en el desierto de lo menos malo, permita avanzar en una solución transformadora con el cambio de marco sociopolítico.

Son una situación y elección complejas en la que se forjan los buenos liderazgos y las grandes decisiones estratégicas. Dos ejemplos históricos pueden ilustrar la trascendencia de este debate. El primero la actitud del Gobierno británico (y del mundo occidental) ante el ascenso del nazi-fascismo en los años treinta con una política inicial de ‘apaciguamiento’ adaptativo a su expansionismo militarista y totalitario, seguido de la firmeza antifascista y la alianza popular del pueblo británico, con su primer ministro Churchill a la cabeza (conservador e imperialista pero resistente anti-nazi) y la colaboración soviética y la resistencia europea, de confrontar abiertamente con Hitler, con grandes riesgos y sufrimientos, aunque finalmente con la victoria aliada.

El segundo ejemplo, también clásico en la teoría política, es el de la paz de Brest-Litov que dio término a la Iª Guerra mundial en el frente oriental. La opción menos mala que defendía Lenin era la concesión soviética al ejército alemán de una parte de su territorio invadido a cambio de la paz y la concentración de las fuerzas revolucionarias en construir el Estado soviético y garantizar el pan y la libertad a su pueblo; la opción de continuar la guerra, que defendía Trotsky para evitar ese mal menor, era irreal y voluntarista, basado en las hipotéticas tendencias revolucionarias europeas y hubiera llevado a un mayor fracaso del país socialista ante la superioridad alemana, la desarticulación popular y el aislamiento internacional.

La cultura política de las izquierdas todavía está influida por ambas experiencias, como demuestra otro ejemplo más cercano: el debate sobre la actual experiencia griega y la discrepancia interna en Syriza. Por un lado, están los resultados de su estrategia (trágica) de aceptar el mal menor del tercer rescate, suavizándolo y gestionándolo, en un contexto de fuerte desequilibrio respecto del poder establecido europeo y a pesar de su amplia legitimidad, manteniendo el 30% del electorado, el mayor porcentaje en toda la UE de la izquierda transformadora. Por otro lado, está la izquierda rupturista con la UE que, finalmente, ha quedado en una posición social muy minoritaria, tanto el izquierdista Varoufakis como el Partido Comunista (en conjunto, proporción de uno a tres en apoyo electoral). Así, la derrota política de Tsipras a manos de las derechas supone deficiencias estratégicas pero, sobre todo, debilidades de poder, aunque, a efectos comparativos con sus críticos izquierdistas y también respecto de la socialdemocracia (neoliberal), conserva una superior legitimidad social y capacidad de influencia para defender los derechos de las capas populares griegas que lo mantienen como su referencia principal.

Por tanto, ante este tipo de relaciones de fuerza desventajosas y a la defensiva inmediata, **las fuerzas alternativas y de cambio de progreso**, más allá de los discursos gramscianos de la guerra de posiciones y la guerra de movimientos, inspirados en la lejana experiencia de la Iª Guerra mundial, **deben combinar esta conciencia trágica junto con la capacidad de *resiliencia*: resistencia, flexibilidad y adaptación ante dificultades extremas para conformar una salida recuperadora del bienestar público y el equilibrio anterior de fuerzas sociales.**

Así, frente a un análisis realista y una estrategia transformadora **caben dos tipos de desorientación basados en una percepción irreal de la situación: Uno, derivado de la simple adaptación o resignación (salvando algunos muebles), de carácter moderado; otro, voluntarista o subjetivista, de carácter izquierdista, de**

intentar superar unas relaciones de poder vía discurso o programa, sobrevalorando su potencial articulador, lo que depende, sobre todo, de la disponibilidad y refuerzo de fuerzas sociopolíticas sustanciales para pugnar por el cambio.

En este caso, el error voluntarista consiste en la sobrevaloración de una acción discursiva-programática, sin suficientes apoyos sociales y consistencia que son la base para una acción política transformadora, sea en el campo de las condiciones y derechos para la gente, sea para el fortalecimiento de una fuerza social y una modificación en la relación de fuerzas que favorezcan ese cambio a medio plazo. Como en otras corrientes de pensamiento esta falta de clarificación de las opciones estratégicas tiende al idealismo o al voluntarismo político, es decir, al aislamiento social y el debilitamiento de las capacidades transformadoras.

Por otro lado, en estos momentos de presentismo político, inmediatismo sin horizontes estratégicos y de pugna por el relato, es decir, por la propaganda legitimadora de la posición de poder de cada parte, **las situaciones y respuestas defensivas u ofensivas se intercambian permanentemente, sobre todo, en el ámbito mediático, sin discernir las tendencias de fondo ni ser coherente con una estrategia a medio y largo plazo**. Queda huérfano el debate y la orientación estratégica y la propia cohesión de las fuerzas del cambio, imprescindibles para compartir un proyecto común y generar un reequilibrio de fuerzas en el campo social e institucional.

La experiencia de la construcción reciente de las fuerzas del cambio en España en sus dos fases, la cívica y sociopolítica (entre los años 2010/2014), con fuerte desafección al bipartidismo, y la político-electoral e institucional (2014/2020), con la conformación de las fuerzas del cambio y su participación gubernamental, está inserta en estas tres variantes interpretativas (más o menos realistas) y estratégicas (adaptativas, transformadoras y radicales) frente a los poderes establecidos.

Así, en el caso de Podemos, Izquierda Unida y las convergencias en distintos ámbitos, están fracturadas en esas tres tendencias básicas que compiten en su interior y pugnan por su hegemonía y liderazgo respectivos. El problema son las dificultades para su debate y elaborar consensos mínimos que permitan una acción común democrático-igualitaria respetando una convivencia plural y un talante democrático. **Es el otro reto, el de la articulación democrática interna, para conformar una alianza más unitaria, abierta y sólida que fortalezca todo el conglomerado de las fuerzas del cambio.**

La actitud del Partido Socialista, reticente inicialmente a un cambio de progreso y una alianza plural con Unidas Podemos, la posibilidad tras el 10-N-2019 de consolidar un acuerdo gubernamental para imprimir un giro social y democrático en España y la pugna por la legitimidad de las distintas estrategias y liderazgos van a condicionar el balance de esta segunda etapa y todo el ciclo político desde 2020.

Se están definiendo las condiciones de mayor o menor ‘normalización’ política y los equilibrios sociopolíticos e institucionales de la tercera etapa que comienza con impacto para un lustro (o una década) y, en particular, la configuración interna y externa del espacio del cambio, en su diversidad y su capacidad unitaria y transformadora. Habrá ocasión para volver analítica y teóricamente sobre ello e impulsar un camino compartido de cambio de progreso. Lo que parece claro es que se van a necesitar grandes dosis de resiliencia.

3.5 ANEXO: Citas textuales del libro de Nancy Fraser

(Las **negritas** son mías)

[1] Y continúa: “Hemos de tratar la relación entre estos dos polos (objetivo y subjetivo) como una cuestión abierta y un problema que hay que teorizar... ante la evidente crisis estructural en la que nos encontramos, pero (hasta hoy) sin que se haya manifestado un consiguiente conflicto político que exprese adecuadamente la crisis de forma que pueda llevar a una resolución emancipadora. Así pues, la relación entre la crisis del sistema y la lucha social deber ser objeto importante de nuestra conversación” (p. 13). <<

[2] “**Creo que es precisamente con la mezcla o articulación de las perspectivas sistémica-estructural y acción-social como una teoría de la sociedad capitalista se puede convertir en crítica.** En otras palabras, sigo manteniendo la idea que en cierta ocasión llamé dualismo de perspectiva” (p. 65). <<

[3] “**Estas corrientes tratan con excesiva frecuencia la ‘asistencia’, la ‘naturaleza’, la ‘acción directa’ o los ‘comunes’ como algo intrínsecamente anticapitalista.** En consecuencia,

subestiman el hecho de que sus prácticas favoritas no solo son fuente de críticas sino también parte integral del orden capitalista” (p. 65). <<

[4] Y continúa: “En el mejor de los casos, el ideal de una esfera doméstica protegida era una afirmación de valores ajenos al mercado, un impedimento para la exigencia de máximos beneficios del capital. Pero también se definía por aquello a lo que se oponía, como la otra cara de la coherencia del mercado ‘libre’ y como la lógica de la dependencia de las mujeres. Al final, su fuerza crítica solía ser más conformadora que transformadora del sistema... También es posible que las fuertes presiones sobre la reproducción saquen lo peor de las personas” (p. 100). <<

[5] “Aunque identifica las líneas de fractura (entre los que tienen y los que no tienen, por decirlo así), no consigue cartografiar las líneas de fractura sociales y políticas. Lo que falta es una explicación de la distinta idea que los agentes situados tienen de sí mismos, cuál piensan que es su deber, qué esperan exactamente de sus jefes y gobernantes, y qué los espolea a actuar políticamente. **Es el tipo de explicación que necesita una teoría crítica para cumplir la tarea de esclarecer la gramática de la lucha social y las perspectivas de la transformación social...** Lo que está en juego en esta discusión es el significado de libertad” (p. 144). <<

[6] “Me siento tan indignada como muchísima gente, y no quiero ‘corregir’ esta reacción diluyéndola en un análisis intelectual ‘objetivo’ y libre de sentimientos. Al contrario, la quiero canalizar hacia una mejor comprensión de por qué ocurre lo que ocurre y qué podemos hacer al respecto. Quiero conservar lo que la intuición me

dice acerca de la injusticia, no negarla. Y creo que lo mismo ha de hacer la teoría crítica” (p. 138). <<

[7] “Frente a la crítica ética, entendida de forma estricta, y frente a la crítica funcionalista y la moral, lo que aquí hay en juego es la perspectiva de la renovación de una crítica del capitalismo como orden social en cierto sentido irracional... La economía capitalista no es ni puede ser auto correctora. Estas correcciones y medidas adaptativas necesarias para asegurar sus ineludibles condiciones de fondo solo pueden proceder del exterior de la economía —lo cual no significa decir del exterior de la sociedad capitalista—. **Históricamente, este ‘exterior’ extraeconómico, pero intra-capitalista ha sido la política...** Cuando las tendencias de crisis aparecen en el horizonte, esos sujetos no solo viven la privación material o la completa inestabilidad, sino un *conflicto normativo*” (p. 161). <<

[8] “Tampoco doy por supuesto que las normas no económicas sean siempre ‘buenas’. He dicho que un defecto muy importante de la ‘La gran transformación’ de Polanyi es que no cuenta con la posibilidad de que la ‘sociedad’ que él contrapone a la ‘economía’ pueda ser ella misma un pozo negro de dominación, exclusión y desigualdad... deja muy de lado la crítica moral, sobre todo en lo que se refiere a las cuestiones de dominación y justicia, que apenas aparecen en su análisis... Lo que he hecho al reconstruir su trabajo es, en primer lugar, reinterpretar su elemento ético en sentido estructural, no sustancial, y, en segundo lugar, introducir el polo moral que faltaba. De ahí que, primero, propusiera una interpretación ‘estructural’ de su idea de ‘mercantilización ficticia’, como alternativa a su interpretación ‘ontológica’, y, segundo, **sustituyera su idea de doble movimiento por la de un movimiento triple**”. <<

[9] **“El de la ‘emancipación’, el ideal de la libertad como no dominación en un sentido que va mucho más allá de las normas liberales de libertad negativa e igualdad de oportunidades. Por tanto, hay un ‘movimiento triple’, aunque los tres valores principales podrían colisionar y hay que mediar en ellos: la mercantilización, la protección social, la emancipación. Pero ninguno de los tres, de forma aislada, es totalmente bueno ni malo por sí mismo, ni siquiera la emancipación”** (p. 163). <<

[10] **“Rechazo la tesis, de profundas raíces foucaultianas, de que el fondo no es más que una criatura de primer plano —por ejemplo, cuando Foucault dice que el ‘yo profundo’ es totalmente ilusorio, sin que nada de ningún tipo se oculte tras él, aunque tenga verdaderos efectos performativos—... Rechazo la idea, muy en boga en la actualidad, de que es posible retirarse de la sociedad capitalista y construir una contra-sociedad ‘en el fondo (no económico)’, por así decirlo, sin afrontar el completamente real aparato de poder del primer plano y sin transformar las normas básicas y las instituciones institucionalizadas fundamentales del capitalismo. Esta estrategia ‘desvinculante’ es ilusoria porque el fondo no es independiente, ni es un contrapoder *per se*... No estoy de acuerdo con el diagnóstico de una colonización completa o casi completa. Actualmente hay una nueva versión de esta tesis que utiliza la teoría de la gubernamentalidad de Foucault para decir que hoy se nos subjetiviza prácticamente de forma exclusiva como gestores autorresponsables de nuestro propio ‘capital humano’. Esta visión confunde un proyecto neoliberal con una realidad social”** (p. 165). <<

[11] **“Las tensiones propias del orden social capitalista tienen su raíz en tres características distintivas, unas características que yo llamo las tres ‘D’: la división, la dependencia, la denegación...** Este es el quid de la contradicción: las economías capitalistas extraen constantemente valor de esos ámbitos a la vez que niegan que esos ámbitos tengan algún valor. El resultado es que el capitalista da por supuesto la disponibilidad infinita de la reproducción social, el poder público y las aportaciones de la naturaleza. El tratamiento de estas cosas como regalos gratuitos significa que el capitalista se despreocupa de reponerlas. Socava las propias aportaciones de las que depende. Estas son mis tres ‘D’: división, dependencia, denegación. Juntas forman la tormenta perfecta de la posible inestabilidad, firmemente asentada en la estructura del capitalismo. Podríamos resumirlas en una cuarta ‘D’: **la sociedad capitalista lleva en su núcleo una tendencia a la (auto)desestabilización de sus tres divisiones constitutivas: producción/reproducción, política/economía, sociedad humana/naturaleza no humana. Todo lo cual, repito, representa tendencias a la crisis específicas e inherentes del capitalismo.** El resultado es una imagen de la sociedad capitalista que nos permite interpretar sus tendencias a la crisis de forma que no sea la ‘ética’ en el sentido problemático” (p. 169). <<

[12] “Estoy de acuerdo con Macintyre en que solo podemos hallar respuesta retrospectivamente, con nuestra capacidad de relatar la transformación histórica como ejemplo positivo de resolución de problemas. Se trata de hacer inteligibles los cambios sociales... No nos interesa como ‘fue realmente’ el pasado. Al contrario, lo que queremos es un relato histórico más amplio que nos oriente en el presente: **un relato que nos explique cómo hemos llegado hasta aquí, a qué nos**

enfrentamos, adónde queremos ir y cómo podemos llegar ahí” (p. 177). <<

[13] “**La distinción entre luchas de clase y luchas de frontera es analítica. En la realidad, muchos conflictos sociales contienen elementos de ambas...** Desde un punto de vista práctico, la cuestión de la injusticia de clase no se puede separar definitivamente de las cuestiones de la crisis y la libertad. Hay que abordarlo todo a la vez, igual que otros importantes ejes de la injusticia del capitalismo, entre ellos, el género, la raza/etnicidad y el imperialismo” (p. 184). <<

[14] “**En este nuevo escenario, la mercantilización se ha unido a la emancipación a expensas de la protección social.** Suena perverso, es evidente, pero refleja con claridad una situación en que las corrientes liberales al uso de los movimientos sociales emancipadores interpretan la igualdad y la libertad de forma limitada, meritocrática y amable con el mercado, unas ideas que encajan perfectamente con los proyectos y las exigencias de legitimidad que los sectores dirigentes del *capitalismo cognitivo*” (p. 209). <<

[15] “**La socialdemocracia se basaba en la alianza de dos contra uno, una mercantilización y la protección social contra la emancipación,** mientras que el capitalismo financiarizado ha generado una alianza de la mercantilización y la emancipación contra la protección. Y esta segunda alianza ha dividido las fuerzas sociales que una izquierda sería debería unir. Ha alejado a los defensores de la emancipación de los trabajadores del sector manufacturero y de las comunidades rurales que giran en torno a la financiarización y gravitan hacia el populismo de derechas. Y aun peor: más que desgajarlos, la

nueva alianza ha puesto en marcha corrientes dominantes de movimientos emancipadores directamente en contra de las personas que podrían (y deberían) estar entre los aliados más importantes en el diseño de una respuesta de izquierdas a la crisis actual” (p. 217). <<

[16] “Para que el proyecto neoliberal triunfara, había que envolverlo de otro modo, dotarle de nuevos atractivos, vincularlo a otras aspiraciones emancipatorias ajenas de la economía. **Una política profundamente regresiva solo podía convertirse en el centro dinámico de un nuevo bloque hegemónico si pasaba como progresista**” (p. 220). <<

[17] “**La estrategia preferida es vincular su política plutocrática y expropiativa de la distribución a una política de reconocimiento que pueda conseguir un amplio apoyo.** En consecuencia, y este es el segundo punto, **el neoliberalismo no es monolítico: al contrario, hay en su interior corrientes progresistas y regresivas. La diferencia está en el reconocimiento.** Ambas variantes fomentan una política distributiva que beneficia principalmente al 1%, pero una de ellas articula ese programa con una política de reconocimiento aparentemente inclusiva, mientras que la otra, por el contrario, la une a una alternativa explícitamente exclusiva. Por último, fue en especial la vertiente progresista del neoliberalismo la que consiguió hacerse hegemónica, derrotando no solo a las fuerzas antineoliberales, sino también a las neoliberales reaccionarias. La estrategia vencedora unió una política profundamente desigualitaria y contraria al trabajo a una política de reconocimiento moderna, con ‘visión de futuro’ y aparentemente emancipadora” (p. 220). <<

[18] “La mezcla de reconocimiento progresista y la distribución regresiva tuvo fuerza suficiente para derrotar, aunque fuera momentáneamente, a la derecha (a los republicanos en Estados Unidos, y a los conservadores en el Reino Unido), cuyo contraproyecto mezclaba la distribución regresiva con un reconocimiento reaccionario (etno-nacionalista, antinmigrantes y procristiano). Pero la victoria neoliberal progresista tuvo su precio: quienes pagaron los platos rotos fueron los centros industriales en declive, en especial el llamado Cinturón de Acero, en su día plaza fuerte de la socialdemocracia del New Deal, y ahora, en cambio, la región que entregó el Colegio Electoral a Donald Trump en 2016... **Pese a la devastación de estas comunidades, el bloque progresista-neoliberal difundía un ethos del reconocimiento superficialmente igualitario y emancipador: centrado en los ideales de la ‘diversidad’, el ‘empoderamiento’ de las mujeres, los derechos LGTBI, el posracismo, el multiculturalismo y el ecologismo. Sin embargo, eran unos ideales que en Estados Unidos se interpretaban de una forma determinada y limitada completamente compatible con la economía al estilo Golman Sachs**” (p. 221). <<

[19] “**El reconocimiento no es pura ideología, sino la propia autoafirmación de un estrato social**, cuyo ascenso se basa a la vez en el paso al capitalismo postindustrial, cognitivo y globalizador, y en su propia auto consideración como cultural y moralmente superior a las comunidades provincianas de clase trabajadora que esos cambios han dejado atrás. De modo que sí, es una cuestión tanto de reconocimiento como de distribución —o mejor aún, una forma específica de entrelazamiento de estos dos aspectos de la justicia en la era del capitalismo financiarizado—. Los movimientos populistas de derechas

lo rechazan todo en conjunto... **No hay vuelta atrás, a la política de clase al viejo estilo...** no me centraría en ampliar lo que entendemos por la ‘cuestión social’ de modo que haga visibles nuestras capas ocultas: **la crisis del capitalismo financiarizado tiene que ver tanto con el medioambiente, la democracia y la reproducción social como con la organización del trabajo remunerado.** Son cuestiones que deberían estar en la base de cualquier política de izquierdas que quiera desafiar al régimen actual. **También me propondría ampliar lo que entendemos por ‘clase trabajadora’**” (p. 223). <<

[20] “Su confianza en que representan la punta de lanza del avance de la humanidad hacia el cosmopolitismo moral y la ilustración cognitiva. **Ese sentimiento de superioridad cultural han sido un elemento básico de esta identidad y posición de estrato.** Pero también funciona como estrategia bourdeusiana de ‘distinción’, una estrategia que da al neoliberalismo progresista un ‘tono’ superior, que con excesiva frecuencia ha pasado a ser moralizante, señalador y condescendiente con las personas del campo y de clase trabajadoras, insinuando que eran culturalmente atrasada o de pocas luces. No es difícil entender que **esto generara resentimiento. A la ofensa de la hegemonía de estatus se sumaba la injuria de la dominación de clase.** Los populistas de derechas como Trump han explotado este sentimiento” (p. 226). <<

[21] “**Las bases estructurales del racismo [y del sexismo] tienen que ver tanto con la economía política como con el estatus y el (falso) reconocimiento.** Y la misma importancia tiene que las fuerzas que están destruyendo las oportunidades vitales de las personas de color pertenecen al mismo complejo dinámico que las que destruyen las oportunidades vitales de los blancos, aunque difieran de algunos

detalles... Al enfocar el problema desde la perspectiva del capitalismo, entendido como orden social institucionalizado, **la izquierda debería insistir en que el racismo (por ejemplo) tiene unas bases estructurales en la sociedad capitalista, que hay que combatirlo no solo desde la cultura sino también desde las instituciones**, transformando las divisiones constitutivas de las que hemos estado hablando en este libro” (p. 228). <<

[22] “Están profundamente arraigados en la dominación de clase (y género), y en que es imposible entenderlos y superarlos al margen de lo último. Es una ventaja más de nuestra visión expandida del capitalismo como orden social institucionalizado. Demuestra que en realidad no es necesario que distingamos entre dominación de clase y la jerarquía de estatus. Las dos son parte integral de la sociedad capitalista, producto conjunto de sus divisiones estructurales. Podemos y debemos oponernos a las dos” (p. 228). <<

[23] “Lo que se ofrecía, en otras palabras, era optar claramente entre dos políticas de reconocimiento diferentes, pero solo una política (neoliberal) de distribución: se podía escoger entre multiculturalismo y etnonacionalismo, pero, fuera lo uno o lo otro, la financiarización y la desindustrialización eran inevitables... **El resultado inmediato fue poner sobre la mesa dos nuevas opciones políticas: el *populismo reaccionario* y el *populismo progresista*. Pero ninguna de esas opciones se materializó...** Lo que hemos conseguido es un neoliberalismo hiper-reaccionario. Sin embargo, el neoliberalismo hiper-reaccionario no es un nuevo bloque hegemónico... El resultado es un interregno inestable, sin ninguna hegemonía segura. Esta es la situación a la que hoy se enfrenta la izquierda. No sé si con ella se abre la puerta a la construcción de un bloque contrahegemónico. De ser así,

creo que el candidato con más posibilidades es alguna variante de *populismo progresista*, que combine un programa distributivo igualitario y a favor de la clase trabajadora con una visión inclusiva y no jerárquica de un orden justo del reconocimiento —o como decía antes, de la emancipación con la protección social” (p. 232). <<

[24] “Podría haber hoy un resquicio para la construcción de un bloque contrahegemónico en torno al proyecto del *populismo progresista*. Uniendo en un solo proyecto una orientación económica igualitaria y favorables a toda la clase trabajadora, y una orientación inclusiva y no jerárquica del reconocimiento, esta formación tendría al menos la oportunidad combativa de unir a toda la clase trabajadora. Con la atención a estos dos segmentos, a los explotados y los expropiados, un proyecto populista progresista podría convertir a la clase trabajadora, entendida en sentido amplio, en fuerza dirigente de una alianza que también incluya segmentos importantes de la juventud, la clase media, las profesiones liberales y el ámbito directivo” (p. 235). <<

[25] “Lo que realmente puede atraer para acabar con el fascismo es un (proto-cuasi- o auténtico) proyecto de izquierdas que redirija la ira y el dolor de los desposeídos hacia una profunda reestructuración societal y una ‘revolución’ política democrática... no soy partidaria de cerrar filas. De hecho, el escenario que más me gusta es exactamente el contrario: la separación al servicio del reajuste... Frente a tu objetivo de unirse a los liberales, yo quisiera que la izquierda se propusiese efectuar dos cambios importantes. **En primer lugar, alejar a la masa de las mujeres, los inmigrantes y las personas de color menos favorecidos de las feministas del lean-in, los antirracistas y anti**

homófobos meritocráticos, y de los señuelos de la diversidad corporativa y el capitalismo verde que se apropiaron de sus intereses para ajustarlos a los principios del neoliberalismo. Este es el objetivo de la reciente iniciativa feminista, que pretende reemplazar el lean-in, la presión, por un ‘feminismo para el 99%’. Una estrategia que otros movimientos emancipadores deberían copiar” (p. 239). <<

[26] “El neoliberalismo persiste como política, también con Trump. Lo que se ha desmoronado es la hegemonía neoliberal progresista... Lo que hoy tenemos es la crisis a nivel de hegemonía: el lado de la acción social o partícipe de la crisis... Nunca he visto tantas posibilidades de que surja una nueva izquierda como las que hoy veo... Las contradicciones se agudizan queramos o no... Si no conseguimos elaborar una política transformadora ahora mismo, prolongaremos el interregno actual. Y esto significa condenar a los trabajadores a de cualquier género, convicción y color a la segregación de clase y la inseguridad social... Para evitar este destino, debemos acabar definitivamente con la economía neoliberal y con el individualismo meritocrático liberal. **Solo con la conjunción de una política de distribución igualitaria robusta y una política de reconocimiento sustancialmente inclusiva y sensible a la clase, podemos construir un bloque contrahegemónico que nos saque de la crisis y nos lleve a un mundo mejor” (p. 242). <<**

Autor



Antonio Antón Morón es profesor de Sociología de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Licenciado en Sociología y Ciencias Políticas por la UNED y doctor en Sociología por la Universidad Complutense de Madrid (con sobresaliente *cum laude*). Pertenece a los Comités de Investigación de la Federación Española de Sociología en *Movimientos sociales, acción colectiva y cambio social* y *Sociología del Trabajo*. Es especialista, además, en *Políticas públicas y Estado de bienestar, Sociología política y Sociología de la educación* y también ha escrito sobre *Historia social y Filosofía política*.

Ha publicado numerosos artículos y ensayos, una veintena de libros y otros tantos capítulos de libro. Entre los últimos: *Ciudadanía activa. Opciones sociopolíticas frente a la crisis sistémica* (ed. Sequitur).

2013), *Movimiento popular y cambio político. Nuevos discursos* (ed. UOC. 2015), *La democracia social hoy. Un nuevo ciclo sociopolítico por la democracia y la igualdad* (ed. Académica española. 2016) y *Clase, nación y populismo. Pensamiento crítico y estrategias políticas* (ed. Dyskolo. 2019). Su primer libro en *Dyskolo* fue *Poder, protesta social y cambio institucional* (2015).

Su blog es: <http://www.antonio-anton-uam.es>

Twitter: [@antonioantonUAM](https://twitter.com/antonioantonUAM)